SHOUT
SHARE
IT

55 (318)

Sat SS

w- 38

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA,

FORMADA

sobre las mas auténticas que se han publicado en frances hasta el dia

POR

D. *FRANCISCO GRIMAUD*
DE VELAUNDE.

Servorum nulla est civitas.
PUB. SYR. SENT.

TOMO PRIMERO.

MADRID.
IMPRENTA DE D. LEONARDO NUÑEZ.
1814.

PRÓLOGO.

El cuidado con que nuestro antiguo gobierno procuró ocultarnos siempre la sangrienta revolucion que agitó á la Francia, el enlace que el trastorno político de aquel reyno tiene con nuestros males actuales, y la ceguedad con que aún en tiempo de la proclamacion de la independencia de nuestra monarquía hemos caminado con arreglo á los que la hicieron estallar; me ha estimulado á sacar á la nacion de los errores en que pueda estar todavía con respecto á aquellos acontecimientos, presentándola la narracion verídica de los que produxéron esta extraordinaria conmocion.

Es indudable, que si alguna cosa puede suplir á la instruccion que generalmente debe adornar al hombre,

és la ciencia de la historia. Ella es la escuela en donde se enseñan y el espejo en donde se vén las acciones buenas ó malas, el teatro donde se representan los sucesos mas memorables del mundo, la que nos facilita los usos y costumbres de los pueblos mas lejanos, la única que puede transmitirlos de generacion en generacion hasta la posteridad mas remota, y la base sobre que se rectifican nuestras operaciones intelectuales, consolidando de un modo tan útil como agradable el amor que debemos á la virtud, y el aborrecimiento con que hemos de mirar al crímen.

Como ninguna monarquía moderna nos ofrecia un punto de vista tan halagüeño como la de la Francia, así por la solidez con que al parecer estaba consolidado su gobierno, como por las producciones y fertilidad de su suelo, dudo que ninguna historia pueda sernos mas útil en las circunstancias en que nos hallamos, puesto que nos demuestra las causas y los terri-

bles efectos de los acontecimientos políticos que trastornaron un reyno que no habia cesado de consolidarse desde Carlo Magno, y que por lo magestuoso de sus límites, é influencia de sus habitantes sobre los de los limítrofes, parecia no oponérsele nada para dictar la ley á toda la Europa, y cuyas fuerzas y recursos no se conocieron sino en medio de la convulsion extraordinaria que la agitaba. ¡Conmocion terrible y espantosa! pero necesaria para certificarse de la verdad de aquella frase del *Contrato social* de Rousseau, que hasta entónces todos tuvieron por una paradoxa, pero que en el dia es incontestable, á saber: *que nunca ha existido, ni puede existir jamas una verdadera democracia... y que si hubiera un pueblo de dioses se gobernaria democráticamente, pero que un estado tan perfecto no conviene á los hombres.*

En esta época pues de crítica y de exáctitud científica en que las ideas mas exáltadas no permiten dexar las

cosas en un medio justo; en una crísis política en la que vá á fixarse la suerte futura de las potencias de Europa sobre bases seguras é indestructibles por las intrigas y planes maquiabélicos del genio turbulento, *cuya política peculiar* ha sido la devastacion y el trastorno general del trono y del altar, y en un cúmulo de sucesos memorables que se atropellan, y de virtudes y vicios que forman un contraste maravilloso y capaz de hacernos ver al hombre pintado al natural: es quando he creido digno de presentar á mis conciudadanos el quadro patético é interesante que nos ofrece *la historia de la revolucion de Francia*: historia la mas atroz y sanguinaria que se conoce, sostenida y continuada por un gran número de fanáticos que guiaban á aquel desgraciado pueblo, víctima de su tiranía, á baylar tan pronto al rededor del árbol de una libertad imaginaria, como en torno de los cadalsos que levantaban para inmolarse unos despues

de otros, á fin de que sirva de preservativo en el curso magestuoso de nuestra heróyca insurreccion.

Es verdad que la España no ha necesitado mendigar en el principio y continuacion de ésta aquellos golpes ruidosos, ni ménos executar las horribles matanzas con que la Francia cubrió de luto á sus habitantes, y asombró al mundo para consolidar su libertad é independencia sobre sólidos cimientos: al contrario, nuestra patria en el seno mismo de su confusion y de sus mayores ahogos, ha sabido sostener su carácter contra el torrente impetuoso de un poder colosal que la abrumaba con la fuerza de sus armas, sin olvidarse del recurso de la intriga para amortiguar ó agitar á su antojo los espíritus, dividir, alucinar y distraer la opinion pública, pretendiendo por estos medios dar un impulso retrogrado á la fuerza moral y física de una nacion tan valiente como generosa, que solo aspiraba á vencer ó á morir por no su-

jetarse á una ignominiosa esclavitud.

Tambien es indudable que esta nacion tan estúpida y bárbara en el concepto de los franceses, les ha enseñado con la mayor confusion suya que para establecerse un gobierno justo, librarse de otro despótico, y sacudir el tiránico, no es necesario otra cosa que la fuerza armada para sostener con teson una moral fundada en las reglas y principios de la equidad; una alma susceptible de las fuertes impresiones del honor y de la deshonra; un carácter superior á lo humano, que en medio de la confusion conserve su amor al órden, y que despliegue su virtud, su valor, su esperanza, sus luces y sus recursos, al paso que se multipliquen los reveses que amenazan la ruina total del estado. Atenas dió esta leccion á los persas, y la España aún mas apurada que la Grecia, se la ha dado á los franceses. ¡Insensatos, que por aliviarse de unos pequeños males que no eran sino una sombra de nuestra crísis mortal,

han arruinado á una patria que ya los desconoce (pues los tiranos no la tienen), y han envuelto en su desgracia á la Europa entera!.... ¡Ah! y quántos horrores precedieron, siguieron y sellaron á la revolucion de la ilustrada Francia! ¡Qué frutos tan tristes y espantosos los suyos! Vencieron, es verdad, en Lodi, en Génova y en Wagraham; rindieron á Mantua, Milan, Ulma, Magdemburgo, Spandau, Stetin, Custrin, Danzik, &c. empero sus armas fueron las tramas, las intrigas, el espionage, el soborno, la irreligion, libelos, dogales, venenos, puñales, mugeres... ¡qué valor tan singular!... ¡qué virtud!.... qué politica!... ¡y qué heroismo!

Principios tan fatales no podian producir mas que la esclavitud de los franceses en medio de sus triunfos efimeros, y la venganza justa de todas las naciones que entraban en el vasto plan de su dominacion. Estas pues conociendo al fin lo que podian prometerse de la perfidia del gefe de

aquéllos, reunen sus huestes, y animados de la justa causa y constancia de la España, marchan hasta los límites de la antigua Francia á dictarla las leyes que queria dar á los demas pueblos de la Europa. Mas este paso magestuoso no es producido sino por el heróyco teson de los fieles astures, los celtíberos valientes, los bravos carpentanos, los tarraconenses fieros, los inmortales numantinos, los cántabros gloriosos y demas pueblos de la esforzada Esperia, que juraron sacudir el ominoso yugo en el memorable 2 de mayo de 1808, dia en que los ínclitos Daoiz y Velarde sellaron con su sangre el primer escalon de nuestra libertad é independencia; y aunque sin armas, sin auxílios, sin tropas ni generales, entregados al adormecimiento fatal en que los tenia el antiguo gobierno, y vendidos por la traycion y el dolo de varios españoles hijos espúreos de la amada patria, é indignos de este nombre, las han enseñado á arrollar

á los invencibles de Marengo y Jena en los campos de Baylen, Zaragoza, Valencia, Madrid, Gerona, Tarragona, Talavera, Albuera, Ciudad-Rodrigo, Calvarasa, Vitoria, Pamplona, y otros muchos.

Así lo confiesan todas las potencias europeas, y la Francia misma debe convencerse de que la nacion española es capaz de todo lo heróyco y el modelo que deben imitar las razas futuras para empezar con tino, seguir con teson, y finalizar con gloria una empresa tan árdua y complicada, de la que no hay exemplo en la historia de los siglos; y que si á ella exclusivamente hasta esta época la ha tocado el engañar y aprisionar con dolo á los reyes, y encadenar con cobardía á sus pueblos para computarse entre las naciones libres, debe dexar la esclavitud que la han acarreado sus crímenes, y sacudir por siempre el ponderoso yugo que no tenia en el reynado de Luis XVI.

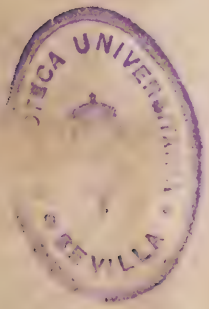
De este modo será como la Fran-

cia podrá borrar la ignominia de tanta sangre vertida en el trono y en el altar, en los campos y en las plazas, en las cárceles y en los grandes palacios. El librar á un estado de un hombre enemigo de todos los demas, es lo mismo que conciliarse el amor, el respeto y la admiracion de todo el universo interesado en que no prevalezcan los tiranos. Ninguno, decia un orador filósofo como Tulio, ninguno debe obedecer á los que no tienen derecho de mandar. No hay poder firme y seguro sin someterse á las leyes de la equidad. Avenirse una nacion con un déspota es apetecer los medios de hacer mal á los otros, y hacerse infeliz á sí misma: aprenda pues la Francia estos principios de la moral de las naciones, y llénese nuestra España de gozo, puesto que sin tan costosas experiencias se ha conducido y se conduce por unos principios tan equitativos, que la han hecho superior á su situacion política, y temible aún á la Francia mis-

ma, que desde su insensata revolucion parece no conocia mas derecho que la fuerza, de que será víctima ella misma si no se apresura á conocer sus verdaderos intereses, intereses sacrosantos fundados en la humanidad.

Para poder seguir el plan que al principio de esta obra me propuse, y concluirla con la perfeccion que ella requiere, me ha sido necesario consultar los mejores autores franceses, esto es, aquellos que entre los mismos contemporáneos merecieron la aceptacion pública; tales han sido MM. Rabeau, la Crêtel, Fantin-Désodoars, Journiac-de-Saint-Méard, á quienes he seguido constantemente en todos los sucesos principales de la revolucion que por tanto tiempo agitó á la Francia, sin perder de vista *la historia de la Conjuracion de Orléans*: á cuya clase de trabajo los lectores podrán dar el nombre que gusten; advirtiendo que las notas con que se han ilustrado los pasages

mas obscuros de la historia, y que presentan el resúmen de la vida de los principales facciosos, tienen por objeto amenizarla y hacerla tanto mas instructiva quanto ya es necesaria para conocer el contrario sistema, giro y rumbo de nuestro espíritu público, y el diverso genio y temperamento de españoles y franceses, que vienen á ser como antípodas en su carácter á pesar de la inmediacion geográfica que los une, sin lo qual no podrémos prodigar las justas retribuciones y gratitud eterna á que se han hecho acreedores nuestros aliados, ni las gracias que debemos á los inmortales Padres de la Patria que con tantos esfuerzos, sacrificios y fatigas nos han dado una constitucion sábia, capaz por sí sola de hacernos felices, preponderantes y respetables para con todas las naciones, como lo fueron nuestros antepasados en los siglos de los Rodrigos de Vivar, Gonzalos de Córdoba, Ponces de Leon, y demas héroes de la antigüedad.


SEVILLA

DUQUE DE

LIBRO PRIMERO.

Introduccion á la historia de la revolucion. Carácter de Luis XVI. De la reyna. De Monsieur hermano del rey. Del conde d'Artois. Resúmen histórico de la educacion y carácter de Luis Felipe José de Orléans, y de su respectiva familia. Agregacion del duque de Orléans á la sociedad de los Franc-masones. Coalicion de este príncipe con todos los tribunales de Francia. Su primera conspiracion. Su destierro á Villers-Cotteret. Agitacion que este suceso produxo en toda la Francia.

Una revolucion sin exemplo en los anales de la historia del mundo admirará por mucho tiempo á los observadores, no tanto por los relatos incalculables de sus principios y de sus consecuencias, como por la incoherencia de su curso y la prodigiosa variedad de sus accidentes. Aque-

llos que la diéron el primer impulso no previéron sin duda sus funestos resultados, ni que un dia habian de ser ellos mismos las víctimas de su propio furor. Jamás supiéron preparar, gobernar, ni aun aprovecharse de las circunstancias, ni de los hechos. Con una conducta mas regular, en vez de trastornar los imperios de la Europa, hubieran perfeccionado sus gobiernos respectivos. La mano que destruye los hierros de un pueblo grande, necesita ser bastante fuerte para tener encadenadas sus pasiones, y no exponerlo al choque de las que debian producir los trastornos de que hemos sido testigos.

Algunos años despues del reynado de Luis XIV era ménos la Francia una monarquía absoluta, que un gobierno aristócratico exercido por los nobles, cuyos gefes estaban en la corte. En dos partidos numerosos estaba dividida la Francia. El uno de ellos era el pueblo envilecido y esclavizado; y el otro la

nobleza altanera y triunfante, los quales no tenian otro enlace comun que el de respirar el mismo ayre.

Los nobles formaban una sola é inmensa familia repartida por todas las provincias, cuyo imperio mantenian por los resortes de la fuerza pública. El punto céntrico de su poder residia en Versalles, cerca de un monarca rodeado de los principales miembros de aquella. Tal era el estado de la corte al principio de la revolucion.

Por este tiempo millares de hombres vomitados por el infierno para la destruccion de la Francia se apoderáron de los espíritus de todos los innovadores. Se vió regada de sangre humana, sembrada de cadáveres, y cubierta de patíbulos durante la mas afrentosa y horrible de las anarquías. En ella se viéron á los malvados mas relaxados y feroces reunidos por el crímen y enardecidos por la impunidad, provocar la destruccion de las artes, la ruina de las manufacturas

y de la agricultura; el estanco de los artículos de primera necesidad, el robo de las propiedades, el asesinato de los ricos, el pillage de sus bienes, y luego que lo verificáron, insultar por su cinismo la miseria general que ellos mismos habian producido.

La igualdad, que les predicaban, era la piedra de toque empleada por los charlatanes políticos para seducir al pueblo. Sabian algunos, que el desaliento de los buenos hace la fuerza de los malos; y otros, que el silencio de los sabios dá márgen á que prevalezca la extravagancia de los innovadores.

Para formar algun concepto de los personages principales que han figurado en el vasto teatro de la revolucion francesa, es pues indispensable dar una idea de sus qualidades personales, y de sus principios. Como Luis XVI y Luis Felipe José de Orléans han tenido en ella una parte tan activa, se hace preciso ilustrar

á los lectores en el pormenor de su carácter y conducta respectiva.

Luis XVI, nieto de Luis XV, nació con una alma noble, un carácter amable, y un gran fondo de piedad y de religion. Aunque fué algo descuidada su educacion, señaladamente sobre los negocios públicos y el conocimiento del hombre, no dexó de hacer progresos en algunas ciencias. La historia y la geografia le eran muy familiares, y se le advertia cierta inclinacion de ilustrar su entendimiento con la lectura de los libros de otras ciencias; pero las ocupaciones consiguientes á su clase le impedian poderse entregar al estudio como él lo deseaba. Lo que sobre todo debe admirar mas es, que por una costumbre que habia adquirido desde su advenimiento al trono, oia las diferentes relaciones de los negocios del dia que le hacian sus ministros al mismo tiempo que leia los papeles públicos, sin que esto le impidiese contestar á aquellos sobre los particula-

res que se ofrecian, verificando de algun modo lo que la historia romana nos cuenta de César Augusto.

Amaba en extremo á sus vasallos, y no perdonaba gasto ni fatiga alguna para procurarles su felicidad: y si los sucesos de la Francia no hubiesen contrariado sus deseos, no hubiera habido reynado mas feliz que el suyo; pero por desgracia carecia de aquella prevision tan necesaria en los negocios árduos para discernir lo mejor, y de aquella firmeza de ánimo indispensable para hacerse superior con magnanimidad á los reveses de la fortuna.

Tuvo por frutos de su matrimonio á Luis Cárlos, y á Madama Carlota, hoy dia casada con el duque de Angulema, á quienes dexó huérfanos en su mas tierna edad. Los condes de Provenza y d'Artois eran hermanos suyos, como tambien madama Isabel, la que despues de haber asistido á su hermano y cuñada hasta el suplicio, acabó sus dias en la guillotina.

Enmedio de la corte mas corrompida y del luxo mas desenfrenado, sus gastos personales eran muy moderados, y no manifestaba mas pasion decidida que para la caza.

La reyna María Antonia circuida del favor popular, quando no era aun mas que delfina, léjos de realizar las predicciones seductoras hechas por la adulacion sobre la gloria y la prosperidad de su reynado, perdió el amor de los pueblos por las intrigas malignas de los filósofos y corifeos de la revolucion. Su ligereza, sus gastos excesivos, su disipacion, y sus conferencias misteriosas, indispusiéron los ánimos contra su persona.

La compra del palacio de Saint-Cloud, enmedio del agotamiento del estado, y los gastos que hizo en el mueblage de él fueron graduados de imprudente profusion. La intriga de la condesa de la Motte con motivo de la famosa causa del collar de diamantes, dió márgen á los mas siniestros comentarios y hablillas; y aunque el carde-

nal de Rohan, y dicha condesa fueron víctimas de aquel negocio singular, dexó grabadas en el ánimo de todos terribles sospechas contra la probidad de la reyna, aunque no tuvo directa ni indirectamente la menor parte en él. La amistad excesiva que profesaba á la casa de Polignac contribuyó tambien á aumentar la indignacion pública; de suerte que María Antonia de Austria fué mirada como la causa de las desgracias de la Francia, hasta el momento en que expiando sus infortunios sobre el cadalso, substituyó al odio que la profesaban la compasion que inspiró la fatalidad de su suerte prematura.

Monsieur, hermano del rey, no tenia representacion alguna en el teatro de Versalles, segun los filósofos, y estos hiciéron quanto estuvo de su parte para que se le tuviese por uno de los motores principales de la revolucion; suponiendo ademas que de concierto con los parlamentos, y cierto número de grandes, pretendia que

se declarasen bastardos á los hijos de Luis XVI; que se le suspendiese á éste en el exercicio de sus funciones como incapaz de reynar, y que se estableciese en Francia un gobierno aristocrático de que habia de ser él el gefe. Este proyecto singular está envuelto en una calumnia atroz que aun no se ha podido penetrar, aunque hubiera servido para conocer la verdadera intencion de ciertas casas de Francia durante las primeras oscilaciones revolucionarias.

El conde d'Artois, aunque de una figura agradable, tenia qualidades morales que le hacian mas apreciable. Adherido á la reyna por la similitud de sus gustos y carácter, la excedia en sus profusiones. La *Bagatela*, casa de campo edificada en el bosque de Boloña, era el centro de las diversiones mas sencillas y campestres, las que sus enemigos graduáron por entónces de inmorales.

Por lo demas iguales muestras de piedad y de catolicismo diéron los

dos condes, hermanos del rey; y en esto no hiciéron mas que imitar á su padre el delfin, hijo de Luis XV. Éste murió en opinion de santo aun por confesion de sus contrarios, atribuyéndose su muerte prematura (verificada á la edad de treinta y seis años y quatro meses) á las tramas de los filósofos, porque habia jurado exterminar el *filosofismo* y *jansenismo* luego que subiese al trono. La Providencia permitió que se acortasen sus dias para castigo de la Francia y de la Europa.

Es imposible describir las tramas de los filósofos jansenistas para acabar con el delfin (1). Damiens, conspirador principal de la vida de Luis XV, á quien no pudo acabar de una puñalada, las manifestó en sus declaraciones. Murió pues este santo príncipe al lado del célebre Beaumont, arzobispo de París, llamado por antonomasia el Atanasio de los filósofos. Su muerte fué muy sentida de todos,

(1) Este fué el padre de Luis XVI.

y muchos de sus enemigos tomáron parte en este sentimiento general: solo los filósofos se alegráron. La Francia se cubrió de luto, y parece que presintió la catástrofe y escenas sangrientas que dentro de poco se habian de representar en su suelo.

Luis Felipe José de Orléans nació en Saint-Cloud el 13 de abril de 1747. Fuéron sus padres Luis Felipe de Orléans y Enriqueta de Borbon Conti, y sus abuelos paternos Luis Felipe, y Augusta María Juana, princesa de Baden. Nació Luis Felipe su padre en Versalles á 12 de agosto de 1717, y éste entroncaba con Luis XIV por medio de *Monsieur*, hijo de Luis XIII, y de consiguiente hermano de aquel.

Aunque amaba poco la literatura, apreciaba no obstante á los sabios. Por seguir el rumbo de la grandeza les concedia algunos premios para estimularlos. Entre todos distinguió muy particularmente al famoso Freron (1).

(1) Freron, célebre Diarista, murió en

Un padre indolente regularmente cuida poco de la buena educacion de sus hijos. La conducta de Luis Felipe en esta parte fué muy criminal y reprensible. Entregado á un adormecimiento funesto en lo que mas le debia interesar, y olvidado de la obligacion mas sagrada en un padre, no cuidó de dar á su hijo aquella educacion honrosa y cristiana con que debia emular las virtudes tanto políticas como religiosas de sus antepasados.

Si la juventud no recibe en sus tiernos años la preciosa semilla de la virtud, si una mano sábia no arranca en la infancia las raices de las ma-

París el año de 1776 á los 57 años de su edad. Su vida fué una continua pelea, y un texido de persecuciones por Voltaire. Poseia bien varias lenguas, señaladamente la griega y la latina. Tenia un juicio superior para hacer análisis de las obras, una penetracion fina para conocer en ellas sus defectos, ó sus perfecciones. Advertia los primores de las lenguas, las diferencias del estilo, y sabía distinguir todas sus clases.

las pasiones, brotarán con el tiempo bástagos, que robusteciéndose por el riego fatal de los vicios, se elevarán sobre los demas, y con su funesta sombra impedirán los frutos sazonados que debieran dar, substituyendo en su lugar los perniciosos y amargos. Tales fuéron con efecto los que dió este bástago torcido é infernal de los Borbones.

Poseído de una ilimitada ambicion, y consumido de una avaricia que le devoraba, causó en la Francia y de consiguiente en toda Europa muchos males, calamidades y desastres. Efecto terible, pero necesario de su mala educacion y del ningun freno que le opusiéron.

Aunque rodeáron su infancia personas muy doctas, por desgracia no tuvo un maestro adornado de todas las qualidades necesarias para educar á este jóven segun lo exigía el alto rango de su casa, dándole aquella educacion culta y feliz que necesitaba segun su clase. Saber bien, y

enseñar mejor, son dos talentos que se encuentran rara vez unidos.

Desde que Luis Felipe José salió de su primera infancia, manifestó los gustos mas perversos, y las inclinaciones mas vergonzosas. Hasta la muerte de su padre, siguiendo el uso de los príncipes de la sangre, llevó el título de uno de los mayorazgos principales de su casa, y fué conocido por el nombre de duque de Chartres, baxo el qual llenó á París y á la Francia del ruido de su libertinage. Se entregó con una especie de brutalidad al juego, al vino, y á las mas escandalosas prostituciones: no puso decencia en sus aventuras impúdicas: por el contrario, se complacia en hacerlas públicas, y en exâgerarlas. Deshonraba con la calumnia á aquellas mugeres que no habia podido pervertir por la seduccion.

Su exemplo, su clase, sus riquezas y sus esperanzas, propagáron un contagio tan funesto envolviendo en la corrupcion á una numerosa juventud.

No podia suceder otra cosa en un siglo, en el qual la castidad del matrimonio se miraba como una ridiculez, y los principios religiosos como supersticiones: así que, en una ciudad tan corrompida como París, no solo no se atraxo ningun desprecio, sino que fué imitado por los títulos y caballeros mas principales. Todos los jóvenes libertinos de la capital tenian puestos los ojos en el duque de Chartres, procuraban imitarle, era su guía, su modelo, y se entregaban como él á toda clase de vicios. Aquellos cuyo nacimiento les permitia acercarse á su persona, le buscaban y eran buscados. Los que colocados en la segunda clase de la nobleza no podian aspirar á aquel grado de igualdad con él, procuraban por lo ménos ser tenidos por de su pandilla; y aunque esta clase era la mas declamada por sus costumbres, por desgracia obtenia la preferencia sobre sus iguales. Los que por su nacimiento y su fortuna estaban privados de la esperanza de

llegar hasta igualarle, ponian al ménos todo su estudio y su gloria en descollar entre sus iguales, como lo hacia el duque de Chartres entre los de su nacimiento: es menester contar en el número de los males que ha hecho á su patria la fatal influencia que ha tenido su vida licenciosa sobre las costumbres de una porcion considerable de sus contemporáneos. A la *sociedad*, de que era individuo, es á quien se deben atribuir los pasos criminales en que despues se le vió envuelto; allí es donde encontró la primera idea de la conjuracion, de que ha sido el artífice; y de allí en fin es de donde dimana el manantial de tantas desgracias como asolaron á la Francia, y despues á casi toda la Europa.

Lo que es mas sensible por un efecto necesario de la depravacion que se introduxo en todas las clases del estado, es, que el duque de Chartres mientras conservó este título por tanto tiempo entre los franceses, no fué desestimado del público. Sus defec-

tos y sus vicios no excitaron ni el desprecio, ni la envidia. Los parisienses le veían con frecuencia entre ellos: lo encontraban en todos los espectáculos, en todos los paseos públicos, y en las grandes concurrencias le agradaba acercarse continuamente al bullicio, y le llenaban de aplausos: era, por decirlo así, el único de nuestros príncipes que les parecia bien. El público ha sido el mismo en todos tiempos: se le ha visto siempre conceder su estimacion mas fácilmente á los príncipes, cuyos vicios tienen un cierto brillo, que no á aquellos que están adornados de virtudes modestas.

Los excesos á que se entregaba todos los dias el duque de Chartres, eran reputados como otras tantas acciones laudables á su edad y á su clase, y como un justo empleo de su tiempo: se reían á expensas de los señores jóvenes, que queriendo correr en paralelo por la carrera del libertinage, no podian seguirle si no de muy léjos. Los unos contraían deudas, que á poco tiem-

po se veían en la imposibilidad de poder pagar; aquellos arruinaban su salud, y en la flor de su edad caían en la caducidad: otros eran arrebatados por una muerte prematura; en el número de estos últimos la voz pública colocó al príncipe de Lamballe: estaba unido al duque de Chartres por la amistad mas íntima, con quien partia los placeres: su muerte acaecida á los veinte y uno años de su edad, fué el resultado de una enfermedad adquirida por sus vicios: quando murió no hacía diez y seis meses que se habia casado con María Teresa Luisa de Saboya Cariñán. Como era el único hijo varon del duque de Penthievre, y murió sin sucesion, su muerte aumentó mucho las esperanzas del duque de Chartres. Desde entónces se trató de casarlo con la única hermana del príncipe de Lamballe, como en efecto se verificó poco despues. Por medio de este enlace, la fortuna inmensa del duque de Penthievre debia reunirse algun dia á la de la casa

de Orleans, que sería así una de las mas ricas de la Europa. Como el duque de Penthievre era grande almirante, el de Chartres tenia ademas la esperanza de heredar este empleo brillante.

Estas fueron las ventajas que deduxo de la muerte del desgraciado Lamballe, las mismas que dieron márgen para creer que él mismo la habia ocasionado presentando al jóven príncipe el atractivo de un placer, del qual se dexó prendar y le puso en la dura necesidad de sufrir una dolorosa y cruel operacion, á la que no pudo sobrevivir. El genio del duque de Chartres era capaz de este cruel atentado; pero la juventud de la corte, en vez de criticarla, la celebró y la dió el nombre de una inocente travesura.

Estas disposiciones favorables con que miraban al duque de Chartres, sin que de su parte hubiese tenido que hacer nada para merecerlas, eran una preparacion para realizar los planes

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

infernales, que solo en bosquejo trazaba en su juventud. Todo se le reunia para hacerse gefe de partido; y es menester no confundirlo con el otro miserable conspirador de quien ya he descrito la historia. Maxîmiliano Cromwel no era mas que un idiota frenético por derramar la sangre humana, destituido de todo medio de producirse ventajosamente: la naturaleza no habia hecho nada por él: mas benéfica se mostró con Luis Felipe José. El sumo aborrecimiento que se adquirió despues, lo ha pintado y lo pinta en el dia tan deforme en lo físico, como en lo moral; y han llevado tan allá su descripcion, que he oido decir á varios sugetos que lo conocian tambien como yo, que de puro horrible no se le podia mirar: este es el lenguage de la prevencion, y no el de la verdad. Sin embargo es necesario confesar que sus vicios llenaron su rostro de salpullido y de una porcion de costras encarnadas que le afeaba en gran

manera, por lo que muchos pensaron que era desde su nacimiento muy horrible. Luis Felipe José era bien formado en toda la estension de este sentido: su estatura mayor de lo regular; tenia contornos graciosos, sobre todo desde la cintura á los pies; el resto de su talle se habia engruesado algun tanto en los últimos años de su vida; pero esta robustez no le afeaba. Llevaba la cabeza erguida, y quando queria, sabia dar á su postura la dignidad correspondiente: los rasgos de su fisonomía delineados con regularidad, pero sin gracia, designaban mas bien la imágen de una alma afeminada, que la de un corazon esforzado: sus ojos azules regulares, tenian mas laxîtud que vivacidad: su frente estaba despoblada de cabellos: este defecto, que provenia de los excesos de los primeros años de su adolescencia, á los quales se entregó sin ninguna reserva, no tenia nada de desagradable, y despojaba su mirada de aquel ayre de dureza que ofrece siem-

BIBLIOTECA UNIV SEVILLA

pre una frente poblada por una cabellera espesa.

La voz pública quiere que Luis Felipe José sea el fruto de los amores de Luisa Enriqueta de Borbon Contí su madre, que fué la Mesalina de su siglo, con un mozo de quadra. El gusto excesivo que tenia de disfrazarse de cochero y postillon hizo decir que no degeneraba de su padre, y que sus gustos le hacian digno de semejante nacimiento, y bastaban para comprobarlo. Esto no era mas que una conjetura; pero lo que no tiene duda es, que Luis de Orleans su abuelo corroboró la opinion pública, negándose con teson hasta en la proximidad de su muerte á reconocerlo por nieto; y es menester convenir en que la opinion de un príncipe tan virtuoso es de algun peso. Se sabe por un canónigo de santa Genovefa, que fué testigo ocular en los últimos momentos de su abuelo, que este príncipe vivamente importunado en diferentes épocas de su última

enfermedad, para que desistiese de su opinion del todo inútil puesto que las leyes legitimaban el nacimiento de su nieto; no cedió, ni hubiera firmado nunca la acta de reconocimiento, á no haber sido por la amenaza que le hizo su confesor, de que no le echaria la absolucion si persistia en su teson. Este hecho hizo decir á un escritor viviendo aun Luis Felipe José lo que sería algun dia, respecto que su abuelo habia rehusado admitirlo en la rama de los Borbones.

La conducta que manifestó en el combate naval de Ouessant, prueba que su corazon no estaba del todo destituido de valor. Montaba el navío *Espíritu-Santo* mandado por el bravo Lamotte-Piquet, que fué herido gravemente en la accion: todos convienen en que el enemigo hizo los mayores esfuerzos para apoderarse de aquel navío, que mantuvo un fuego muy vivo, y que corrió tal peligro que sin la habilidad y el

valor del conde de la Touche comandante del *Artesiano*, que vino en su socorro, hubiera caido sin duda en poder de los ingleses.

Son muy varias las opiniones acerca de la parte que tuvo en la accion el duque de Chartres: hay quien dice, que si el navío *Espíritu-Santo* estuvo en tan grande peligro, tuvo la culpa el príncipe y los cortesanos que habia llevado consigo; pues aturdidos con el temor, y tomando en sentido inverso las señas del conde de Orvilliers, comandante de la esquadra, desordenaron la maniobra ocultándose en el camarote con el príncipe.

Otros pretenden que no los imitó en tan vergonzosa retirada; que se mantuvo durante la batalla en la escotilla expuesto al fuego enemigo; y que habiendo querido averiguar si sus confidentes entendieron las señales, se embarcó en una lancha, y se presentó delante del navío que mandaba el conde de Orvilliens, quien

enfadado le dixo: "venís demasiado »tarde, pues ya el mal es irreparable."

Tiempo hubo en que no se podia obtener en la marina, llamada real, el grado de comandante sin haber pasado antes por todos los subalternos, con cuya práctica tuvo que conformarse el duque de Chartres. Con este motivo salió de Rochefort para ir á embarcarse en el *Espíritu-Santo* con el uniforme de un simple guardia marino, y fué nombrado sucesivamente durante la campaña subteniente, teniente, capitan de navío, y concluida teniente general.

No era este último grado el que ambicionaba el duque de Chartres: el verdadero motivo que le habia hecho presentarse en la marina, fué el pensar que aquella carrera le ponia en estado de heredar el eminente y lucrativo empleo de almirante de Francia, que obtenia su suegro el duque de Penthievre; pero sucedió al contrario, porque el gefe de

la nacion no tenia con respecto á su conducta en el combate de Ouessant otra opinion que la del público; y el duque de Chartres traslució que el grado de almirante pasaria á uno de los hijos del conde de Artois despues de la muerte del poseedor. Sin embargo, para recompensar los servicios que habia hecho en la campaña marítima, se creó expresamente para él el empleo de coronel general de úsares, grado militar desconocido hasta aquella época.

Esta creacion era un favor señalado; pero dar un empleo militar de tierra en recompensa de los servicios hechos en el mar, era como una especie de befa, y una verdadera crítica. El público y el príncipe lo creyeron así, y ésta fué la primera chispa que dispertó la venganza que habia prometido tomar del gefe de su casa, y el orígen de los atentados que cometió para satisfacerla. Tan cierta es en la política la máxima de que: "quando se hace una ofensa, es

necesario tomar las precauciones conducentes á fin de evitar los efectos del resentimiento de aquel á quien se hace."

Por este tiempo levantó al rededor de su jardin una porcion de casas, con que formó entre ellas y las antiguas una calle obscura y torcida, privando á éstas de la luz y hermosura que antes tenian. El objeto principal que se propuso el duque de Chartres en este proyecto fué el de aumentar las rentas de su casa; y con efecto las alquiló despues á un precio tan exórbitante, que adelantó considerablemente sus riquezas. Los propietarios de las casas antiguas tuvieron con el príncipe muchos altercados, pretendiendo que debia dexarles las luces que antes de la obra tenian aquellas, hasta llevar sus quejas al parlamento, quien decidió "que cada uno es dueño de su posesion, y puede disponer libremente de su terreno como mejor le parezca."

Aumentaria considerablemente la

historia de su juventud si pretendiese referir todas las anédoctas que subministran la conducta de este príncipe en lo interior de su palacio, entre sus cortesanos, en sus diversos serrallos, y en medio de los compañeros de sus vicios. Este es un trabajo que no se debe emprender, puesto qne se escribe la historia de su conjuracion, y no la de su vida privada; y basta el corto número de hechos que van referidos para pintar su carácter, su alma, su espíritu, y para dar una idea de los medios que ha podido encontrar en sí mismo en el curso de la borrascosa revolucion, que le hizo tan fácil la conquista de una corona. Si en la ilacion de esta historia hay aun que hablar de algunas de sus acciones privadas, será solo de aquellas que tengan alguna conexion con los sucesos de su conspiracion. Las escenas que verá el lector le representarán como un príncipe desleal, disimulado, hipócrita, de poco cálculo, que

jamas desmayó por su ineptitud, y que siempre caminó con un teson incomprensible ácia el trono. Lo que causará ménos admiracion es, que arrastrado vergonzosamente por las pasiones, manchado por la voluptuosidad mas lasciva, y obscurecido por los crímenes mas odiosos, no pudo sofocar en el fondo de su conciencia aquella voz que, en los últimos periodos de su vida, le obligó á tributar el homenage debido á la religion de sus padres.

A la historia general toca desenvolver las causas próxîmas y remotas que concurrieron á hacer estallar la revolucion que ha hecho á la Francia heridas tan profundas. No es de mi inspeccion exponer las causas primitivas; solo diré que no ha cesado en dos siglos de alimentar en su seno partidos enemigos del órden político que reglaba otras veces entre los franceses la gerarquía social. Los calvinistas, los jansenistas, enciclopedistas, economistas, y las demas

sectas, sin exceptuar aquella cuyos miembros toman el nombre burlesco de francmasones, han caminado por diversas sendas ácia una forma de gobierno diferente del establecido. Nunca ha faltado á éstos diversos partidos mas que un hombre de talento, cuyo rango, bienes, y audacia pudiese realizar sus esperanzas, que tanto la fuerza como la razon pugnaban en vano por hacérselas abandonar.

Quando en nuestros dias iba á desenvolverse en toda su extension el germen de la insurreccion esparcido en el seno de todas las clases de la sociedad, los ojos de los novatores se fixaron en Luis Felipe José. Es difícil señalar con exâctitud la época en que concibió el plan de su conjuracion. El historiador que quiera seguir y estudiar con atencion los movimientos borrascosos que han señalado el fin del penúltimo reynado y el principio del último, hallará quizá que la subvèrsion de la antigua legislatura francesa baxo el despóti-

co Maupeou, la mortandad ocurrida en la plaza denominada de Luis XV, el pillage de las tahonas baxo el ministerio del *filósofo* Turgot, no son sucesos inconexôs de esta revolucion. Sin embargo ninguna razon hay, que haga creer que Luis Felipe José tuviese personalmente la menor parte en aquellas agitaciones. Igualmente es indudable que no se le vió nunca en amistad estrecha ni con los calvinistas, ni con los jansenistas; pero buscaba y protegía á los escritores que proclamaban la libertad é independencia de las autoridades religiosas y civiles: se le encontraba con frecuencia en sus corrillos, y todos saben, que en ellos se hablaba con poco respeto de los reyes y de los grandes: Luis Felipe José era el único príncipe á quien no zaherian.

Su amistad con los francmasones fué muy nótable y de una naturaleza que debió alarmar á los que gobernaban, si hubieran tenido una vigilancia mas activa, y si al mismo

tiempo hubieran querido abandonar la falsa idea de que las opiniones no pueden trastornar un trono.

La francmasonería vino de la Inglaterra á la Francia (1). Dicen que su orígen proviene de aquellos templarios, que escaparon de la proscripcion con que el papa Clemente V y el rey Felipe el *Hermoso* extinguieron todo el órden. Deben su propagacion á la proteccion de Cromwel, que reunió á los independientes, y se formó por aquel medio un partido numeroso. Ácia el fin del siglo XVIII resolvieron reunirse

(1) Qualquiera que sea su orígen, lo cierto es que Cromwel los reproduxo en el siglo XV y Caliostro en nuestros dias, y que su doctrina fué reprobada en la Holanda en el año de 1735; en la Flandes y el Palatinado en el de 1737; en Roma por Clemente XII en 26 de abril de 1738, cuya reprobacion confirmó Benedicto XIV en 18 de mayo de 1751; en Polonia y Viena en 7 de marzo de 1743; y en España el de 1750. Sus máximas principales tienen mucha tendencia con los errores de los luteranos, calvinistas y otros heresiarcas.

en diferentes sociedades particulares, y tener juntas y un reglamento. Los miembros de estas asambleas tomaron el nombre de francmasones, esto es, hombres libres ó masones libres.

Los ingleses y los irlandeses que pasaron á Francia con Jaques II traxeron esta novedad, que no salió en mucho tiempo de los exércitos. Insensiblemente la sociedad hizo sus prosélitos, y se extendieron en la mayor parte de nuestras ciudades reuniéndose en asambleas á las que dieron el nombre de Logias. El sigilo con que procedieron en sus primeros años los substrajo de la vigilancia de la policía, y quando esta quiso ocurrir á los progresos que hacian, evitaron este peligro colocando á su cabeza al conde de Clermont, abad de S. German de Prést, y acogiendo en su seno varios personages de la mayor distincion. Habiendo muerto el conde de Clermont, le dieron por sucesor á Luis Felipe José.

En esta sociedad se reciben indis-

tintamente hombres de todos los países y sectas; se divide y subdivide en grandes y pequeñas secciones, ó logias.

Esta secta no inicia en la totalidad de su doctrina y ministerios, ni á los soberanos, ni á sus ministros, ni aun sus mas fieles agentes: ella no admite estos sugetos, sino para alejar de sí toda sospecha: usa de la misma reserva con respecto á los indiscretos, y aquellos que hubieran tenido un interes real en combatir su doctrina. Esta clase de personas no se promovian mas que á los grados subalternos; pero las persuadian que no se conocian otros que aquellos que habian sido elevados. No hubo estas restricciones para Luis Felipe José: fué elevado al grado mas eminente, y supo todo lo que un verdadero francmason puede saber.

No hacian una revelacion completa del espíritu y del fin de la sociedad sino á aquel que estaba personalmente interesado en adoptarle, y

llegar hasta aquel fin. Para esto se sometian primero á ciertas pruebas que manifestaban hasta qué punto se podia contar con su constancia y fidelidad. Quando habia sufrido estas pruebas, entónces le revelaban todos los secretos y sabian lo que los verdaderos francmasones son, esto es, *enemigos del culto y de los reyes*. Desde el año de 1789 algunos sugetos, entre otros el baron de Menou, miembro de la primera asamblea constituyente, se servian en las cartas que dirigian á sus amigos de un sello que tenia el emblema referido.

He aquí en pocas palabras un extracto de la doctrina, á cuyo aumento y propagacion Luis Felipe José juró contribuir con todo su poder luego que fué condecorado con el grado de caballero *Kadosch* (1).

(1) Esta palabra es hebrea, y significa *regenerador*. El cargo de este grado es el de regenerar al género humano; esto es, hacerle pasar de la esclavitud á la libertad segun ellos.

*

"Todos los hombres son iguales, »ninguno puede ser el superior de »otro, ni mandarle.

»Los soberanos deben pertenecer »á la multitud; los pueblos dan y »recobran la soberanía cómo y quán»do quieren.

»Toda religion presentada como »la obra de Dios, es un absurdo.

»Todo poder que se diga espiri»tual, es un abuso y un atentado (1).

Luis Felipe José para ser admitido al grado de caballero *Kadosch* fué introducido por cinco francmasones llamados hermanos en una sala obscura. El fondo de ella figuraba una gruta, en donde habia varios

(1) Esta es la doctrina que ha adoptado Buonaparte para usurpar el trono de Francia, como lo prueba la instruccion que remitió á Servelloni, y copia D. Pedro Ceballos en su conducta peculiar. Sucedió á Orleans en el grado de caballero *Kadosch*, cuya asercion está probada por las diferentes patentes que ha expedido á los francmasones inscriptos en la Logia de santa Sofia al oriente de Paris.

huesos alumbrados por una lámpara sepulcral. En uno de los rincones de la sala se veía un maniquí vestido con todas las insignias reales, y en medio de la misma habian colocado una escalera doble.

Luego que Luis Felipe José fué introducido por los cinco hermanos, le obligaron tenderse en el suelo; en aquella actitud le mandaron recitar todos los grados que habia recibido, y renovar los juramentos que tenia hechos. A continuacion le hicieron una pintura enfática del grado que iba á recibir, y le exîgieron el juramento de que no revelaria jamas á ningun caballero de Malta lo que iba á saber. Acabadas estas primeras ceremonias, le permitieron levantarse diciéndole que subiese hasta lo alto de la escalera; obedece, y quando estuvo arriba, le mandaron que se arrojase; lo hace; y entónces le gritan que ha llegado al *non plus ultra* de la masonería. Apénas se acabó la ceremonia, le armaron de un

puñal con el que le mandaron atravesar el maniquí coronado, y lo executa: un licor color de sangre que salió de la herida salpicó al candidato, y regó el pavimento. En seguida recibe la orden de cortar la cabeza de aquella figura suspendiéndola con la mano derecha, y conservando en la izquierda el puñal ensangrentado, lo verifica. Entónces le dicen que los huesos que vé son los de Jacobo Molay, gran maestre del órden de los Templarios, y que el hombre cuya sangre acaba de derramar, y cuya cabeza tiene en la mano derecha, era la de Felipe el *Hermoso* rey de Francia. Le instruyeron ademas que la señal del grado á que acababa de ser promovido consistia en llevar la mano derecha sobre el corazon, extendiéndola despues horizontalmente, y dexándola caer sobre la rodilla, para manifestar que el corazon de un caballero *Kadosch* debe estar siempre dispuesto á la venganza. Tambien le dixeron que entre los caballeros *Ka-*

dosch, el modo de saludarse era darse la mano como si fueran á darse de puñaladas.

En fin, acabadas aquellas burlescas y trágicas escenas, se terminaron todas las ceremonias por un interrogatorio que hicieron sufrir al nuevo caballero, cuyos principales artículos fueron los siguientes:

P. ¿Qué pronuncias saliendo de la gruta?

R. *Nekom* (1).

P. ¿Qué tienes en la mano?

R. La cabeza del traydor que asesinó á nuestro padre, y un puñal.

P. ¿Cómo se llaman los artífices que se unieron para la construccion del nuevo templo?

R. *Paul-kal Phasraskal* (2).

Yo creo que no se puede criticar aquellos que en medio de las extravagancias de estas absurdas locuras

(1) Palabra hebrea que significa *yo le he cercenado del numero de los vivientes.*

(2) Palabras hebreas que significan *los que dan la muerte á los profanos.*

creyesen ver una verdadera conjuracion contra los sucesores de Felipe el *Hermoso*. Aun en el caso de considerar estos sanguinarios entretenimientos como una diversion, no se puede prescindir de horrorizarse, porque los juegos en que se manejan puñales y se cortan cabezas, son juegos exécrables que engendran costumbres atroces.

Como todo lo que sabe mas de una persona no está nunca bien secreto, de aquí es, que una gran parte de lo que acabo de decir se traslució en el público desde los primeros dias de la revolucion; y como por la propension innata que en general reyna en exâgerar hasta el mal, pretendieron que el maniquí que Luis Felipe José habia atravesado con el puñal representaba la persona de Luis XVI. Sin hacer caso de los rumores populares, y ateniéndose al sentido que naturalmente presentan las acciones, me parece que se puede presumir prudentemente que

Luis Felipe José hizo entre los francmasones aprendizage de crueldad; que en hacerse iniciar en los mas altos misterios de aquella sociedad, se propuso la idea de convencerlos que les estaba enteramente adictos; y en fin, que en su seno fué donde concibió la esperanza del apoyo, y de los recursos de esta numerosa junta para llegar al fin que le mostraba su venganza y su ambicion. Uno y otro creyó conseguir declarándose con energía el enemigo de los reyes, y el amigo de la libertad y de la igualdad: la filantropía es la máscara de todos los usurpadores. Quando pretenden elevarse con el auxílio de la multitud, es necesario que la lisongéen, y que la presenten atractivos; y que quanto mas grandes sean estos, tanto mas pequeños se hagan aquellos á fin de convencerla mejor de la adhesion que fingen tenerla.

Luis Felipe José haciéndose francmason, concibió la idea de formarse un partido numeroso, y no pensó

mal, porque esta extraña sociedad tiene cubierta la Europa de sus logias, y los sucesos han probado que su prevision no le engañó. Con efecto, en el momento en que empezó la revolucion, todos los francmasones ardientes, no solo los de Francia sino los de los paises extrangeros, fueron de su pandilla; y los que de entre nosotros se sometieron baxo sus estandartes, se dieron á conocer despues con el nombre de Jacobinos.

Voy á entrar en la crisis que precedió de cerca la época, en la qual hizo el primer ensayo del plan de la conjuracion que habia tramado. Esta empezó en 1787, dos años despues de la muerte de su padre, que le dexó con el título de duque de Orleans un aumento de riquezas capaces de ayudar á sus proyectos. Durante estos dos años pareció no hacer ningun esfuerzo para reconquistar la estimacion pública que habia perdido enteramente despues del suceso de Ouessant, y de las obras hechas en el

recinto de su palacio: pero en la primera convulsion que agitó á la Francia, salió de su apatía y trabajó visiblemente en aumentar el número de sus partidarios, y en hacerse dueño de los movimientos del pueblo.

Necker, venido de Ginebra y de oficio banquero, fue elevado al ministerio: era orgulloso, testarudo, inconsiderado, envanecido con la reputacion que le habian dado los filósofos: anhelaba toda suerte de gloria, y sobre todo el favor popular. Él mismo se colocó entre dos partidos peligrosos; prometia al monarca aumentar su poder, y al pueblo un gobierno democrático. La Francia unida á la España y á la Holanda, sostenia una guerra contra la Inglaterra, que procuraba tener baxo su dominacion las colonias de la América septentrional. Esta guerra sin ser útil ni gloriosa á la Francia, la fué sumamemte dispendiosa, como lo son todas las de ultramar. Necker la empezó sin establecer ningun impuesto nuevo; y en todos los es-

critos en que tuvo parte, exáltaba esta conducta como una prueba de un talento raro en la administracion, y al mismo tiempo como un testimonio de su solicitud por los intereses del pueblo: pero este porte era muy ageno de un hombre de honor y de luces, y propio de una educacion baxa; porque por no recurrir á un subsidio, gravó la nacion con unos empréstitos tan exôrbitantes, que produgeron en la monarquía una deuda, que no fué nunca bien calculada.

»No siempre debe determinar la »necesidad de prestar la precision del »empeño de estas deudas; quando está »probado, decia el parlamento de »París á Luis XVI con motivo de estos »emprestitos, que el interes del dinero »prestado es un arancel mucho mas »subido que los objetos del reembol»so, con los quales quieren pagar. El »crédito sufre prodigiosamente esta »multiplicacion de empréstitos reite»rados tan á menudo, sin que se pue»da persuadir de su necesidad. Uno de

»los principales inconvenientes de es-
»tos empréstitos, es, el de obligar á
»inventar nuevas formas muchas ve-
»ces poco regulares para grangear la
»confianza, y esperanzar á los pres-
»tamistas. Aun habria particulares que
»prestarian sus fondos al 5 por 100
»en rentas perpetuas, si el gran nú-
»mero de empréstitos hechos de poco
»tiempo á esta parte, y que ascen-
»diendo á sumas quantiosas, no hu-
»biesen alarmado á los prestamistas
»y destruido el crédito público. Los em-
»préstitos en rentas vitalicias presentan
»sobre todo una perspectiva alhagüeña
»por la esperanza de un subido inte-
»res, y por otras formas ventajosas
»al prestamista; al mismo tiempo, que
»lo arruinan causando á sus familias el
»mayor perjuicio con la facilidad y
»los medios que dan á los padres egois-
»tas de acrecer sus rentas actuales en
»detrimento de sus hijos."

No fueron estas razones las que convencieron á la corte; la necesidad de encontrar dinero para llenar las

obligaciones que se aumentaban en una proporcion que la ponia en cuidado, no la permitieron detenerse en aquellas consideraciones. Necker se perdió por su vanidad. Aunque calvinista quiso ser admtido al consejo, en el qual habia una ley, que impedia la agregacion de los individuos de aquella secta. Su retiro excitó una conmocion ligera que se sofocó con bastante prontitud, pero que desde luego conocieron lo que premeditaba. Necker fué reemplazado sucesivamente por un anciano y un jóven en el ministerio: el primero llamado Joly de Fleury impuso algunos derechos sobre los géneros que entraban en París, y viendo que no producian nada se retiró. El segundo, llamado Ormeson, halló la carga superior á sus fuerzas y no tardó en abandonarla. Llamaron á Calonne, que le odiaban los parlamentos, aunque lo estimaba la corte.

Calonne hombre de bastante espedicion, y de un genio fecundo, quiso ensayar aun el recurso ruinoso de los

empréstitos. Dirigió al parlamento un decreto con apertura de un empréstito de ochenta millones. Una de las disposiciones del decreto era hipotecar á favor del empréstito el 15 por 100, cuya percepcion debia cesar el primero de enero siguiente. Los magistrados que se decian del rey, hicieron observar á Calonne antes de presentar el decreto al registro, que no era razon hipotecar un empréstito sobre un impuesto que iba á cesar. La disposicion fué mudada, y el decreto presentado á las cámaras reunidas. El parlamento remitió sus reparos al rey por medio de su primer presidente. El rey contestó que queria ser obedecido. El parlamento en vez de obedecer, volvió á encargar al presidente que anunciase al rey que le presentarían otros nuevos. El rey contestó que estaba muy descontento; y sin embargo consintió en recibir las nuevas observaciones. Despues de haberlas oido, mandó que registrasen el decreto sin dilacion. El parlamento lo hizo; pero lo que hasta

entónces no habia tenido exemplo, añadió á la fórmula del registro los motivos sobre los quales se apoyaban sus observaciones. El rey le hizo ir en cuerpo á Versalles, y tachó lo que excedia á la fórmula ordinaria del registro.

Estos debates no fueron favorables al empréstito, é hicieron perder las esperanzas de crear otro nuevo. Luis XVI, dijo ademas en su consejo: "yo no quiero ni mas impuestos, ni mas empréstitos"; y estas palabras son las que han motivado la revolucion. Era pues necesario buscar otros arbitrios para verificar el crédito nacional y sostener el tesoro público. Calonne se ocupó por algunos meses en planes que llamaba de reforma, pero que todos terminaban con el establecimiento de impuestos nuevos. Para sancionarlos con una especie de voto nacional que impusiese silencio al parlamento, induxo á Luis XVI á que convocase la asamblea de los notables. Los notables se convocaron el 29 de Enero por cartas particulares del rey y su

asamblea se compuso de siete príncipes de la sangre, quince arzobispos y obispos, treinta y seis duques, condes y marqueses; doce ministros antiguos y consejeros de estado, treinta y ocho miembros de los tribunales superiores, del lugar teniente civil de París, de diez y seis diputados de los parlamentos de Francia, y de veinte y cinco gefes municipales de varias ciudades, casi todos eclesiásticos, nobles ó hidalgos. En ella hizo la confesion de que los gastos excedian á los productos en ciento diez millones. Esta confesion le acarreó el odio general; no quisieron oir, ni recibir nada de él, y Necker escribió para probar que aquel alcance no debia imputársele á él. Calonne lo hizo desterrar. Necker era entónces el amigo del pueblo, y su destierro hizo á Calonne mas odioso. Joly de Fleury, primer sucesor de Necker, hizo llegar una carta á manos del rey por medio de Hue de Miromesnil guardasellos á la sazon en apoyo de la apología de Necker.

Calonne hizo quitar los sellos á Hue de Miromesnil, y se dieron á Lamoignon, presidente del parlamento de París, y acérrimo enemigo de su cuerpo. Las contradicciones que experimentaba Calonne le incomodaron; creyó que el baron de Breteuil ministro de París contrariaba sus operaciones, y pretendió desconceptuarlo con el monarca; pero la reyna que habia presagiado siempre mal de las operaciones de Calonne, y que apreciaba al baron de Breteuil, le sostuvo por el crédito que tenia con su esposo. El baron de Breteuil quedó en su destino, y Calonne recibió órden de retirarse.

Los notables por su parte fueron despedidos, y de vuelta á sus provincias sembraron el gérmen de su descontento contra la Corte. El alcance descubierto por Calonne fué la señal de la alarma de todas las facciones, y el sobresalto que causó á casi toda la nacion, sirvió perfectamente á los conjurados. Se empezaron á tener conciliábulos nocturnos en el palacio del

duque de Orléans. Algunos consegeros jóvenes del tribunal de Seguridad, que habian atraido á su partido dos ó tres de sus cohermanos de la cámara, se hallaban tambien en aquellos conventículos. Los principales de entre estos conjurados eran Coigneux, Sabattier, y Huguet de Sémonville. Por entónces no trataron mas que de los medios que podrian emplear para aumentar el sobresalto general que habia ocasionado el alcance; y tenian por objeto concertar la ruina de los ministros y de la familia real. Las conferencias que los conjurados tenian entre sí, fueron tan secretas que la corte no supo nada.

Para aumentar la fermentacion que se notaba ya casi en toda la Francia, y embarazar á los ministros en todas sus operaciones, los consegeros que eran del complot de Orléans, obligaron al parlamento á que pidiese el permiso de procesar á Calonne; creyeron con razon que semejante proceder acabaría de hacer formar al público una idea siniestra del modo con

entónces no habia tenido exemplo, añadió á la fórmula del registro los motivos sobre los quales se apoyaban sus observaciones. El rey le hizo ir en cuerpo á Versalles, y tachó lo que excedia á la fórmula ordinaria del registro.

Estos debates no fueron favorables al empréstito, é hicieron perder las esperanzas de crear otro nuevo. Luis XVI, dijo ademas en su consejo: "yo no quiero ni mas impuestos, ni mas empréstitos"; y estas palabras son las que han motivado la revolucion. Era pues necesario buscar otros arbitrios para verificar el crédito nacional y sostener el tesoro público. Calonne se ocupó por algunos meses en planes que llamaba de reforma, pero que todos terminaban con el establecimiento de impuestos nuevos. Para sancionarlos con una especie de voto nacional que impusiese silencio al parlamento, induxo á Luis XVI á que convocase la asamblea de los notables. Los notables se convocaron el 29 de Enero por cartas particulares del rey y su

asamblea se compuso de siete príncipes de la sangre, quince arzobispos y obispos, treinta y seis duques, condes y marqueses; doce ministros antiguos y consejeros de estado, treinta y ocho miembros de los tribunales superiores, del lugar teniente civil de París, de diez y seis diputados de los parlamentos de Francia, y de veinte y cinco gefes municipales de varias ciudades, casi todos eclesiásticos, nobles ó hidalgos. En ella hizo la confesion de que los gastos excedian á los productos en ciento diez millones. Esta confesion le acarreó el odio general; no quisieron oir, ni recibir nada de él, y Necker escribió para probar que aquel alcance no debia imputársele á él. Calonne lo hizo desterrar. Necker era entónces el amigo del pueblo, y su destierro hizo á Calonne mas odioso. Joly de Fleury, primer sucesor de Necker, hizo llegar una carta á manos del rey por medio de Hue de Miromesnil guardasellos á la sazon en apoyo de la apología de Necker.

Calonne hizo quitar los sellos á Hue de Miromesnil, y se dieron á Lamoignon, presidente del parlamento de París, y acérrimo enemigo de su cuerpo. Las contradicciones que experimentaba Calonne le incomodaron; creyó que el baron de Breteuil ministro de París contrariaba sus operaciones, y pretendió desconceptuarlo con el monarca; pero la reyna que habia presagiado siempre mal de las operaciones de Calonne, y que apreciaba al baron de Breteuil, le sostuvo por el crédito que tenia con su esposo. El baron de Breteuil quedó en su destino, y Calonne recibió órden de retirarse.

Los notables por su parte fueron despedidos, y de vuelta á sus provincias sembraron el gérmen de su descontento contra la Corte. El alcance descubierto por Calonne fué la señal de la alarma de todas las facciones, y el sobresalto que causó á casi toda la nacion, sirvió perfectamente á los conjurados. Se empezaron á tener conciliábulos nocturnos en el palacio del

duque de Orléans. Algunos consegeros jóvenes del tribunal de Seguridad, que habian atraido á su partido dos ó tres de sus cohermanos de la cámara, se hallaban tambien en aquellos conventículos. Los principales de entre estos conjurados eran Coigneux, Sabattier, y Huguet de Sémonville. Por entónces no trataron mas que de los medios que podrian emplear para aumentar el sobresalto general que habia ocasionado el alcance; y tenian por objeto concertar la ruina de los ministros y de la familia real. Las conferencias que los conjurados tenian entre sí, fueron tan secretas que la corte no supo nada.

Para aumentar la fermentacion que se notaba ya casi en toda la Francia, y embarazar á los ministros en todas sus operaciones, los consegeros que eran del complot de Orléans, obligaron al parlamento á que pidiese el permiso de procesar á Calonne; creyeron con razon que semejante proceder acabaría de hacer formar al público una idea siniestra del modo con

*

que las rentas públicas se habian administrado durante su ministerio. El parlamento se dexó seducir ; creyó que importaba al bien público manifestar á aquellos á quienes el monarca hacía depositarios de su autoridad, que no eran inviolables. Los pares se reunieron al Parlamento, y á exemplo de éste pidieron que Calonne viniese á los pies de la justicia á dar cuenta de su administracion.

El empeño que pusieron en seguir la consecucion de esta peticion inquietó á la corte, y alarmó aquel por quien se hacía todo este ruido. La corte creyó dar una satisfaccion á los pares y al Parlamento, obligando á Calonne á entregar el cordon azul que llevaba como oficial de la órden del Espíritu Santo. Calonne por su parte creyó que esta humillacion no sería bastante para desarmar á sus enemigos ; pasó el mar, y se refugió en Inglaterra, dexando en Francia una reputacion equívoca, y llevando la triste certeza de haber sido el primero que dispuso los

ánimos para una insurreccion general.

Si en vez de convocar una asamblea de nobles, Calonne hubiera reunido con prontitnd los estados generales, puede ser que los facciosos no hubieran tenido sucesos tan rápidos y funestos. Entónces la libertad de imprenta no era indefinida; no se hubieran suscitado tantas cuestiones impolíticas, ni hubiera habido tiempo de transmitir con tanta rapidez el veneno que destilaba de una moral antisocial. De qualquier modo ello es indudable que todos los partidos sacaron una gran ventaja de la convocacion de los notables; pronosticaron que esta novedad produciría otras mas sérias aún, y se trataba solo de aprovecharse con habilidad de la disposicion en que estaban los ánimos.

Los conjurados del palacio real pusieron en obra todos los resortes á fin de dar la mayor fuerza posible al movimiento inquieto y ciego que ocupaba la mayor parte de los franceses ácia una gran innovacion. El destier-

ro voluntario de Calonne en un pais extrangero no permitia exigir nada de la corte contra este ministro ; pero sabian que no amaba ni estimaba á Necker: esparcieron por el público que él solo podia salvar la Francia y restaurar las rentas. Si la corte rehusaba llamarlo , decía tácitamente á la nacion que no queria la prosperidad pública: si lo llamaba se ponia baxo la dependencia de un ministro , que , sabiendo no deber su gracia mas que al pueblo, y que teniendo la necia ambicion de colocar sobre todo el favor de la multitud , sería el instrumento de la faccion del pueblo. Hé aquí como desde el orígen de aqnellas turbulencias los que gobernaban han caminado siempre entre dos escollos igualmente peligrosos.

La idea de que Necker solo podia regenerar la Francia fué esparcida en el público por el partido del duque de Orléans , con tal zelo y éxito , que tuvo el mayor favor. El estado llano , el eclesiástico , y la nobleza,

todos los cuerpos, y lo que parece mas inverosímil, el mismo parlamento en cuyo seno habia sugetos enemigos de aquel hombre, desearon verle á la cabeza de las rentas. Necker, que no ignoraba deber al duque de Orléans la mayor parte de aquel deseo general, le pagó su reconocimiento adhiriéndose al partido de este príncipe, que, mirándolo como su hechura, conjeturó que podria servirse á su arbitrio de él en todas las ocasiones.

La corte luchó todo el tiempo que pudo contra la opinion que le presentaba á Necker como único restaurador de los franceses dando por sucesor de Calonne á Loménie de Brienne, despues arzobispo de Tolosa y de Sens: se apresuró á elevarlo á la dignidad de primer ministro, y en algun modo lo hizo superintendente de rentas. Este prelado, difamado por su impiedad y la relaxacion de sus costumbres, pero extraordinariamente apreciado de la secta filosófica, habiendo usurpado la fama de hábil en la economía política,

engañó al monarca. Jamas hombre alguno ha sido menos á propósito para manejar las riendas del gobierno. Apénas las tomó quando su incapacidad fué notoria á todos, cometía los errores mas crasos, y no sabia reparar ninguno. Contribuyó mas que nadie á la desgracia de Calonne, desacreditando con calor todas sus operaciones; y sin embargo luego que se vió al frente de las rentas, no sabiendo idear nada por sí, siguió los planes de su predecesor, y quiso llevarlos á su execucion, no como el primero por la persuasion, sino por la fuerza.

Entre los planes de reforma ideados por Calonne, dos eran sobre todo los que mas sobresalian; el uno establecia un impuesto llamado de subvencion territorial, y el otro sometia á la formalidad del timbre todas las patentes que autorizan para exercer algun cargo ó empleo, y todos los actos por los quales los ciudadanos contratan entre sí. El primero de estos impuestos hubiera recaido sobre los gran-

des propietarios, proporcionando por este medio el alivio de las clases menos pudientes. El segundo contenia disposiciones, que por sí mismas y por las multas exîgidas de aquellos que no las hubieran obedecido, habrian grabado singularmente al pueblo (1).

Es indudable que si la Brienne hubiera empezado por enviar al parlamento la subvencion territorial, éste no podia rehusar el registro, en razon de que su oposicion podia atraer á los tribunales soberanos el aborreci-

(1) La capital de las Españas ha gemido demasiado tiempo baxo estos dos infames tributos para que no los tenga el horror que se merecen; el primero que se destruyó por sí mismo estaba fundado sobre las bases mas antisociales que se han conocido, aun en medio de la despótica dominacion de los beduinos, árabes, y demas pueblos selvages del África. El otro reducido á las patentes ha subsistido mucho tiempo despues que el primero para afligir mas á los hijos y habitantes de Madrid la heróyca.

Estos y otros proyectos adoptados por Buonaparte los ha tomado de la historia de la revolucion.

miento general, puesto que no dexarian de decir que el parlamento no aprobaba la subvencion, sino porque este impuesto recaía sobre sus miembros. La Brienne pudo atraerse por este medio el favor popular, pero tuvo la desgracia de hacer un camino que le impidió recobrar lo mas. Envió al parlamento un decreto que obligaba á los labradores al servicio de *la Corvée* (1). El nombre solo de *Corvée* habia sido en Francia tan odioso, que no se concibe como hubo un ministro tan idiota, que se atreviese á pronunciarlo en estos dias, en los quales no debia haber otra solicitud que la de disminuir el número de los descontentos. La complacencia que tuvo el parlamento en registrar aquel decreto no es menos extraña.

A aquel primer decreto la Brienne

(2) *La Corvée*, era una servidumbre corporal á que estaban sujetos los vasallos con respecto á sus señores territoriales; pero se eximian de ella por cierto tributo que pagaban al rey.

hizo sucederle otro mas desastroso aun para el pueblo; éste permitia la exportacion de los granos, y el parlamento lo registró como el primero sin muchas dificultades. Este segundo decreto, como se verá, dió al duque de Orléans la deplorable facilidad de satisfacer su ambicion y venganza: se aceleró la revolucion dándola un movimiento rápido, y haciendo llover sobre sus cabezas todo género de desastres.

En fin como la Brienne no habia alarmado bastante contra la corte al que llamaban el estado llano, presentó al parlamento antes de hablarle de la subvencion territorial el honeroso decreto del timbre; y los magistrados de este tribunal que conspiraban con Orléans, esparcieron despues que el interes de los comerciantes, mercaderes, y de todos aquellos que pertenecian al estado llano, habian obligado al parlamento á no registrarlo.

El motivo que se supuso á esta de-

negacion produxo grande efecto: atrajo al parlamento todo el pueblo, y detras de tal escudo los tribunales soberanos se creyeron al abrigo de todas las maquinaciones ó medidas ulteriores, que la corte podria tomar contra ellos. Desde entónces comenzaron á tantear, seducir y pagar la gente baxa de los arrabales y de los mercados, que aborrecian el trabajo y amaban la ociosidad, el alboroto y el desórden. Estas gentes iban con frecuencia al palacio y animaban á los magistrados con sus voces y ruidosos aplausos á que se mantuviesen firmes en la negativa: coronaban de laurel á aquel que se producía con mas teson contra la corte: otras veces los llevaban en triunfo desde sus coches hasta la puerta de la sala, en que el parlamento tenia sus sesiones. Hoy es una verdad indudable que el dinero que repartian á estos juglares salia de las arcas de Orléans.

En medio del alboroto que excitaba el tercer decreto, quiso la Brienne

acabar por donde debió empezar. Presentó al parlamento la subvencion territorial: es imposible manejarse con mas ineptitud: el decreto nuevo llegó demasiado tarde. El parlamento rehusando aprobar el impuesto del timbre habia declarado que restituía á la nacion el derecho que decia tener de registrar los decretos pecuniarios, añadiendo que se reconocia en adelante incompetente para esta clase de registros: todos los tribunales soberanos hicieron lo mismo.

Se culpa en el dia á los antiguos tribunales de magistratura de Francia haber hecho semejante declaracion: pero como este reproche resonará en la posteridad, debe saberse que reprobando la conducta del parlamento, se ha puesto mas atencion en los males que se han seguido de este paso que sobre las razones que le han dictado. Los tribunales soberanos acababan de recibir golpe sobre golpe por los decretos que llevaban la fuerza de la creacion de impuestos: estos decretos recaían sobre

una serie continuada de empréstitos que debian haber engrosado con sumas inmensas el tesoro público. Quando recibieron el de la subvencion territorial, los magistrados dixeron á los ministros que fixasen el término á donde querian llegar: la Brienne respondió que el de la subvencion territorial sería el último que presentaria al registro. El parlamento contestó que no habia ningun dato sobre que apoyar su promesa, que el exemplo pasado probaba que tanto se podria contar sobre éste como sobre aquellos: que un suceso imprevisto, tal como una guerra ó una escasez, hacian este nuevo recurso insuficiente: ademas que la Brienne no podia obligarse mas que por sí, pero que no daba ninguna garantía para que sus sucesores cumpliesen este empeño; y que era muy verosímil que un nuevo sistema en la administracion de las rentas motivase nuevas peticiones.

Estas razones eran especiosas, y el zelo con que obraron los jóvenes con-

sejeros del tribunal de Seguridad admitidos á los conciliábulos del palacio real, fué el que las hizo prevalecer seduciendo la mayoría del parlamento. Por otra parte magistrados de luces despejadas y de una probidad sin tacha, exâgeraban la desproporcion que habia entre el ingreso y los gastos de los fondos públicos; y creyendo á la Francia sumida en males imaginarios, se dexaron persuadir que era necesario para la restauracion de las rentas y el restablecimiento de todo lo demas, hacer revivir los estados generales. El parlamento fué el primero que hizo la peticion solennemente. Todas las clases y cuerpos del estado manifestaron los mismos deseos. Era preciso haber sido testigo de la especie de frenesí con que se repetia por todas partes para juzgar de la situacion, en la qual esta unanimidad puso á la córte, para formar una idea de la alegría extraordinaria que tenia el duque de Orléans de este primer suceso que tuvieron sus intrigas.

No habia medio: ó la corte se negaba á la reunion de los estados generales, ó la permitia: en el primer caso declaraba la guerra al parlamento; y los amigos que el príncipe tenia en este tribunal le hacian ver con mucha verosimilitud que el éxito de esta guerra sería su propia elevacion. Para el efecto contaban tambien con el pueblo á quien le tenian ganado con el soborno, con dinero y promesas.

Si por el contrario la corte acordaba la reunion de los estados generales, esta condescendencia debia ser seguida de turbulencias que necesariamente produxesen alguna circunstancia, de la qual el príncipe pudiese aprovecharse para llenar el objeto de sus miras. Comprehendiendo que en estos primeros dias de desórden el resultado dependia de su union con el parlamento, manifestó á este tribunal mucha estimacion; y aquellos que de entre sus miembros, le eran ya adictos, hicieron todos los esfuerzos

posibles para acrecentar el número de sus partidarios. Todo esto se manejó con tal arte que algunos dias despues de la denegacion del registro de la subvencion territorial, hubo una verdadera liga entre el duque de Orléans y los tribunales soberanos. La mayoría de los miembros de éstos no preveían hasta que punto los arrastraría esta coalicion; muchos de ellos no conocian su exîstencia mas que en confuso, pero no por eso era menos cierta; y aunque poco conocida, no dexaba de ser peligrosa.

La corte recibia bastantes luces de las tramas del duque de Orléans, pero las inquietudes sin número y el océano de negocios en que estaba sumergida, no la permitian seguir sus pasos. Profesaba ademas un profundo desprecio á este príncipe, le consideraban muy limitado y embrutecido en los desórdenes para creerle con el talento de un conspirador, y aunque en aquel tiempo supieron los ministros que el duque de Orléans ambicionaba el tro-

no, fué desechado el aviso que tuvieron como una paradoxa. La falta de prevencion por un lado, y el espíritu de desvarío por otro, han causado todos aquellos males.

El duque de Orléans se aprovechaba entre tanto de todos los sucesos. Luis XVI habia hecho registrar á su presencia en el tribunal de justicia el impuesto del timbre y el de la subvencion territorial, recusados antes por el parlamento. *Monsieur* y el conde de Artois, hermanos del monarca, fueron enviados el primero á la cámara de las Cuentas, y el segundo á la de Subsidios para hacer registrar de órden del rey los dos decretos. No hay duda alguna de que en esta circunstancia se conspiró contra la vida del conde de Artois. Algunos dias despues se difundieron los rumores mas injuriosos y propios para hacerle odioso al pueblo de París. Quando llegó al palacio encontró las salas llenas de un gentío inmenso, que le costó bastante trabajo penetrar para llegar á

aquella en la que el tribunal de Subsidios tenia sus sesiones: fué recibido por la turba con denuestos, injurias y amenazas: entre los mas furiosos se notaban varios carniceros. Es de creer que se habian persuadido que el príncipe, sensible á las afrentas, mandaria hacer fuego á su guardia de suizos, de cuyo cuerpo era coronel; que las espadas serian esgrimidas; que á favor del desórden que esto produciria en medio de un recinto tan reducido, y entre el tumulto de las armas, el conde de Artois y quiza *Monsieur*, serían asesinados. ¿Por quién podia haber sido concebido semejante plan sino por el duque de Orléans que tenia tan grande interes en disminuir el número de los herederos del trono que queria ocupar? ¿quién si no él podria haber pagado esta banda de asesinos? Al salir del tribunal de Subsidios el conde de Artois recibió los mismos dicterios y las mismas amenazas que le habian precedido á su entrada; se estrecharon al rede-

dor de su persona, y le apretaron tanto, que su vida estuvo en un inminente peligro. El zelo y el valor de su guardia lo sacó salvo, y lo consiguió sin derramar una gota de sangre. Esta moderacion que no dexó á los asesinos ningun pretesto de usar las armas, inutilizó su proyecto.

Orléans concibió otro que iba mas directamente á sus miras. Sus cómplices le persuadieron que era tiempo de adelantarse ácia la autoridad suprema; segun ellos, el descontento general que inspiraba la conducta de los ministros, les autorizaba á emprenderlo todo. Concertaron empeñar al parlamento fuese por seducion ó á la fuerza en proclamarle lugar teniente general, ó regente del reyno; de manera que por el título que le sería dado, podria hallarse al frente de los negocios y de tener baxo su dependencia á la familia real. Este proyecto, por estravagante que parezca, no fué mal concertado. Debian sublevar

á fuerza de dinero todo el pueblo de los arrabales: se prometian tambien hacer concurrir á la execucion del complot á todos los pasantes de procuradores del parlamento, y los procuradores del Châtelet. Esperaban ganar esta juventud, que sabian estaba deseosa de emprender todo aquello que llevaba el carácter del atrevimiento, haciéndoles entender que la corte tenia deseos siniestros con respecto al parlamento, y que éstos se frustrarian si los pasantes de procurador manifestaban la firme intencion de hacer á este tribunal un antemural con sus cuerpos.

La conspiracion debia estallar el 15 de agosto. En cumplimiento de un voto formado por Luis XIII, la costumbre exigia que este dia el parlamento y la cámara de las Cuentas se hallase en la procesion que hacia el clero de la metrópoli. Gentes apostadas por el partido de Orléans debian ofrecer coronas de laurel á los miembros del parlamento, y condu-

cirlos al fin de la procesion al palacio en triunfo. Al mismo tiempo un gran alboroto debería levantarse en los arrabales y en el palacio real, que en tropel debia concurrir al parage de las sesiones del parlamento. Mientras que los magistrados obraban de este modo sin poderse substraer de la especie de violencia que les hacia el pueblo, las voces de éste los debian proclamar padres de él, exîgiendo que diesen palabra de llamar á Necker, y ademas, la elevacion del primer príncipe de la sangre á un puesto que le diese una autoridad ilimitada sobre los ministros.

Esta maquinacion no tuvo efecto, por que habiendo sabido la corte una parte de lo que se tramaba, desterró al parlamento á Troyes antes de la solemnidad del 15 de agosto. Como no tenia pruebas por escrito contra los conjurados, disimuló por respeto al duque de Orléans, y dió por motivo aparente de su rigor acerca del parlamento las protestas con que ha-

bia acompañado el registro de los dos últimos decretos.

Así es que por esta vez se frustraron las miras de Orléans, pero no perdió el ánimo por eso. Habiendo causa comun con el parlamento, y creyendo que le sería fácil inclinarlo á que le concediera el título de regente, juzgó que le importaba mucho traerlo á París, en donde tendria mas facilidad de engañarlo y empeñarle en movimientos mas extraordinarios.

Las medidas que tomó para acercarlos al punto céntrico tuvieron el éxito mas pronto y feliz. Los consejeros que le eran adictos empeñaron á sus cohermanos á presentarse en la corte. El tedio que todos tenian en aquella distancia de la capital léjos de sus hogares y de sus amigos, dió mucha fuerza á las razones que hicieron prevalecer los partidarios de Orléans. El cuerpo entró en negociaciones con la corte, que de su parte cayó en la red. Llamó al parlamento á París despues de haber exigido por toda satisfaccion

la continuacion del impuesto del 15 por 100 hasta 1792, y la promesa ademas de que en adelante no tendria dificultad en registrar los decretos que se le presentasen. Es inconcebible como olvidó el parlamento con esta ligereza la solemne declaracion que poco antes habia hecho de que no le competia el registro de los impuestos; pero el dón de errar era entónces general á toda la Francia, y en los grandes movimientos que trastornan las bases de un imperio, no es menos dificil á los cuerpos que á los particulares salir de las huellas ordinarias.

La contradiccion en la que el parlamento de París acababa de caer debia hacerle perder la amistad del pueblo; pero lo que debe suceder, no es siempre lo que sucede. Los emisarios de Orléans reclutaron en los talleres y en las tabernas gentes que aclamasen con la mayor algazara la vuelta de los magistrados. Estos movimientos populares que se renovaban al anochecer de cada dia, se terminaban sin

ningun desórden. La buena conducta de la guardia de París, de las guardias francesas, y de las suizas, contenian la petulancia de la multitud sublevada; por lo demas Orléans no tenia necesidad de llevarla á la última sedicion, le bastaba mantenerla en la agitacion de modo que estuviese siempre pronta para dirigirla donde le pareciese. Sabia que el acuerdo hecho entre el parlamento y la corte debia por sí mismo excitar en el primer movimiento violentas convulsiones.

Con efecto este instante no tardó en llegar. Los ministros quisieron recoger el fruto de las promesas que les habia hecho el parlamento. La escasez en que estaba el tesoro público exîgia imperiosamente que tantease nuevos medios para procurarse dinero. La Brienne dixo en el consejo del rey que presentaria nuevos decretos. El mas notable creaba un empréstito de cuatrocientos veinte millones; el registro de éste era el que mas importaba á la corte. Los otros eran proyectos de le-

yes que creían ser agradables al público; entre estos últimos se distinguia uno que conformándose con las ideas que los filósofos habian manifestado hacia un siglo, concedia á los sectarios todos los derechos que gozaban los ciudadanos católicos. La Brienne tuvo la puerilidad de creer que semejante ley le grangearía la alta idea de su política. Como á esta época la Holanda estaba agitada por grandes combulsiones, presintió de buena fe que el favor que acordaba á los sectarios haria venir á Francia con su industria y tesoros á todos aquellos holandeses que quisiesen huir de los movimientos tumultuarios de su patria. La Brienne pensaba tambien que su empréstito de cuatrocientos veinte millones, hallándose confundido con otros decretos cuyo registro le parecia no deber sufrir la menor dificultad, no sería apénas notado, y obtendria como los demas una aprobacion pura y simple.

Sin embargo, antes de presentar solemnemente todos estos decretos al

parlamento se ha visto con varios de sus miembros para saber sus opiniones: todos en esta ocasion amigos y enemigos le aseguraron que le serían adictos: los primeros le hablaban así de buena fe, y por el deseo que tenian de ver reynar la mejor inteligencia entre los magistrados y la corte; los otros para hacerle caer en otra asechanza. Convinieron en que para su mas pronta y segura execucion el rey pasaría en persona al parlamento á hacer registrar todas estas leyes: y que la sesion que tendria sería llamada no sesion de justicia, cuyo nombre empezaba á ser odioso, sino sesion real.

El consejero Sabbatier que fué admitido á esta conferencia por el favor que le dispensaba la Brienne, á quien ocultamente vendia sin embargo de ser su adulador. Dió cuenta á los conjurados del palacio real de los últimos proyectos de este ministro; les dixo el dia que el rey iría con los nuevos decretos. La noche que precedió á este dia todos los conjurados miembros del

parlamento se reunieron en el palacio del duque de Orléans. De este número fueron Sabbatier, Lecoigneux, Robert de S. Vicent, jansenista fanático, hombre duro y brutal; Fréteau de S. Just, mas fanático aun que Robert, hipócrita refinado intrigante, vengativo, muy amigo de los aplausos vulgares, enemigo acérrimo de su cuerpo, de sus iguales, de la corte, de los ministros y grandes. Se acordó en este conventículo que despues de la lectura de los decretos se le pediria al rey que el registro se hiciese recogiendo los votos como en las deliberaciones ordinarias del parlamento.

Desde el palacio real los conjurados fueron á la casa de Duport, otro consejero que á un talento embrollador, un carácter aturdido, y costumbres disolutas, reunía una alma deborada por la ambicion y por las riquezas. Hacia algun tiempo que la casa de Duport era la reunion de los descontentos, que sin estar inteligenciados de los manejos del palacio real les

ayudaban por el impulso que sabian darles. D'Eprémesnil consejero receptor asistia ordinariamente á las conferencias que se tenian en la casa de Duport, y en esta circunstancia fué llamado : éste era buen padre, mejor marido, excelente amigo, religioso sin supersticion, firme en su opinion, amable por su beneficencia, estaba ademas adornado de una afluente elocuencia, de una diccion pura y fácil, de un metal de voz sonora, de una memoria prodigiosa, y de unos conocimientos poco comunes. Quando hablaba, sus labios se desplegaban con gracia, la melodía de su acento penetraba el alma, por desgracia D'Eprémesnil tenia la imaginacion viva y novelera, veía las cosas, los hombres de su pais, y su siglo baxo de un punto de vista ilusorio, exâgeraba los abusos y pretendia hallarlos muchas veces sin haberlos. Demasiadamente crédulo, confiado y bondoso, se dexaba llevar con facilidad de los charlatanes é impostores, creyen-

do de buena fé las demostraciones de amistad que le hacian. En su juventud habia concebido la idea de restablecer en la Francia los antiguos estados generales. Despues que concibió este proyecto, todas sus meditaciones, estudios y trabajos los dirigia á este objeto. Quando querian interesarlo en un proyecto se estaba seguro de ganarlo, si le persuadian que era interesante al bien público, ó algun ramo de la economía política. Se ha dilatado su retrato á fin de que la posteridad haga á D'Eprémesnil la justicia que se merece.

Las personas reunidas en casa de Duport no tuvieron que trabajar mucho para persuadir á D'Eprémesnil, que la sesion real ofrecia una buena coyuntura de poner límites á la autoridad de los ministros de un modo que no pudiesen franquearlos, y de precisar al monarca á convocar los estados generales. D'Eprémesnil acogió con entusiasmo una idea, que se adaptaba tambien con el sis-

tema político que habia meditado tanto tiempo hacia. Prometió en esta circunstancia desplegar su zelo, y apoyar con toda su elocuencia la convocacion de los estados generales.

Al dia siguiente Luis XVI compareció en el parlamento sin las insignias reales acompañado de su corte, de sus ministros, de los príncipes y de los pares. El duque de Orléans, á quien habian dicho que la sesion le daria motivo de hablar, se habia excedido en el vino antes de llegar, á fin de que este licor encendiendo su sangre, hiciese renacer en su alma la audacia y el valor que no tenia. Uno de los consejeros conjurados habiendo encontrado al guardasellos en la sala que llamaban del *parquet*, quiso sondear á este ministro sobre el modo con que se procederia al registro de los diversos decretos que llevaba, y le preguntó si se haria sin recibir los votos: sin duda, respondió Lamoignon, *¿quereis que el*

rey no sea mas que un consejero en el parlamento?

Lamoignon descubrió este pensamiento en la sesion, y declaró que no se votaría como en una junta del parlamento: hizo esta declaracion porque no convenia que el monarca quedase reducido á no tener mas que un voto como un simple consejero. "Si el rey, decia el guardasellos, estubiese obligado á conformar su dictámen con el de la mayoría, entónces ésta sería la que dictaria la ley y no el monarca; lo qual sería ir contra la constitucion de nuestro gobierno, que es *monárquico y no aristocrático.*" Esta es la primera vez que se oyó entre los franceses esta terrible palabra, que ha hecho derramar tantas lágrimas y verter tantos arroyos de sangre. La aplicacion que la han dado ha sido no pocas veces un exemplo bien funesto á la credulidad de los pueblos (1).

(1) Difícil es determinar quál de las dos palabras han causado mas daño, la de aris-

El guardasellos entre tanto anunció que la voluntad del monarca era de que cada uno dixese libremente su parecer sobre los decretos que se trataban de registrar, pero luego que creyese haber recogido suficientes luces mandaria lo que juzgase apropósito, y que entónces no le quedaria al tribunal otro partido que el de la obediencia.

Los oradores que se distinguieron en esta sesion fueron D'Eprémesnil, Robert de S. Vicent, Fréteau, y Sabbatier. El primero habló de la necesidad de convocar los estados generales con tal energía y con razones tan elocuentes, que el monarca se conmovió.

Por entónces se creyó que iban á adherirse al voto de D'Eprémesnil, lo que hubiera sido triunfo completo

tocratas en Francia, ó la de traydores en España, dadas ambas indistintamente aunque con el mismo objeto; esto es, para robar impunemente, y asesinar aquellos á quienes las aplicaban, que generalmente eran pudientes.

cer el movimiento que excitó en él la elocuencia del magistrado. Tambien es cierto que la doble imprudencia de D'Eprémesnil hizo en el alma del rey una impresion que no pudieron extinguir los testimonios de zelo y de fidelidad que recibió despues de él.

Robert de Saint Vicent arengó brutalmente contra los ministros, é hizo una sátira picante contra lo que llamaban el fausto de la corte: mezcló sarcasmos groseros contra los grandes: habló sin tino, y con poco respeto hasta del soberano: de suerte que en lugar de atraer los ánimos á un sentimiento comun, no hizo mas que exâsperarlos.

Sabbatier empleó inútilmente el tiempo en declamaciones vagas sobre la necesidad de recoger los votos, y concluyó con una invectiva insolente contra la familia real.

Fréteau apartándose del objeto de la sesion se empeñó en exâminar los trabajos diplomáticos del rey

y de sus ministros. Criticó con tanta ingnorancia como mala fé todas las operaciones del gabinete. Habia leido en los diarios el *conclusum* de la paz que acababa de contratarse con las potencias que habian tenido parte en la guerra de la América septentrional: declamó contra este *conclusum*, y mezcló sus declamaciones con pensamientos sumamente injuriosos para la corte. Algunos magistrados hablaron igualmente contra el tenor de los decretos, pero con mas moderacion. El rey puso fin á la discusion, declarando que queria que el decreto que trataba de la creacion de un empréstito fuese registrado al instante. El guardasellos despues de haber tomado las órdenes como era costumbre quando el rey asistia en persona al parlamento, dixo que para la mas pronta expedicion convenia poner al respaldo del decreto: "la corte y las "cámaras reunidas, el rey, los prín"cipes y pares, hallándose requeri-

»do el procurador general del rey-
»no, ha mandado y manda que el
»decreto &c. se ha registrado para
»ser executado, ateniéndose á la re-
»gla y tenor de lo que en él se
»prescribe."

El tribunal despues de haber oido la órden permaneció en silencio, y el secretario se puso en acto de obedecer. El duque de Orléans, atrevido y audaz por la primera y única vez de su vida, echa una mirada de indignacion sobre los magistrados, se levanta con precipitacion, y mirando con insolencia al monarca le pregunta con una voz firme, si la sesion presente era una sesion real ó de justicia? *Es*, respondió el rey, *una sesion real.*

"Señor, continuó el duque de
»Orléans, suplico á V. M. me per-
»mita exponer con la moderacion
»debida, y en el seno del tribunal,
»que miro este registro como ile-
»gal, y que será necesario para el
»descargo de las personas que han

»tenido parte en esta deliberacion, »añadir la cláusula de que es *por »órden expreso del rey.*»

Esta declaracion que anunciaba á la Francia que el primer príncipe de la sangre se ponia á la cabeza de los descontentos, rompia con el rey, y daba á entender que no queria miramiento alguno. Este rasgo prueba que su alma no estaba enteramente desprovista de alguna energía necesaria para realizar sus planes. Se produxo de este modo por la necesidad de reanimar el espíritu de todos aquellos que suspiraban por excitar desórdenes, y tambien movido de su avaricia. Habiendo estancado todos los efectos del empréstito precedente de ciento veinte y cinco millones, comprendió que si se verificaba el nuevo empréstito resultaria una pérdida considerable para el primero. En un momento en que tenia necesidad de grandes riquezas para la execucion de sus vastos é infernales proyectos, le importaba oponer obstácu-

los á un registro que le privaba de una parte del lucro que le habia grangeado la usura y el monopolio. Que el duque de Orléans se haya dexado llevar de esta sórdida avaricia no tiene nada de extraño ; pero que una nacion esclarecida se haya guiado por este príncipe , hé aquí lo que verdaderamente debe admirarse.

El rey se contentó con responder que no hacia nada en esta sesion que no fuese muy legal , y persistió en mandar el registro : fué obedecido , y se retiró en seguida con los príncipes y ministros.

Apénas entró el rey en su coche quando el duque de Orléans seguido de su cuñado el duque de Borbon volvió á entrar en el parlamento. Los consejeros que se habian hallado la noche anterior en el palacio real se acaloraron mucho, y persistieron en que lo que acababa de hacerse era una ilegalidad chocante. Esta opinion prevaleció por contentar al duque de Or-

léans, quien intervino en el acto siguiente que hizo el empréstito ilusorio.

"Considerando el tribunal la ile»galidad con que se ha procedido »en la sesion real, en la qual los vo»tos no fueron recogidos y escripta»dos en la forma prescripta por las le»yes, de suerte que la deliberacion no »ha sido completa, declara, que no »toma parte en la transcripcion man»dada hacer sobre sus registros del »decreto relativo al establecimien»to de empréstitos graduales y pro»gresivos para los años de 1788 »hasta 1792 inclusive."

El rey de vuelta á Versalles contó á las personas que gozaban de toda su confianza que estaba ofendido, no tanto de la declaracion del duque de Orléans, quanto del tono amenazador con que se produxo, y de la insolencia con que lo habia mirado al tiempo de decirlo: añadió, que estaba instruido de que algunos consejeros del parlamento,

y particularmente Fréteau, Robert de Saint Vicent, y Sabbatier tenian conferencias secretas y nocturnas en el palacio real, y que su conducta en la sesion real era el resultado de una deliberacion tomada la noche precedente, pero que los perdonaba á pesar de su resentimiento.

Mas la reyna que tenia mucho imperio sobre su espíritu, no imitó su moderacion; sostuvo que habiendo sido ultrajada la magestad real mas particularmente por el duque de Orléans, Fréteau y Sabbatier, convenia castigarlos, y pidió su destierro.

La duquesa de Polignac que vivia en la mayor intimidad con la reyna, la representó que esta medida era del número de aquellas que léjos de curar el mal no hacen mas que agrabarle, y que no pudiendo imponer al duque de Orléans una pena qual convenia para impedirle intrigar en adelante atendidas las circunstancias en que se hallaban, era menester saber disimular.

Otros cortesanos opinaron como la duquesa de Polignac ; pero la reyna no desistia jamas de la resolucion que tomaba una vez, y persistió en pedir el destierro del duque de Orléans, de Fréteau y de Sabbatier , tantas veces y con tal empeño, que al cabo lo obtuvo: designaron al duque su castillo de Villers-Cotteret por lugar de su destierro. Apénas se expidió la tercera carta-orden, quando la mayor parte de los cortesanos se consternaron por los presentimientos sin duda que produciria este rigor.

El empeño que la reyna manifestó en esta ocasion debió admirar á los que no estaban impuestos en la causa secreta que la movia á ello, y como esta ha tenido mucha influencia en la revolucion, me ha parecido deberla manifestar, omitiendo por la brevedad sus pormenores.

El libertinage en que vivia Orléans no le habia impedido poner tambien los ojos en la reyna antes

de su advenimiento al trono; pero resentido altamente su orgullo con este acontecimiento y por los desayres de ésta, juró vengarse. Habia vuelto por aquel tiempo de sus viages el conde de Artois, y en la primera audiencia que le dió la reyna, se notó que lo miraba con menos disgusto que al príncipe. Servia á la reyna una dama que gozaba de su confianza y que estaba vendida al duque de Orléans, el qual se sirvió de ella á fin de que la sacase una noche á paseo á los jardines, haciendo él lo mismo con el conde de Artois. Habiéndole dexado á poco de su llegada, y continuando el conde su paseo, vió llegar por la misma calle de árboles á la reyna con su confidenta, y reconocidos por la claridad de la luna, el conde ofreció acompañarla hasta el palacio. La confidenta se quedó muy atrás, y habiéndose parado á esperarla, la vieron llegar con Orléans y otros grandes. Al dia

siguiente los Libelistas vendidos al príncipe desfiguraron el hecho de la verdad, y la reyna se vió precisada á quexarse por la primera vez á su augusto esposo de la vileza del duque, no dudando que la escena de los jardines la habia dispuesto en venganza de su resentimiento.

El rey en su primer movimiento de cólera se le hicieron justos todos los medios para castigar el delito del culpado, pero siendo este crímen del género de aquellos cuyo conocimiento no compete á ningun tribunal, disimuló su enojo esperando satisfacerlo en la primera ocasion. La reyna se aprovechó de lo ocurrido en la sesion real, y renovando su quexa obtuvo su destierro. Un hombre cuerdo ó menos ciego que Orléans, hubiera recibido aquel castigo como una prueba de la bondad del rey.

La mayor parte de los magistrados del parlamento miraba con indiferencia al duque de Orléans: veía

con una especie de indignacion en su seno al jansenista Fréteau, que habia hecho ya muy malos servicios á sus cólegas y hacia poco caso de Sabbatier, que desde los primeros años de su juventud estaba desacreditado por su libertinage. Los ministros creyeron que la desgracia de estos sugetos, léjos de desagradar al parlamento, le serviria de satisfaccion, y que aunque no fuese mas que por pudor, no se atreverian á manifestar interes á favor de unos hombres desacreditados por las gentes sensatas. Los ministros se engañaron. Los tribunales soberanos movidos por las intrigas del duque de Orléans, tomaron con calor la desgracia de este príncipe, y renovaron á aquella coalicion de que habia dado ocasion la menor edad de Luis XIV.

El parlamento de París dirigió al rey representaciones, á las quales dió el nombre modesto de *súplica*, en las que se expresaban así con

rēspecto al duque de Orléans.

"Señor, el acontecimiento del du»que de Orléans ha causado el mas »vivo dolor en el público y en el »parlamento: faltaria á sus deberes »si con el debido respeto no lo ele»vase á V.M.

»El primer príncipe de vuestra »sangre está desterrado. En vano se »busca el crímen de este augusto »príncipe; ¿lo será acaso haber di»cho la verdad en la sesion que pre»senció V.M.? ¿ó bien haberse ex»plicado con una franqueza respe»tuosa capáz de agradaros? Si M. el »duque de Orléans está culpado, to»dos lo estamos.

»Era digno del primer príncipe »de vuestra sangre manifestar á V.M. »que se transformaba la sesion en tri»bunal de justicia: su declaracion no »ha hecho mas que anunciar nues»tros sentimientos; y él ha sido so»lamente el órgano por donde se ha »manifestado nuestro modo de pen»sar. Si M. el duque de Orléans ha

»mostrado una firmeza digna de su »nacimiento y de su clase, no ha »manifestado menos un zelo verda»dero por vuestra gloria.

»Si el destierro es el premio de »la fidelidad de los príncipes de vues»tra sangre, podemos preguntarnos »á nosotros con espanto y dolor, ¿qué »será de las leyes, de la libertad pú»blica estrechamente ligada á la »nuestra, al honor nacional, y á »las costumbres francesas? á estas »costumbres tan dulces, tan necesa»rias de conservar para el interes »comun del trono y de los pueblos?

»Tales providencias, Señor, no »son efectos de vuestro corazon, ni »parece pueden conciliarse con los »principios de V. M. Ellos vienen »de otra parte y tienen otro orígen.

»Vuestro parlamento os suplica »humilde y respetuosamente por el »interes de vuestra gloria, que des»echéis esos consejos deplorables »y perniciosos; que unicamente es»cuchéis la voz de vuestra razon; y

»que conciliando la justicia con la »humanidad, revoquéis el destierro »del primer príncipe de vuestra san»gre: de lo contrario es intentar la »destruccion de las leyes, la degra»dacion de la magistratura, y el »triunfo de los enemigos del nom»bre frances."

No se puede disimular que esta pieza no hace ningun honor á la sabiduría de un cuerpo que pasaba con razon por el primero de la magistratura de Europa. No se encuentra en esta débil exposicion por el duque de Orléans ni principios, ni prevision, ni lógica. El parlamento mostró tambien testimonios de interes por los dos consejeros; pero tuvieron la imprudencia de decir que su arresto se habia hecho con inhumanidad, y nada hay mas incierto. Fréteau mismo desmintió esta falsedad por una carta que se hizo pública. El rey en la respuesta que dió á esta suplica sacó partido de las falsedades que le imputaban contestándoles.

"El dia de mi sesion en medio »de vosotros, mi guardasellos os »dixo de mi órden: *Que quanto me»jor me mostrase siguiendo los sen»timientos de mi corazon, mas fir»me sería quando conociese que se »abusaba de mi bondad.*

»Con esto podria contestar á »vuestras súplicas, pero quiero aña»dir que sino condeno el interes que »me manifestais sobre la detencion »de los dos magistrados de mi par»lamento, no apruebo que exâge»reis las circunstancias y los resul»tados, ni que aparenteis atribuir»las á motivos siniestros.

»Yo no debo dar cuenta á na»die del por qué de mis resolucio»nes. No busqueis por mas tiempo »pretextos de ligar la causa parti»cular de los que he castigado con»sultando el interes del resto de mis »vasallos. Estos saben que mi bon»dad vela perpetuamente por su fe»licidad y reconocen sus efectos has»ta en los actos de mi justicia. To-

»dos tienen un interés en la conser-
»vacion del órden público, y á este
»pertenece sostener mi autoridad. En
»quanto al retiro del duque de Or-
»léans nada tengo que añadir á lo
»que dexo referido á mi parla-
»mento."

Como los consejeros amigos del duque de Orléans tenian un interes de que esta especie de guerra se encendiese, empeñaron á sus cólegas á llevarla lo mas allá que les fuese posible. El parlamento volvió en sí: presentó al rey nuevas observaciones que por esta vez llamó no súplicas sino representaciones: contenian principios que enardecieron á todos, y cuyo contenido en sustancia era así. "Señor, vuestro parla-
»mento, los príncipes y pares re-
»unidos nos han encargado presen-
»tar á los pies del trono sus respe-
»tuosas representaciones en contes-
»tacion á la respuesta dada por V. M.
»á sus súplicas.

»Los verdaderos magistrados y

»los buenos ciudadanos están igual-
»mente consternados por las repre-
»sentaciones que contienen y por los
»principios que manifiestan. No es
»una gracia la que vuestro parla-
»mento viene á solicitar, viene, Se-
»ñor, á pediros justicia.

»Esta tiene reglas independien-
»tes de las voluntades humanas, y
»los reyes mismos deben sujetarse
»á ellas. Enrique IV reconocia que
»habia dos soberanos: Dios y la ley.
»Una de estas reglas es de no con-
»denar á nadie sin oirle: todas las
»naciones reclamarian su observancia
»como el derecho mas sagrado de
»los hombres, y V. M. nos permiti-
»rá representarle, que este deber
»le obliga tanto como á sus vasa-
»llos.

»No pertenece á V. M. conde-
»nar por sí mismo á los delincuen-
»tes: este penoso quanto peligroso
»cargo no puede exercerlo el rey
»sino por medio de sus jueces. Si po-
»derosas razones motivan el destier-

»ro de M. el duque de Orléans, si »es un acto de humanidad dexar á »dos magistrados expuestos á pere»cer en prisiones estrechas y para»ges mal sanos, sin duda deben ser »muy criminales, y en este caso »á vuestro parlamento incumbe juz»garlos. Pedimos pues el conoci»miento de sus delitos.

»El último de vuestros vasallos »no está menos interesado en el éxî»to de nuestras reclamaciones que »el primer príncipe de nuestra san»gre: sí Señor: no solo un magis»trado ó un príncipe real, sino todo »frances castigado por V. M., y so»bre todo sin ser oido, llega á ser »necesariamente el objeto del inte»res público. La ilacion de estas »ideas no es obra de vuestro par»lamento, lo es de la naturaleza y »de la razon como principio de las »leyes mas santas, de aquellas le»yes que están gravadas en la con»ciencia de todos, y que se ele»van en la vuestra..... La causa de

»M. el duque de Orléans lo es »por sus principios del trono y de »la nacion....

»En nombre de estas leyes sa»crosantas que conservan los im»perios en nombre de la libertad, »de la que nosotros somos los in»térpretes respetuosos en nombre »de vuestra autoridad, de la que »somos los primeros ministros, nos »atrevemos á reclamar el juicio, ó »la libertad de M. el duque de Or»léans, y de los dos magistrados »presos por órden superior tan con»trario á los sentimientos quanto á »los intereses de V. M."

El parlamento, como se vé por estas representaciones, se estraviaba cada vez mas. ¿Como podia olvidar que el principal y mas sagrado deber de los reyes es el de administrar justicia á sus vasallos? Sin duda que quando no pueden exercer esta funcion por sí mismos, es indispensable que la deleguen. Ellos pretenden probar que les pertenece toda

entera, y que aquellos á quienes se delega no pueden retenerla sino como un depósito que puede conservar en todo ó en parte el que la confió.

El suceso ha probado que el duque de Orléans en el momento en que fué enviado al destierro, meditaba una innovacion funesta al órden actual de cosas. Si su proceso se hubiera fiado al parlamento, era indudable su absolucion, y respecto á que este tribunal estaba en una situacion que no le permitia condenar al faccioso mas nocivo que tenia la Francia, ¿á quién pertenecia el derecho de juzgarle sino á aquel que por la magistratura suprema de que estaba revestido se hallaba constituido el primer juez de sus vasallos?

La respuesta que dió el rey á estas representaciones fué sucinta: „Yo haré conocer, les dixo, mis in„sinuaciones á mi parlamento."

Esperando el conocimiento de las intenciones del monarca, el par-

lamento deliberó sin demora sobre este negocio, y quiso que su primer presidente no cesase de instar con eficacia al monarca para que llenase los votos del tribunal.

Los demas parlamentos y tribunales del reyno hicieron la misma peticion, y todos copiaron sus principios de los del parlamento de París; el duque de Orléans era el objeto de las reclamaciones de todos, y el de Tolosa se produxo así con este motivo. "Señor, vuestro par-»lamento de Tolosa une su voz á la »de toda la magistratura. El pri-»mer príncipe de vuestra sangre ha »sido segregado del lado de vues-»tra persona. La nacion consterna-»da ignora quál es su crímen; em-»pero no se atreve á creerle ino-»cente puesto que ha merecido la »desgracia de V. M., ¿podrá creer-»lo culpado quando no ha sido acu-»sado?

»No permitais, Señor, que la »nacion y la Europa puedan creer

»que la reclamacion hecha en vues-
»tra presencia por M. el duque de
»Orléans, y la noble franqueza con
»la qual os ha dicho la verdad,
»sea la causa de su desgracia. Era
»digno del primer príncipe de vues-
»tra sangre, nos atrevemos á de-
»cirlo, representaros que, puesto
»que haciais uso pleno de vuestro
»poder, el auto del registro debia
»expresar que la transcripcion de
»la ley se habia verificado por ór-
»den espresa de V. M.

»Si es posible que esta recla-
»macion sea el motivo de la desgra-
»cia de M. el duque de Orléans,
»¿quál será de entre vuestros va-
»sallos el que se atreva á deciros
»la verdad?"

1788 Mientras que los parlamentos de las provincias hacian reclamaciones por el perdon del duque de Orléans y de los dos magistrados, el de París molestaba á la corte con sus representaciones, que imprimiéndose en seguida se repar-

tian con profusion en el público, y mantenia una fermentacion, de la que el príncipe esperaba sacar el fruto bien pronto. Incomodado el rey por todos estos escritos, respondió solemnemente en 9 de enero que no juzgaba apropósito diferir á las instancias que se le hacian. Declaró que graduaba de *indiscretas* las frases de las últimas representaciones que le habian dirigido; mandó que estas piezas se suprimiesen de los registros del parlamento como contrarias al respeto y á la sumision de que este tribunal debia dar exemplo, y no lo daba: prohibió darlas curso, y hacer en lo sucesivo otras semejantes.

La parte sana de la nacion se recelaba de las consecuencias de estas altercaciones, y los conspiradores del palacio real suspiraban por el momento en que se pudiesen realizar los planes del príncipe. El parlamento le servia con una infatigable actividad, bien léjos de creerse este

tribunal fuera de combate por la última respuesta del rey: volvió á él con mas fuerza que lo habia hecho hasta entónces, y dirigió al monarca nuevas exhortaciones que pusieron en movimiento á la capital y las provincias. Créo deberlas insertar por el efecto que produgeron poniendo á la corte en la necesidad de ceder á la opinion que dominaba, y de abrir el duque de Orléans el camino para el trono: son el trabajo de D'Éprémesnil, y ningun monumento de la revolucion merece mejor que éste ser transmitido á la posteridad.

"Señor, la respuesta de V. M. de 17 de este mes es aflictiva; pero el ánimo de vuestro parlamento no está abatido. El esceso del despotismo es el único recurso de los enemigos de la nacion y de la libertad, y por esto han temido emplearlo. Su éxito es presagio de los mayores males; prevenirlos, si es posible, será el objeto del zelo de vuestro parlamento: venderia

este con su silencio los intereses mas apreciables de V. M. entregando el reyno á todas las invasiones del poder arbitrario. Tal sería en efecto la consecuencia de las máxîmas sugeridas á V. M. Si vuestros ministros las hiciesen prevalecer, nuestros reyes no serán monarcas, pero sí unos déspotas; no reynarán por la ley, y sí por la fuerza sobre esclavos substituidos á vasallos.

»La conducta de los ministros ambiciosos siempre es la misma, su fin no es otro que extender su poder baxo el nombre del rey, y sus medios calumniar la magistratura. Fieles á este antiguo y funesto principio nos imputan el proyecto insensato de establecer en el reyno una aristocracia de magistrados, ¿pero qué momento han elegido para esta calumnia? El mismo en que vuestro parlamento ilustrado por los hechos y reflexîvo en sus operaciones, prueba que está mas adherido que nunca á los derechos de la nacion.

»La constitucion francesa yacía en un profundo olvido: se trataba de

quimérica la asamblea de los estados generales. Richelieu y sus crueldades, Luis XIV y sus glorias, la regencia y sus desórdenes, los ministros del difunto rey y su imbecilidad, parecia haber extinguido para siempre del espíritu y del corazon de los franceses hasta el nombre de su nacion. Los grados por donde pasan los pueblos para llegar al abandono de sí mismos son el terrror, el entusiasmo, la corrupcion y la indiferencia. Instruido el parlamento del estado de las cosas, obligado á explicarse sobre los decretos desastrosos, se inquieta, aleja ilusiones, juzga del por venir por lo pasado, y no encuentra otro recurso para la nacion que la reunion de la nacion misma; decidiéndose de este modo despues de sabias y maduras reflexîones, dá al universo el exemplo inaudito de un cuerpo antiguo acreditado y animado de las máxîmas del estado, y que transmite por sí mismo á sus conciudadanos un gran poder del qual usaban sin su conocimiento expreso. Un

suceso feliz realiza sus ideas. El 6 de julio vota por los estados generales: el 19 de septiembre declara formalmente su propia incompetencia: el 19 de noviembre V. M. los anuncia: el dia siguiente los promete y fixa el término de su instalacion: vuestra palabra, Señor, es sagrada. Que encuentren en la tierra, que busquen en la historia un solo imperio en que el rey y la nacion hayan dado tranquilamente mayores pasos, el rey ácia la justicia, y la nacion ácia la libertad. Los estados generales se reunirán, y entrarán en posesion de sus derechos. Podemos preguntar á vuestros ministros ¿á quién debe el rey este gran designio? ¿á quién debe la nacion este gran beneficio? ¡Y vuestros ministros se atreven á acusarnos ante V. M. y el pueblo de que aspiramos á la aristocracia! No pensaron hacernos esta imputacion en 1697 quando vuestro parlamento registraba la capitacion, quando en 1710 registraba las décimas, y quando desde 1710 hasta 1782 consentia en la proroga,

ó en un acrecentamiento por medio de un 15 por 100 ¿quál es pues este nuevo zelo? Los ministros, Señor, al paso que no dudan de nuestros poderes, hacen justicia á nuestras buenas intenciones, esperan abusar de nuestros dictámenes para sumergir á la nacion en la multitud de contribuciones y empréstitos que la agovian, y no ven en nosotros mas que unos ambiciosos aristocratas, quando no favorecemos ó tratamos disminuir su despotismo. No Señor: no mas aristocracia en Francia; pero tampoco mas despotismo. Tal es la constitucion, tal es tambien el voto de vuestro parlamento, y el interes de V. M.

»Admitan por un momento las máximas con que han sorprendido á V. M.: sea su voluntad sola el fallo en materias de administracion y de legislacion, y saquen despues la consecuencia sobre este principio.

»El heredero de la corona está nombrado por la ley; la nacion tiene sus derechos, y los pares los suyos.

La magistratura es inamovible: cada provincia tiene sus costumbres y fueros: cada vasallo su juez natural: cada ciudadano su propiedad; y si es pobre, á lo menos su libertad.

¿Quáles son pues preguntamos los derechos, quáles las leyes que podrán resistir á la pretension anunciada por vuestros ministros baxo el nombre de V. M? La voluntad sola será la ley; luego ella podrá disponer de la corona, elegir sus herederos, ceder sus provincias, y privar á los estados generales del derecho de conceder los subsidios, destruir los pares, remover los magistrados, mudar las costumbres, invertir el órden de los tribunales, abrogarse el derecho de juzgar por sí misma, de elegir los jueces en materias civiles y criminales, declararse en fin propietario, y hacerse dueño de la libertad de todos.

»La administracion abraza los empréstitos y los impuestos; la voluntad del rey fixará su acuerdo;

luego el rey podrá aumentar á su arbitrio los empréstitos y los impuestos. Si le agradase al rey engañado suprimir ó crear todos los tribunales soberanos para limitarlos en su justicia ; si le acomodase transportar de una provincia á otra los ciudadanos, los magistrados y las familias enteras, y levantar sobre las ruinas de la antigua magistratura un cuerpo único que no solo fuese un simulacro de libertad , sino un instrumento de servidumbre ; si quisiese por un efecto de sorpresa aún mas funesta permitir á los ministros sembrar la division entre los magistrados , oponiendo los unos á los otros, colocándolos entre el oprobio y la desgracia, y elegir despues en el parlamento aquellos que destruyesen el derecho de comprobacion... sería menester abandonar su domicilio , renunciar á su país , despojarse de sus inclinaciones , separarse de sus cohermanos, violar su juramento, vender el estado y exponerse al desho-

nor, ó sucumbir baxo los golpes del despotismo; ¡y todo esto por una palabra salida de la boca del rey!

»Dirán que el rey jamas abusará del derecho que le suponen, que será siempre justo, y que sus leyes y decretos respetarán los derechos de todos desde su primogénito hasta el último de sus vasallos: vuestro parlamento, Señor, se vé obligado á responder que la suposicion es inverosímil, porque los reyes son hombres, y el hombre no es infalible; así que no pudiendo ser los reyes un centinela perenne contra el error ó la seduccion, para no abandonar la nacion á los desgraciados efectos de una voluntad sorprendida, exîge la constitucion en materia de leyes el exâmen y comprobacion de los tribunales; y en materia de subsidios su concesion por los estados generales, para asegurarnos que la voluntad del rey es siempre conforme á la justicia, y sus peticiones a las necesidades del estado.

»El derecho de conceder libremen-

te los subsidios no hace de los estados generales una aristocracia de ciudadanos. El derecho de comprobar libremente las leyes, no hace de los parlamentos una aristocracia de magistrados. El vuestro, Señor, no se gobierna por aristócratas, ni aspira á gobernar, ni en sus juicios se aparta de la ley, pues quando falla, no es su voluntad, sino la ley la que decide. Nos hacemos un honor en convenir, y nos gloriamos en continuar con esta fórmula usual que hallamos consagrada en las memorias de nuestros conciudadanos : *El tribunal no puede dispensarse de acordar lo siguiente*, frase que hace honor á la justicia de vuestro parlamento, que le recuerda sus deberes, y que le enseña que jamas puede juzgar contra el tenor de la ley, ni representar mas que lo que sea conforme á ella.

»¿Se sigue de esto que vuestro parlamento pretenda reducir la voluntad del rey al valor de la opinion de uno de sus individuos? No Señor: está á los pies del trono para apoyarla

y aclararla; aquí fixa su mayor gloria, y aquí es donde pone límites á los ambiciosos deseos de que pudiera ser susceptible: sus derechos aun los mas tiernos no sabe producirlos si no en unos términos respetuosos; pero el respeto no es incompatible con la libertad. ¿Se trata de un proceso? el rey no tiene voluntad; la ley está hecha, ella es el primer juez y debe decidir. ¿Se trata de un subsidio? á la nacion es á quien toca concederlo; ni la libertad de los estados generales lo ha negado tampoco. ¿Se trata de una ley? á los tribunales pertenece executarla libremente; pero el derecho de exâminar las leyes no es el de crearlas: los tribunales no pueden ni forzar, ni supplir la voluntad del rey. Vuestro parlamento lo ha protestado ya, y lo repetirá tantas, quantas veces los ministros traten de obscurecer esta verdad.

»Esta no es la ordenanza de Moulins; pues el parlamento no ha combatido la ley, sino el artículo segun-

do de ella que atentaba al derecho sagrado del registro: artículo deplorable, el primero en su género y el objeto del arrepentimiento del moribundo l'Hôpital: ni la ordenanza de 1629, vulgarmente llamada el código Michaux, porque el artículo 53 ofrece el mismo vicio que el artículo 10 de la presente, sin otros muchos; y aunque fué exâminada en el tribunal de justicia, no tuvo execucion; ni tampoco es la ordenanza de 1667; al contrario podemos decir que el parlamento tuvo mucha parte en ella. Sus diputados la concertaron con los comisarios del consejo. Estos sometieron sus artículos á la aprobacion del rey, aquellos dieron cuenta de ellos á su cámara respectiva, y discutidas las intenciones del rey y las reflexîones de las cámaras, se decretó por fin. Esta ley era útil en verdad, pero siendo inadmisible el título primero que destruía el derecho de execucion, Luis XIV creyó necesitar de un tribunal de justicia. Este era

sin duda el medio de comprometer la execucion de la ordenanza: ¿quál fué el suceso? el parlamento tuvo el valor de no reconocer el título primero, y la sabiduría de consagrar por sus decretos el exceso que se advertia en la ordenanza.

"¿Le será permitido al parlamento oponer ahora á los enemigos del derecho de la execucion la multitud de leyes perjudiciales que han emanado de los tribunales de justicia? Si desde la época de la regencia nuestras leyes, nuestras costumbres, la fortuna pública, todos los estados., todas las juntas, la mayor parte de las familias han experimentado tantos rebeses ¿no son los tristes frutos del poder arbitrario de los tribunales de justicia? Si los impuestos han hecho aumentar los gastos ¿no es esto un efecto de la seguridad que los tribunales de justicia inspiraban á los ministros? Si la economía ha ocupado el lugar de la prodigalidad ¿no ha

sido en el momento crítico en que los ministros han dexado de contar sobre su misma facilidad? El reynado del difunto rey (no es tiempo ya de callar, por que en defecto del parlamento la historia lo publicaria), este reynado notable por tantos tribunales de justicia, lo es tambien por el exceso de los impuestos, de los empréstitos y de las profusiones.

»En vano para justificar el despotismo han afectado celar por la autoridad del legislador, diciendo: *Que habrá tantas voluntades como tribunales soberanos.* Tal es la objecion de vuestros ministros; pero la respuesta está en la historia, y en las leyes: un juramento general el mas sagrado liga á toda la Francia con su soberano: pero el rey no reyna en todas las provincias con el mismo título. En Normandía, en Bretaña, la Guiena, el Langüedoc, Provenza, el Delfinado, Alsacia, Borgoña, Franco Conda-

do, en los paises conquistados, en los paises unidos, reglan esta obediencia diferentes condiciones. En el Béarne el artículo primero de la costumbre exíge del rey el juramento de respetar sus privilegios, cuyo juramento le renueva él mismo en persona á los diputados de esta provincia, despues del qual presta ella el suyo. Vos mismo, Señor, habeis renovado el vuestro, y no seríais justo y recto, si variaseis la costumbre de las provincias. No son los estados los que lo encadenan, lo son sí los principios: ¡cadenas felices que hacen mas sólido el poder legítimo! Cada provincia ha pedido un parlamento para la defensa de sus derechos particulares: éstos no son quiméricos, ni aquellos unas vanas instituciones. De otro modo el rey podria decir á la Bretaña: *Yo os quito vuestros estados*; á la Guiena, *abrogo vuestras capitulaciones*; al pueblo del Béarne, *no entiendo de*

prestaros juramento; á la nacion misma, *quiero mudar el de consagracion*; á todas las provincias, *vuestros fueros sirven de travas para el legislador, vuestros parlamentos le obligan á variar su voluntad*; *anulo vuestras franquicias, y suprimo vuestros tribunales*.... es muy cierto que entónces la voluntad del rey podia ser muy uniforme, pero, ¡ah! ¡Señor! séale permitido á vuestro parlamento concebir algunos temores sobre sus resultas.

»Por lo que hace á vuestro parlamento, Señor, sus principios, ó mas bien los del estado, le están confiados á él solo y son inmutables. No está en su poder variar su conducta: algunas veces los magistrados son llamados á sacrificarse á las leyes; pero tal es su honrosa quanto peligrosa condicion, que deben dexar de serlo, antes que la nacion cese de ser libre. Estas son, Señor, las muy humildes y muy respetuosas representaciones, que han creido de-

ber presentar á V. M. vuestros muy humildes, obedientes, fieles, y afectuosos servidores y súbditos. = Los consegeros de vuestro parlamento."

La humildad de esta fórmula contrastaba no poco con el tono que reynaba en el cuerpo de las representaciones. ¿Cómo unas gentes que confesaban emanar del rey las funciones que exercian, concebian la pretension de ser en el estado una autoridad independiente del monarca? Ademas ¿quándo un tribunal no está en la dependencia mediata y perpetua del que lo creó? La posteridad leyendo estas representaciones podrá alabar el estilo, pero juzgará sin duda que el que las produxo tenia muy cortos alcances. Si la gravedad de la historia me permitiese aventurar una comparacion familiar, diria que los individuos del parlamento son semejantes en esta ocasion á aquellos animales anfivios que no queriendo el rey piadoso que Júpiter les envió, le importunaron tanto con su algaza-

ra, que al fin obtuvieron otro que los devoró á todos (1).

Este escrito tuvo un suceso tan prodigioso que en todas partes se encontraba, todos lo llevaban consigo y devoraban con ansia su lectura, efecto del ayre de libertad que respiraba y de los pensamientos que lanzaba contra el despotismo Así es que la efervescencia fué universal y ya no se hablaba mas que de recobrar la libertad, y

(1) La profecía que hace el autor hablando del parlamento en 1800 (época en que publicó su historia) se ha verificado. Este tribunal indispuso á la Francia con su benigno soberano Luis XVI, y esta misma nacion que lo juzgó, sentenció y condenó á muerte porque no queria tener rey, ha recibido un tirano que con nombre de emperador los ha despojado de sus derechos y franquicias respectivas, ha expatriado sus ciudadanos, conducido en cadenas á sus hijos para batirse con los mejores y mas antiguos aliados de su patria, ha extinguido el culto, destruido la educacion, y ha desolado la nacion entera por agregar á su cetro de hierro algunos millones mas de esclavos, que perderá con la vida el dia que se acuerden de sus verdaderos intereses.

de abatir el despotismo. D'Eprémesnil, que era tenido por el redactor de estas representaciones, se hizo el ídolo del pueblo, de modo que su presencia sola excitaba mil estravagancias miserables en la multitud, en testimonio de su alegria y agradecimiento. Orléans cuya resistencia habia producido todo este ruido, y habia pagado con su destierro, era mirado igualmente como el salvador y el martir de la patria.

El parlamento envanecido con la alegría y reconocimiento, que veía en el pueblo por la guerra que sostenia contra la corte, no hacia mas que animarse para sostenerla con vigor. Tan pronto pedia la convocacion de los estados generales, tan pronto la supresion de las que en aquel tiempo se llamaban *cartas órdenes* (1), y siempre el perdon

(1) Estas cartas órdenes eran una autorizacion que daba el rey á los grandes y nobles, y que éstos llevaban en el bolsillo para servirse de ellas segun se les antojaba. Con ellas podian encarcelar á qualquiera de sus vasallos, sin que nadie pudiese pedirles la ra-

del duque de Orléans. "Estamos autorizados para creer, decian en otras representaciones que salieron dos meses despues, que el duque de Orléans no es delincuente: asi que, no cesaremos de pedir muy respetuosamente á V.M. su libertad personal como una consecuencia justa y necesaria debida á su inocencia. No es un príncipe de vuestra sangre, Señor, el que reclama vuestro parlamento á nombre de las leyes, y de la razon, sino un frances, un hombre."

Hé aquí hasta qué punto el duque de Orléans por sus intrigas ocultas habia seducido á todos aquellos cuerpos de magistratura. D'Eprémesnil autor de todas estas representaciones confesó despues, que varios de sus cólegas que estaban impuestos en los intereses del duque de Orléans habian adquirido en

zon: los tenian encerrados hasta que acudian á su solicitud, ó espiraban en los calabozos de sus castillos, como sucedió á muchos que no quisieron prostituir la virginidad de sus hijas, ó el honor de sus mugeres á los impúdicos deseos de su señor.

el parlamento una influencia extraordinaria, y que él mismo habia sido engañado completamente. No se puede dar una idea mas clara del ciego entusiasmo con que todos los tribunales soberanos se habian adherido al partido de este príncipe.

Sostenido de este modo el duque de Orléans podia aspirar al logro de sus pretensiones, y por el resultado que habia obtenido ya, debia prometerse el conseguirlo. Voy á describir ahora los proyectos que le ocupaban en su castillo de Villers-Cotteret.

LIBRO SEGUNDO.

Proyectos de Orléans durante su destierro en Villers-Cotteret. Manejo de sus cómplices en el parlamento. Resultados que obtuvieron. Sublevacion de la magistratura y de la nobleza. Primera maniobra para excitar una penuria general. Escenas sangrientas. Primer acto de popularidad que hace solemnemente el duque de Orléans.

Baxo un exterior simple y tranquilo el duque de Orléans ocultaba una alma extraordinariamente rencorosa, vengativa y feroz. Era en este punto el hombre mas disimulado, y por mas que se diga de su impericia, jamas conspirador alguno ha comprendido mejor que él el arte de no comprometerse. Sobrepujó en esto á Catilina, que cometió la falta de hablar de sus pro-

yectos en las cartas que interceptó Ciceron, y leyó en senado pleno. Con tales piezas fué fácil acusarlo, convencerlo y condenarlo, en vez de que Orléans puso tal circunspeccion en sus manejos que jamas pudieron hacerle cargo. Se le conocia bien; pero no pudieron oponerle pruebas materiales. Y es una cosa prodigiosa que teniendo en la capital y en las provincias millares de cómplices en su conjuracion, no haya parecido en ningun tiempo una correspondencia escrita entre ellos y el duque de Orléans; ó que si hubo alguna, les fué siempre imposible á los que tenian un interes en descubrirlos presentar al público algun exemplo de ella.

Desde el momento en que, como se ha visto mas arriba, creyó frustrada su esperanza de succeder al duque de Penthiévre en el grado de almirante de Francia, habia jurado al monarca un odio que deseaba con impaciencia satisfacer. La ambicion se habia mezclado con el aborrecimiento; y

estas dos pasiones abrasaban fuertemente su alma. Su destierro á Villers-Cotteret exâltó al grado mas alto los sentimientos que le agitaban. En el primer momento de su desgracia, su sangre se encendió, y cayó en un verdadero delirio. Vuelto de este primer acceso, se desahogó en imprecaciones y amenazas contra el rey, y principalmente contra la reyna, que sabia era la causa de la humillacion que acababa de recibir. En muchos dias no hubo quien se le acercase, parecia haber perdido el juicio, rompia sus muebles, maltrataba á sus criados, lo que parece tanto mas estraño, quanto que, como ya hemos dicho, era naturalmente bueno con ellos.

Uno de sus ayudas de cámara que gozaba toda su confianza, no lo perdia de vista, y no dexaba que se le acercasen mas que dos ó tres criados. Este ayuda de cámara no cesaba de suplicarle con sumision que se moderase, y le representaba todo el peligro que le podia resultar de las in-

discreciones á que se entregaba. «Y »bien, le dixo un dia Orléans, ¿debo »perecer? pues pereceré contento si ar»rastro en mi pérdida al rey, y so»bre todo á la reyna.... juro que los ar»rastraré y los haré tan desgraciados »quanto criaturas humanas pueden ser»lo; dispendiaré todas mis riquezas, »y perderé hasta la vida si es necesa»rio por conseguirlo.»

Estas escenas de frenesí no fueron tan secretas que no se trasluciese alguna cosa en el público; pero, si llegaron á los oidos de aquellos que tenian tan grande interes en reducir á Orléans á la imposibilidad de no perjudicarlos, miraron estas amenazas como los primeros movimientos de un furor vano y despreciable. Esta fué una gran falta, porque el odio es industrioso, y puede hacer formidable al enemigo al parecer mas débil; y Orléans por las circunstancias que habian producido sus intrigas no lo era tanto como lo creían. Al fin se rindió á las instancias del confidente

de sus proyectos de venganza. Se moderó y volvió á tomar la máscara de la hipocresía ; pero lexos de variar en nada sus resoluciones, juró por el contrario, de obtener á toda costa su consecucion. Comprendió que le importaba mas que nunca disimular y fortificar la opinion que tenia la corte con respecto á él, de que su inaplicacion, su ligereza, y su gusto esclusivo por los placeres, le tenia en la imposibilidad de emprender y seguir ninguna empresa seria ; y para conseguir los deseos que formaba, comprendió que debia empezar por insinuarse en el amor del pueblo induciendo á éste á coadyuvar en sus miras.

Sus amigos de París le ganaron la mayor parte de los diaristas, y estos le vendieron con complacencia sus plumas. Publicaron acciones que le representaban como un principe enteramente vuelto de sus errores, y que no tenia otra ambicion que la de ser útil á su país, y á los des-

graciados. Estos escritores se empeñaron igualmente en adquirirle una reputacion de valor, sin la qual un gefe de conspiradores no puede elevarse nunca.

No referiré aquí mas que un hecho solo de los que contaron los papeles públicos, por ser el que hizo mas ruido y le grangeó mas elogios. Este príncipe, dixeron los diaristas, pasaba por un mal puente de piedra seguido de uno de sus criados llamado Jockey, cuyo nombre tienen en Inglaterra; apénas pasó el príncipe se hundió el puente, y el Jockey cayó en el rio. El duque de Orléans vuelve atrás, se arroja generosamente al agua, nada largo tiempo, alcanza á su criado, y asiéndolo de los cabellos, lo saca sano y salvo á la orilla. Allí el Jockey puesto de rodillas delante de su augusto libertador, le abraza las suyas y las baña con sus lágrimas, no encontrando palabras con que significarle su grato reconocimiento. El príncipe lo levanta con bondad, y en un tono jovial le dice:

"El único testimonio de gratitud, ami-
»go mio, que exîjo de tí, es que en
»adelante no te cortes tanto los cabe-
»llos, pues has visto el trabajo que he
»tenido en sacarte."

No faltaron algunos que negaron absolutamente este hecho, y lo atribuyeron á pura invencion de los periodistas de París vendidos á Orléans. Yo no aseguraré esto; pero sí me atrevo á decir que es muy verosímil sucediese así. Porque el duque sabia nadar; era susceptible de un movimiento de generosidad; ¿pues por qué pudiendo rendirse á él sin mucho peligro despreciaria la ocasion de salvar la vida á un criado suyo, y colmarse de gloria con la publicidad de este acto de humanidad? Ademas, quando los periódicos anunciaron este hecho, fué creido generalmente de todos, aún de aquellos que no estimaban al duque. Así es que podemos colocar esta accion en el número de aquellas que están apoyadas en la notoriedad publica.

En aquella época los parisienses

tenian aun la costumbre de reirse de todo, así de las buenas como malas acciones. Apareció en un puesto publico donde se vendian estampas, una que designaba de un modo gracioso la accion que acabo de referir. El principe estaba representado con el medio cuerpo levantado sobre el agua nadando con la mano izquierda, y con la derecha teniendo asido de los cabellos á su Jockey. Debaxo de la estampa estaban grabadas estas palabras: *Vamos, Dios sea bendito! he aquí un príncipe que aparece sobre las aguas.* Esta jocosidad que divertia y excitaba la risa, no le era injuriosa en el fondo, y prueba que desde luego habia hecho algunos progresos en la estimacion de una porcion de sus conciudadanos.

El duque de Orléans no olvidó ninguno de los medios que le podian granjear la benevolencia de los sencillos labradores y humildes artesanos. Prometía dotes á las jóvenes para casarse; sacaba de pila á los recien nacidos; dispendiaba prudente-

mente algunas liberalidades; entraba en todas sus casillas; se sentaba al lado del arrendador, del labrador, del oficial y del artista, y conversaba familiarmente con ellos. Es imposible manifestar hasta qué punto seduxo con esta conducta á aquellas pobres gentes que se adhieren tan fácilmente á los príncipes quando descienden hasta ellas.

Por lo que hace á la corte el duque de Orleans trató de engañarla á fuerza de disimulo, y se comportó de modo, que no pudo ser convencido por el partido contrario de haberse reconciliado con ella. Importaba á sus miras que se le permitiese volver á París, y para no comprometerse, se valió de su esposa para negociar su pronto regreso á fin de evitar que su peticion por escrito apareciese impresa: la princesa se lo suplicó al rey, como el que olvidase lo pasado, y se expresó autorizada por su consorte para prometer en su nombre que en adelante no

tomaria parte alguna en los negocios públicos, y que no tendria otro estudio que el de probar por su conducta ulterior el sentimiento que tenia de verse privado de la gracia del monarca. Luis XVI convenia con la Francia en el interes y la veneracion que inspiraban las virtudes de la duquesa de Orléans, así que accedió á sus súplicas; pero engañada ésta por las protestaciones hipócritas de su esposo, lo fué tambien el rey, viendo que habia sido ilusoria la sinceridad de su arrepentimiento y mudanza.

Asegurado así de su regreso el duque de Orléans esperando que se efectuase, concibió para coadyubar á la ruina de aquellos que aborrecia y elevarse al trono, un proyecto tan atroz que ningun otro parecido se ha inventado en los siglos anteriores. Imaginó acopiar por sí todo el trigo de la Francia, hacerse dueño de la subsistencia de la nacion entera, producir una hambre general, y concertar tambien sus intrigas á este objeto, que

persuadiese al pueblo que el gobierno era el culpado y la causa de esta terrible calamidad. Encontraba aun en este sistema de penuria la ventaja detestable de compeler á la desesperacion á los habitantes de las ciudades y del campo, y conducirlos desde la desesperacion á la insurreccion: ademas si por el efecto de la subversion que produciria el hambre podia apoderarse de la autoridad suprema, estaba seguro de mantenerse en su usurpacion haciendo renacer de repente la abundancia.

No dexarán, se decia á sí mismo, de preferir el nuevo reynado al último, de exêcrar al rey al que creerán autor de la escasez, y de idolatrar al que ha puesto fin á este desastre. El impolítico decreto que permitia la exportacion indefinida de los granos hizo concebir á Orléans este abominable designio, y le dió la funesta facilidad de executarlo. Este desgraciado decreto ha causado á la Francia mas males que le hubieran podido hacer veinte años

de una esterilidad total; lo que prueba, que un solo error político puede producir el trastorno de los imperios mas bien consolidados; y que no hay error mas cruel en la administracion, que el que priva al pueblo del alimento de primera necesidad. Quando padece hambre, no se quexa ni del rigor de las estaciones, ni de los elementos, ni de ninguna causa natural, fixa sus miradas en los que gobiernan, y concluye no sin alguna razon, que pues no saben alimentarlo, no son dignos de gobernar. Quando está penetrado de esta idea no la abandona jamas; y esto es capaz de conducirle á todos los escesos. Refiexiones políticas no pueden contenerle, porque vive de pan y no de razonamientos. En general, es menester no hablarle de su subsistencia; debe recibirla sin conocer los esfuerzos penosos que se la procuran; si los conocen temerá su insuficiencia, y por querer prevenir los males que teme, se precipitará rápidamente en un abis-

mo de miserias. En esto principalmente deben los que gobiernan imitar la Providencia, de la qual recogemos los beneficios sin ver la mano, y sin conocer las leyes que nos los dispensan.

Tales eran las ideas que revolvia Orléans en su imaginacion desde que se alejó de la corte; no deseaba acercarse á ella por reunirse á sus cómplices, y rodearse de agentes y de instrumentos propios á realizar su sistema de penuria. Esperando recoger los frutos del nuevo plan de conducta que habia trazado en Villers-Cotteret, se regocijaba del obstinado empeño con que los parlamentos combatian á los ministros con ocasion de su destierro. Las diarias representaciones de estos cuerpos y la imposibilidad de procurarse dinero metieron á los ministros en un laberinto, del qual les fué imposible salir.

La Brienne de concierto con Lamoignon proyectó nuevas medidas, que creyó propias para procurar lo que

no podia obtener de los tribunales soberanos. Hizo con el mayor secreto el trabajo que debia producir otro órden nuevo de cosas ; pero la naturaleza misma de este trabajo exîgía que tomase precauciones que no se trasluciesen en público. Todos los dias los ministros se reunian en Versalles en presencia del rey antes de levantarse, y tenian junta ó sesion. Se dió órden á los comandantes é intendentes de provincia de presentarse en las ciudades en que tenian los parlamentos su residencia. Se envió á las mismas ciudades un consejero de estado y un relator de las peticiones del rey: les dixeron verbalmente á su despedida que recibirian á su tiempo las órdenes del monarca, y que su intencion era la de que se executasen literalmente, y sin interpretacion ni modificacion lo que en ellas se contenia. Las centinelas guardaban de dia y de noche la imprenta real : ninguna persona de afuera podia entrar, ni aun los oficiales de adentro salir.

Estos misteriosos preparativos, alarmando á los parlamentos, les obligaron á mantenerse mas que nunca circunspectos, y hacer nuevos esfuerzos para arruinar enteramente la autoridad de los ministros. D'Eprémesnil y otro consejero llamado Goislard de Monsabert, seducidos por las pérfidas insinuaciones de los amigos de Orléans, no cesaron por mañana y tarde de hacer al tribunal denunciaciones, tanto contra los abusos que decian cometerse en la percepcion de los impuestos, quanto contra las llamadas *cartas órdenes del rey* firmadas y selladas por su secretario de estado.

La publicidad que se daba á estas denunciaciones acababa de arruinar del todo el crédito de los ministros y de debilitar el poder del monarca; pero para obtener un suceso completo y volver contra la corte los golpes nuevos con que amenazaban á la magistratura, se trataba de conocer el trabajo tenebroso en que esta se ocupaba. Desesperaban de conseguirlo, y se ate-

nian á simples congeturas que no permitian tomar una determinacion segura. Esta incertidumbre no duró mucho tiempo; el secreto de los ministros se hizo al fin público por la imprudencia de la Brienne.

Entre los conjurados que se reunian en casa de Duport, Huguet de Sémonville manifestaba mas ardor en excitar los desórdenes. Gozaba de algun crédito entre los de su cuerpo, y toda la confianza de los conspiradores. Como tenia bastante facilidad en los negocios, y mucho talento para la intriga, hacia algun tiempo que por estas qualidades se habia introducido en el gabinete de la Brienne. Persuadia á este ministro que estaba cerca de él la espia de su cuerpo, y en verdad que no mentia, porque él le daba una cuenta exácta de lo que pasaba en el parlamento y en casa de Duport. Esta conducta le grangeó la confianza de la Brienne, quien no tuvo dificultad en confiarle una parte de las disposiciones que deseaba saber el parlamento.

Por otra parte Huguet de Sémonville aseguraba á aquellos de sus cohermanos que se reunian en casa de Duport, que si visitaba tan á menudo á la Brienne, era para enterarse de las miras de este ministro; y á fin de convencerlos de su sinceridad, les descubria una parte de lo que le decia. D'Eprémesnil le obligó tanto para que dixese lo que sabia acerca de lo que pasaba en la imprenta real, que para no hacerse sospechoso dió mas datos de los que necesitaba; y aunque fué algo reservado acerca de la substancia de las nuevas operaciones que iban á manifestarse, la demasiada confianza que D'Eprémesnil le arrancó, bastó para hacerle adivinar el todo del plan.

De este modo se supieron las innovaciones que preparaba la Brienne. D'Eprémesnil se apresuró á solicitar una asamblea de las cámaras del parlamento. Los duques de la Rochefoucault, d'Uzés, de Praslin, de Charost, de Fitz-James, de Piney, de Gêvres, d'Aumont, de Lausun-Bi-

ron y de Villars-Brancas, se hallaron en ella; y d'Eprémesnil desplegó todas las riquezas y recursos de la elocuencia con un éxîto el mas completo y el mas universal. Si se le hubiera dicho entónces que solo seguia el partido de Orléans, se hubiera admirado extraordinariamente. Movió, persuadió, y arrastró tras sí á quantos le oyeron; pero con tal fuerza, que se obligaron con el sagrado del juramento y peligro de su vida á repeler quanto les propusiese la corte: y á fin de que el público tuviese parte en este entusiasmo, acompañaron este juramento con un acuerdo en que se acusaba á las claras á los ministros de que querian sublevar la Francia, cuyo tenor estaba concebido en los términos siguientes:

"El tribunal justamente alarmado »por los sucesos funestos que ame»nazan á la constitucion del estado y »á la magistratura; considerando que »los motivos que impelen á los mi»nistros á querer destruir las leyes,

»y los magistrados, son la resistencia »constante que estos han opuesto á »los dos impuestos desastrosos; la »peticion que no han cesado de ha»cer para la convocacion de los es»tados generales antes de todo im»puesto nuevo; los proyectos que »pueden tener estos ministros para »no gravar al estado sin convocar»los, sirviéndose de un medio con»tra el qual preveían bien que los »tribunales soberanos se levantarian »constantemente; y deseando el di»cho tribunal antes de todas resul»tas fixar los principios de un mo»do positivo, declara: Que la Fran»cia es una monarquía en la qual »el rey gobierna por leyes fixas y »establecidas: que en el número de »éstas las hay fundamentales; tales »son las que aseguran la corona á »la casa reynante, á los descendien»tes de esta de varon en varon por »órden de primogenitura; las que »conservan á los estados generales »convocados legalmente el derecho

»de otorgar los impuestos ; las que »aseguran la inamovilidad de los »cargos de magistratura ; las que »mantienen la libertad individual »y la propiedad de los ciudada»nos, &c. &c.

»Otrosí declara: Que en el ca»so en el qual subyugado por la fuer»za se hallase en la imposibilidad de »velar por sí mismo sobre los prin»cipios que quedan establecidos, de»pone desde ahora mismo este de»pósito en las manos del rey, de los »príncipes de su augusta casa, de los »pares del reyno, de los estados ge»nerales, y de toda la nacion.

»Declara por último que no le per»tenece tomar ninguna parte en todo »lo que se pretenda atentar contra »estos principios, y que en el caso »de que se quiera establecer un cuerpo, »qualquiera que sea, para represen»tar el tribunal de los pares, ningun »miembro del dicho tribunal puede ni »intenta tomar asiento en él, ni recono»cer otro que el que actualmente existe."

Sería difícil pintar la alegría que produxo este acuerdo fecho el 3 de mayo en aquellos que deseaban la continuacion y aumento de los tumultos. Los sabios gemian por la imprudencia de los ministros que se habian dexado adivinar, y todos preveían la imposibilidad en que aquellos se hallaban para desenredarse de estas nuevas trabas. Mas difícil de creer es, que en medio de la tormenta, ellos solos aparecian tranquilos y sin cuidado; y quando fluctuaba en medio de los mayores escollos la nave del estado, ellos se divertian con el timon. Lamoignon por su dignidad de guardasellos debia ser el executor de los proyectos que iban á publicarse. Habiendo sido preguntado por uno que á qué debia atenerse la nacion, y cómo se manejaria para poner á la corte en una total independencia de los parlamentos, respondió con imprevision y ligereza: *Esto será el monte que parirá el raton.* Jamas se ha profetizado peor.

*

Se trataba en las nuevas miras del ministro la Brienne de crear muchos grandes bayliages que disminuyesen el resorte, el crédito, y los derechos del parlamento, y tambien de hacer reformas útiles en el código criminal. Se declamaba hacía largo tiempo contra la extension de la jurisdiccion del parlamento de París, y se presentaba á los pueblos como contrario á los intereses de justicia. Cincuenta años hacía que se solicitaba con tanto ardor mudar las leyes criminales, que si la Brienne hubiera empezado por estos dos artículos, es bastante probable que se hubiera grangeado la mayor parte de la nacion, y que el parlamento no se hubiera atrevido á rechazar las innovaciones que en general se tenian por ventajosas; pero el inepto la Brienne no sabia tampoco hacer el bien. Empezó su obra por sublevar al pueblo, é inspirarle una prevencion insuperable contra todo lo que emanaba del trono. Antes de pro-

poner nada, quiso arrestar á d'Eprémesnil y á Goislar de Monsabert en sus casas; pero los executores de este primer mandato de la Brienne tuvieron la desgracia de errar el golpe: los dos magistrados se refugian al palacio: las cámaras se reunen en un instante: los pares son convocados: el rumor es espantoso: el parlamento pone baxo la proteccion del rey y de las leyes á d'Eprémesnil, Goislard, á todos los magistrados y á todos los ciudadanos. La agitacion general no tiene exemplo en las guerras civiles, y todo París se vé ardiendo en un fuego vivo de conmocion.

Creyendo la corte que se comprometia la autoridad del rey si no se extraían del parlamento los dos prisioneros, levanta al instante un exército. Los regimientos de guardias francesas y guardias suizas mandados por el marques d'Agoult, mayor del primero de estos dos cuerpos, hombre altanero, imperioso y brutal, cercaron el palacio. Todos los miembros

del parlamento, tanto los pares como los magistrados, quedan constituidos en la clase de prisioneros de guerra. Los fusileros acompañaban á aquellos cuyas necesidades corporales les obligaban á dexar la sala. El consejero Titon de Villotran, atacado de un acceso de gota, suplica en vano se le permita retirarse á su casa. Los soldados, los unos armados de hachas, y los otros de clavas, se presentan á las puertas de la sala en donde el parlamento estaba reunido para forzarlas, y se abren sin dificultad. D'Agoult se presenta entre los magistrados del tribunal, lee sus órdenes, amenaza y manda á d'Eprémesnil y Goislard de Monsabert que le sigan: obedecen, y el primero es conducido á las islas de Santa Margarita, y el segundo á Pierre-Encise, ciudadela de Leon.

Algunas horas despues de su salida d'Agoult mandó que se retirasen todos los miembros del parlamento, lo que verificaron en el 6 de mayo desfilando en toga por delante de las

BIBLIOTECA

filas que formaban las tropas. Los oficiales de las guardias francesas cerraron todas las puertas hasta las de la consergería, guardaron las llaves en sus bolsillos, y se marcharon (1).

No faltaba en París mas que un hombre diestro para mantener y dirigir todo este movimiento: éste era el duque de Orléans. La corte habia cometido la imprudencia de llamarlo de su destierro antes de que las escenas que acabo de describir hubieran empezado; de suerte que es muy probable que tuvo alguna parte en esta fermentacion. En el momento en que recibió la órden de su indulto no perdió un instante para restituirse á Pa-

(1) No de otro modo disolvió Buonaparte el consejo de los Quinientos establecido en Saint-Cloud el 19 Brumaire año VIII de la republica á su vuelta de Egipto, en cuya jornada hubiera sido asesinado indudablemente, si un granadero de los del cuerpo legislativo, que dispersó á los Quinientos llamado *Thomé*, no hubiera interpuesto el brazo y recibido en él la puñalada que le asestaron. ¡Quántos beneficios hubiera recibido la humanidad!

rís. Era de noche quando llegó; y al otro dia por la mañana tuvo una conversacion particular con el rey que duró un quarto de hora: no se ha sabido nunca lo que se trató en aquella conferencia, solo se sospecha por el ayre satisfecho que manifestó Luis XVI despues, que el duque de Orléans se retiró, que esta entrevista habia causado alguna satisfaccion al monarca sin duda por las seguridades de celo y fidelidad que debió darle; y con efecto el duque de Orléans empezó á recatarse mas desde este momento. Veía que por el giro que tomaban los negocios públicos, los esfuerzos que hacia para disimular no serian de larga duracion, y que no tardaria en llegar el instante en que pudiese desafiar la autoridad del monarca. Todos pensaban como Orléans; esto es, que considerado el punto á que habian llegado las cosas, no tardarian en producir una explosion espantosa. La Brienne, continuando su manejo con toda la inconsideracion propia de la ignorancia reunida á la presuncion,

no omitió nada para apresurar la crisis que se preveía y para hacerla mas terrible. A los tres proyectos de ley relativos á la creacion de los grandes bayliages y á la reforma del código criminal, añadió otros tres decretos, que vistas las circunstancias en que se hallaba, eran una verdadera locura. Los primeros quizá no se hubieran recibido con disgusto, pero los últimos debian poner en ridículo al autor y grangearle el aborrecimiento general.

El primero de estos tres últimos decretos trataba de la supresion de la segunda y tercera cámara del parlamento y de las peticiones del rey, reduciendo el cuerpo del parlamento á sesenta y siete consejeros.

El segundo decreto se titulaba *restablecimiento del consejo pleno.* Este consejo pleno se debia componer del rey, del canciller en ausencia de aquel, del guardasellos, de los presidentes de los parlamentos de París, de los príncipes de la sangre, del limosnero mayor, y de los demas grandes

oficiales de la corona ; de los pares, de dos arzobispos, dos obispos, dos mariscales de Francia, dos capitanes generales de provincia, dos tenientes generales, quatro personas calificadas, un cierto número de consejeros de estado y magistrados del consejo de las Peticiones, y de un diputado de cada provincia; y quando se hallasen ausentes algunos magistrados, serian reemplazados por otros tantos de los del consejo. Á este tribunal debia confiarse el escrutinio de las leyes.

En fin, el último decreto mandaba una suspension total del parlamento, hasta que los grandes bayliages, y otros establecimientos contenidos en los decretos precedentes, se hubiesen realizado.

No pudieron elegir un tiempo peor para introducir en la nacion semejantes novedades. Habiendo prometido la corte solemnemente la instalacion de los estados generales, debia presumir la dixesen que estaba

arrepentida de cumplir lo que habia ofrecido; porque si los estados generales estaban prometidos, ¿á qué otra asamblea para tratar de innovaciones de tanta importancia?

La Brienne caminó aun en esta circunstancia con su acostumbrada inconsideracion. Si se hubiera limitado hablar desde luego al parlamento de la creacion de los grandes bayliages y de la reforma de las leyes criminales, es muy posible que se le hubiera escuchado; pero mezclar á las mudanzas que el público parecia desear, novedades que chocaban con una porcion de intereses individuales, debia necesariamente tener mal éxito. Al dia siguiente al en que el marques d'Agoult cerró las puertas del palacio, el parlamento recibió órden de ir en cuerpo á Versalles. Antes de llegar, fueron invitados y admitidos los pares á la presencia del rey, quien les instruyó en los diferentes decretos que iban á promulgarse, y les insinuó que contaba con ellos para el

establecimiento del consejo pleno.

De vuelta á París estuvieron irresolutos acerca del partido que deberian tomar; y lo que aumentó su irresolucion, fué el verse abandonados de los príncipes. El mismo Orléans aparentó no tomar parte alguna ni en su embarazo, ni en los sucesos que se preparaban. No dudando por el informe que le habian dado los amigos que tenia en el parlamento de una próxîma explosion, la esperaba sin inquietud. La conducta que tuvo en esta ocasion fué hábil y sagaz: su aparente indiferencia convenció al rey que era fiel á las promesas que le habia hecho. Por otra parte supo persuadir á los magistrados que él favoreceria con su apoyo á los tribunales soberanos luego que creyesen deberlo implorar. Los pares estaban obligados por juramento como los magistrados á oponerse á las medidas que iban á tomar los ministros. Llegado el momento de la crisis, los unos no tuvieron valor para

resolverse y guardaron silencio como los príncipes; y los otros se reunieron en casa del mariscal duque de Duras, y solos los duques de Fitz-James, d'Uzés, de Piney, d'Aumont, de Praslin y de la Rochefoucault, convinieron en mantenerse fieles á su juramento, y en escribir al rey cada uno en particular una carta que contenia la protestacion personal siguiente:

"Señor, estoy penetrado de dolor por la subversion casi general que se pretende hacer en vuestro reyno. Mi deber será siempre dar á vuestros vasallos exemplos de respeto y de sumision; pero mi conciencia y la fidelidad que debo á V. M., no me permiten llenar las funciones que los nuevos decretos atribuyen á los pares. Me tomo la libertad de poner á los pies del trono la declaracion que exîge mi honor, y que me dicta el zelo mas ardiente por los intereses de V. M. inseparables de los de la nacion."

El rey les devolvió la carta á cada uno de los seis pares con la respuesta siguiente:

"Mi querido primo: para no manifestaros el sumo desagrado con »que he recibido vuestra carta os la »envio, quiero no atribuirla mas que »á un primer movimiento, y yo os »amonesto que lo reflexîoneis se»riamente."

Despues del recibo de esta carta tres de los seis pares desistieron de su oposicion, empezando la division así entre unos personages á quienes un mismo interés debia mantener unidos.

No sucedió lo mismo en el parlamento. Dos dias despues del en que fué echado del palacio, se presentó á las cinco de la mañana en Versalles, segun la órden que habia recibido del rey para tener una sesion de justicia. Pero ántes de comparecer renovó el juramento que le habia dictado d'Eprémesnil: durante la sesion guardó un profundo y me-

lancólico silencio, y concluida, todos los magistrados sin exceptuar uno, renovaron el juramento de oposicion. Esta sesion de justicia fué la última ceremonia de esta clase entre los franceses.

Ni la seduccion, ni las promesas, ni las amenazas pudieron vencer la oposicion del parlamento, cuya resistencia imitaron los demas tribunales soberanos, y la Brienne quiso crear su consejo pleno con las bayonetas; pero se manejó con tan poca habilidad y tanto despotismo, que alejó del trono aquellos que debia haber acercado. Es de notar, que la nobleza fué la que se sublevó por todas partes, con particularidad en el Delfinado y en la Bretaña. La sangre corrió en esta última provincia: tres oficiales pagaron con sus vidas la sumision á las órdenes que habian recibido contra los magistrados: quince nobles por una parte, y quince oficiales por otra, se batieron en duelo. Fué menester enviar

al socorro del conde de Thyard, que mandaba en Bretaña, al mariscal de Vaux con un exército de catorce mil hombres para sofocar en esta provincia la guerra civil que empezaba á manifestarse.

Las tropas que la Brienne empleaba en hacer executar sus operaciones recibian afrentas de todas partes. Habiéndose presentado un regimiento de caballería delante de una ciudad, le cerraron las puertas: oficiales y soldados tuvieron que alojarse en los conventos que habia extramuros, y comenzaron á aborrecer la comision que se les habia confiado. Los oficiales de Bassigny hicieron renuncia formal de ella, la qual enviaron á los de otros regimientos convidándolos á que la firmasen.

La Brienne no oponia á estas insurrecciones parciales mas que algunos golpes de autoridad, los quales en vez de curar el mal lo aumentaban. Deshizo el regimiento de Bassigny, agregó los soldados á otros

cuerpos, y declaró á los oficiales por incapaces de servir al rey.

La nobleza bretona descontenta en sumo grado publicó esta especie de manifiesto: "Los infrascriptos miembros de la nobleza de la Bretaña declaramos infames á todos aquellos que puedan aceptar algunos empleos, bien sea en la administracion nueva de justicia, ó en la de los estados que no esten reconocidos por las leyes constitucionales de la provincia."

El original de esta declaracion fué depositado en el archivo del parlamento de Rennes, y una copia fué enviada al conde de Thyard por algunos diputados de la nobleza que le dirigieron este extraordinario discurso ó arenga.

»Os entregamos la protesta que »el procurador síndico de los esta»dos de la Bretaña ha depositado en »el parlamento: contiene el voto unán»nime de la nobleza. No dudamos »que si S. M. estuviese instruido no »dexaria de abrogar las órdenes ri-

»gurosas.... que un verdadero súb-
»dito del rey no debe executar."

El marques Boisgelin, el duque de Chabot, el marques de la Fayett, y la duquesa de Praslin, tuvieron una influencia conocida en los movimientos de la Bretaña. La Brienne hizo quitar al primero el empleo de gefe del Guardaropa, á Chabot y la Fayett les privaron de sus pensiones, y la duquesa de Praslin perdió el honorífico empleo de dama de la reyna.

Habiendo venido á Versalles doce diputados de la nobleza bretona á presentar una peticion al rey, la Brienne los mandó encerrar en la Bastilla. Su arresto puso el colmo al descontento de toda la nobleza y magistratura de la Francia.

El duque de Orléans viendo la rapidez con que el fuego de la insurreccion se comunicaba á todas partes, creyó que la coalicion de estos dos respetables y numerosos cuerpos le permitirian poner menos circunspeccion en su conducta. Los hi-

dalgos de la casa de Thyard le eran muy adictos. Hizo decir por baxo de cuerda al que mandaba en la Bretaña, que manejase las cosas de modo que en la guerra que se habia suscitado entre la nobleza de aquel pais y los ministros, la victoria no quedase por estos últimos. La historia no tiene nada que criticar á la conducta del conde de Thyard. Sin embargo la corte creyó que no obraba con bastante energía, y envió á Rennes al mariscal de Stainville.

El duque de Orléans citó á éste para una entrevista, y el mariscal fué al palacio real: Orléans entónces en tono de jovialidad le dice: "¿Y »adónde vá M. el mariscal? — A »Rennes, respondió Stainville. — ¿Se »vendrá M. de Thyard? eh! — No, »Monseñor. — ¿Y que hará en Ren»nes M. de Thyard si vais allá? — »Monseñor, M. de Thyard queda »en Rennes para lo civil... — Oh, ya »entiendo, replicó el príncipe, M.

»de Thyard se queda para lo civil,
»y vos vais para lo incivil."

El resto de la conversacion fué mas serio. Orléans manifestó al mariscal una sorpresa estraña de que aceptase una mision que le grangearia el odio de toda la nobleza de Francia, pues era infalible la caída de los ministros y con ella la de todos los que les sirviesen. Stainville por respuesta á todo solo dió ésta: "Yo no acepto, pero obedezco."

No habia un oficial general que no tuviese interiormente la misma repugnancia que el mariscal. El duque de Orléans por medio de los hidalgos, que contaba en el número de sus servidores, seduxo una gran parte de los oficiales del exército: muchos recurrieron á pretestos para no obedecer, algunos hicieron dimision de su mando, otros fueron llamados por sus parientes, y no faltaron algunos que trataron de insurreccionar á los soldados. Empero como esta cuestion les era indiferente en el

fondo, permanecieron en general fieles al rey; aunque desde este momento se empezó á introducir la relaxacion en la disciplina de las tropas de línea, y adoptaron la máxîma de que los soldados no debian batirse mas que con los enemigos exteriores. Esta máxîma fué admitida tambien por los guardias de corps, como se verá despues en la ilacion de esta historia.

Los amigos de Orléans empleaban todo su poder en llevar al mas alto grado la sublevacion contra los ministros, tanto en París como en el resto de la Francia. Un dia amanecieron en las esquinas y plazas de la capital una multitud de pasquines que amenazaban con la llegada de un exército de quarenta mil hombres si no restituían á los parisienses sus parlamentos. Otra vez tuvieron la audacia de fixar este otro en uno de los aposentos del teatro de la comedia italiana: *Los tiranos serán asesinados.*

Los caminos reales de la capital estaban guardados de dia y de noche por soldados que los ministros mantenian, y transitados por los innumerables diputados que las provincias enviaban á la corte. De un extremo al otro la Francia estaba agitada por las convulsiones: la Brienne puso el colmo á esta efervescencia: hizo salir del consejo un auto que sublevó toda la clase de propietarios de un modo sensible para el estado y el tesoro real; mandaba, que las rentas perpetuas y vitalicias que no baxasen de quinientos liares (1), serian pagadas las tres octavas en villetes del tesoro real, y las cinco en dinero: las que ascendiesen á mas de mil doscientas libras fuesen pagadas, tres quintos en dinero y dos en villetes: esta nueva operacion de la Brienne excitó tales quexas, que por la primera vez la corte pareció conmoverse por la si-

(1) Moneda de cobre francesa que viene á valer tanto como en Castilla dos maravedís.

tuacion en que se hallaban los negocios públicos, y hasta el ministerio perdió todo su ánimo.

En estas circunstancias fué quando el clero, que por entónces estaba reunido en París, dexo de ser un espectador en medio de aquellos movimientos. Cedió al torrente que habia separado á la nobleza y a los parlamentos fuera de aquellos límites que estos cuerpos no pasan jamas sin que el estado esté amenazado. El clero adoptó tambien la idea de que los estados generales eran los únicos que podian salvar la Francia; y concluyendo despues que la salud pública no llegaria nunca tan pronto, pidió al rey que acelerase su convocacion. El rey no opuso ninguna dificultad, se hallaban á la sazon en el mes de julio, y por un acuerdo del consejo prometió los estados generales para el mes de mayo siguiente.

El estado eclesiástico se felicitó de la condescendencia que habia merecido del rey, y le pareció que su con-

ducta le grangearía el reconocimiento de los pueblos. Por desgracia no tardó mucho en convencerse de que aquello no habia sido mas que una ilusion. Un auto nuevo del consejo solicitado y obtenido por la Brienne convidaba á todos los sabios y académicos á demostrar el modo mas ventajoso de esta convocacion. Semejante invitacion, que establecia en el hecho la libertad indefinida de la imprenta sobre toda materia política, animó á los enemigos del clero á levantarse contra este órden y á presentar sus propiedades, como el reembolso de los acreedores del estado. La Francia se llenó de folletos, en los quales los autores dando curso libre á su imaginacion, peroraron de todo menos del asunto principal. Asíque las luces que habia solicitado la corte, léjos de instruir al pueblo, lo estraviaron. Todas las sandeces antisociales y antireligiosas se grangearon partidarios, y baxo el gobierno de Robespierre se vió hasta qué punto se habian mudado las

verdaderas nociones del órden, de la justicia y de la humanidad.

Tal es el rumbo que tuvo la coalicion del primer príncipe de la sangre con los parlamentos. Tan engañados estaban los que pedian los estados generales como los que asentian á su convocacion. Orléans creyó que adquiriría una preponderancia que le pondria al frente de los negocios. El parlamento creyó que una de las primeras operaciones sería la de sancionar la autoridad que él gozaba, y de relevarle de la obligacion molesta que tenia de registrar los decretos de impuestos: la nobleza se persuadia que tendria una influencia que consolidase su clase en la nacion y disminuyese el poder de los ministros: el clero estaba creido de que gozaría un gran crédito en una asamblea, en la que tendria el primer lugar, y cuyos miembros no podrian olvidar que á ellos se les debia el haber acelerado la convocacion: y el rey por ultimo que se habia apresurado por la necesidad de

aliviar á su pueblo y de establecer el equilibrio entre las rentas y el ingreso, se lisonjeaba con que los estados generales le facilitarian la organizacion de la exâccion de los impuestos; de suerte que la clase menos pudiente fuese exônerada de todo subsidio, y que la deuda pública se extinguiese por los dos órdenes primeros.

Cada uno caminaba así guiado por sus miras particulares; el interes personal se mezcla en todas las especulaciones; él es el móvil de las acciones humanas tanto de los cuerpos cómo de los particulares. Orléans tenia que vengarse de la pérdida del grado de almirante de Francia, y de su destierro á Villers-Cotteret. El parlamento no podia olvidar que no se habia convocado la primera asamblea de los notables sino para prevalecerse con ella, y conservaba tambien algun resentimiento de su traslacion á Troyes. La nobleza de la segunda clase veía con disgusto á la de la corte disfrutar los empleos emi-

nentes; y ésta, que para sostenerse tenia precision de adular á los ministros, deseaba una ocasion para humillarlos. El clero del primer órden parecia no estar agitado por ninguna consideracion personal; pero el del segundo tenia la ambicion de situarse en menos dependencia del primero. El rey por su parte que estaba disgustado por las últimas importunaciones del parlamento, y de la union que la nobleza y el clero acababan de contratar con este cuerpo, se lisonjeaba de que podia ayudarse del tercer órden para quitar á los dos primeros una parte de su preponderancia en los negocios públicos. Así es que invocando los estados generales, cada uno tenia sus errores, y un interes diferente del de los demas. Por esto nadie debe admirarse de las divisiones que se suscitaron en la asamblea nacional; pues que, en innovaciones de esta naturaleza quando todas las miras no van á un mismo fin, tienen por re-

sultado siempre, no una reforma, sino un desmembramiento ó la destruccion.

La Brienne haciéndose en fin justicia abandonó las riendas del gobierno: Necker vino por segunda vez á ponerse al frente de los negocios, y Orléans esperimentó una alegría tanto mayor, quanto que miraba á este estrangero como hechura suya. Sospechó que su llamamiento podria dar otro aspecto á los negocios. Las verdaderas intenciones del rey convocando los estados generales no se le ocultaron. No dudo que el monarca queria apoyarse con el tercer órden para disminuir el crédito de los dos primeros. El decreto que daba á los escritores una entera libertad para exponer su opinion acerca de los negocios del estado, le pareció un medio que querian emplear para desacreditar la nobleza, la magistratura, y el clero. La vuelta de un ministro popular en coyunturas dificiles, que parecian haber sido exci-

tadas por las oposiciones de los dos órdenes primeros, acabó de convencerle de que la corte queria hacer al pueblo de su partido.

Orléans despues de esta conviccion juzgó que no tenia que perder tiempo para quitar á la corte el favor del tercer órden, y ponerse en una situacion que le permitiese abandonar al parlamento sin peligro, si este cuerpo lo era por el pueblo. En consecuencia de estas ideas se encaminó á pasos acelerados ácia la execucion del proyecto infernal de verificar en la Francia una escasez general. El cielo, como si hubiese querido hacer de este príncipe el instrumento de los terribles rigores que iba á desplegar sobre la Francia, parecia favorecer sus intenciones. El 13 de julio de 1788 los campos mas fértiles en trigo fueron arrasados por una granizada de tamaño prodigioso que destruyó las mieses.

Orléans se aprovechó de este triste suceso, apresurándose á acopiar

todos los granos que habia en la actualidad en Francia; y protegido por el decreto que autorizaba la exportacion, los envió á Inglaterra, en donde para que velase sobre el éxito de la execucion envió al marques de Ducrest su canciller. El marques de Ducrest hermano de la marquesa de Sillery, aya de los hijos de Orléans, y hombre de poco talento y de una vanidad y presuncion desmesurada, se atrevió en los últimos dias del ministerio de la Brienne á enviar al rey una larga memoria, en la que con la mayor imprudencia se proponia como el único frances que entendia de administracion: pedia nada menos que la superintendencia de rentas, y la libertad de manejar el reyno como mejor le pareciese. Para poner el colmo á este exceso de locura, imprimió su memoria y la repartió con profusion. Pero la publicacion de semejante extravagancia atraxo sobre sí el escarnio y burla general.

Ducrest habia concertado con Or-

léans esta ridícula pretension. El príncipe que no tenia ningun conocimiento en materia de gobierno, creyó de buena fé y sobre la palabra de su canciller, que éste era el estadista mas grande de su siglo. La memoria de Ducrest le pareció á Orléans (que no habia leido nada) una obra maestra, y creyó buenamente que tal rapsodia seduciria á la corte, y que no tendria ninguna dificultad despues de haberla leido, de ponerse ciegamente baxo la direccion de su autor. No conociendo Orléans tan íntimamente á Necker como á Ducrest, no le hubiera disgustado que este último hubiera sido el preferido en el ministerio; pero no habiendo tenido la memoria el éxîto que le pareció, lo envió como he dicho á Inglaterra para cuidar del almacenage de los granos que se proponia extraer de Francia.

La ausencia de Ducrest dió márgen á mil conjeturas, y nadie adivinó la verdad. El príncipe difundió en el público que su canciller estaba encar-

gado de una mision importante cerca del gabinete de S. James. Parecia tan extraño que semejante sugeto pudiese ser empleado en una negociacion con un soberano, que nadie quiso creerlo. Se atuvieron á la opinion de que Ducrest habia caido de la gracia del príncipe, y este modo de pensar se hizo bastante general. La vanidad de Ducrest ofendida quiso desmentirlo públicamente, y para ello hizo insertar una carta en los diarios que decia lo siguiente: "Bien léjos de haber desmerecido la gracia del príncipe, S. A. me ha encargado de una mision importante y secreta á Inglaterra, que tengo la complacencia de haber evacuado á su satisfaccion, puesto que se ha encargado de pagar por mí *seiscientas mil libras de deudas*."

La época en que Ducrest escribia este disparate, los grandes almacenes de Gersey, Guernesey y de Filadelfia se llenaban con trigo de Francia. Como semejante transporte á Inglaterra no podia hacerse sin que las personas ob-

servadoras dexasen de inquietarse, algunos diarios de la gran Bretaña copiados despues por los periodistas franceses decian : "Que los ingleses por »el espíritu de prevision y sabiduría »que les es característica, y que les »hace obtener un feliz resultado en »sus negocios, habiendo conjeturado »que á la calamidad que habia ex»perimentado la Francia el 13 de ju»lio seguiria una penuria extremada, »hacian almacenes considerables en su »territorio para librarla del hambre »que la amenazaba."

Aun se creyó mejor que á estos diaristas á varios negociantes ingleses que ayudaban á Orléans con sus fondos y crédito en las especulaciones de granos. El príncipe iba adelante con su idea, y los que siguieron con alguna atencion los movimientos de los mercados, no les quedó la menor duda de que las producciones de nuestro suelo iban á ser extraidas para la Inglaterra. Esta nacion tenia que vengarse de una injuria reciente. Por esta

consideracion, y otros motivos de política que se pueden presumir bastante sin que yo los señale, coadyuvó á una operacion que no podia dexar de ser funesta á su rival. No hay duda que si el gobierno británico hubiera previsto que un tal manejo iba á producir una revolucion que amenazaría á todas las instituciones sociales de la Europa, hubiera adoptado otra política; pero lo que no tiene duda es que los gabinetes no previeron en estos últimos tiempos mejor que los particulares el porvenir: Otra verdad no menos extraña es, que la Inglaterra no ha dexado de favorecer al partido de Orléans hasta que ha visto abierto baxo los tronos del universo el abismo que les amenazaba.

Le era tambien necesario á este príncipe un hombre que estuviese en Francia al frente de la recoleccion, y que á su sombra pudiera ocultarse como lo hacia en la gran Bretaña á la de los negociantes ingleses. No tardó en encontrar á este hombre, que le sir-

vió con un celo y unas resultas bien deplorables; se llamaba Pinet, y era desconocido antes de las borrascas que anunciaron la revolucion. Habiendo puesto Orléans los ojos en él, quiso que fuese admitido en el número de los corredores de cambio, á fin de que este cargo le autorizase á recibir los fondos de aquellos que quisiesen confiárselos. Pinet era hombre levantado de la nada, dulce y tímido: lisonjeado de verse buscar por el primer príncipe de la sangre, se sometió á todos sus caprichos con la mas ciega servilidad. Se puso por órden de Orléans al frente de una asociacion de monopolistas que se repartieron por toda la Francia, y pagaban los granos al precio que les pedian. Las primeras compras se hicieron con el dinero que Orléans dió á Pinet. No pudiendo continuar mucho este recurso, pusieron en obra todos los medios capaces de excitar toda la avaricia de los capitalistas. Los que adoptaron con este objeto tuvieron un éxito feliz. Pinet re-

cibió dinero de los prestamistas con el lucro mas ventajoso para ellos: les pagaba el 30, el 40 y el 75 por 100 de intereses.

No necesitaban estos prestamistas de mas fondos, que no tener conciencia para no experimentar remordimientos: sobre un modo semejante de aumentar su fortuna, no les faltaba mas que una sabiduría comun para concebir sospechas sobre la seguridad del préstamo; pero la avaricia, la mayor de las pasiones, sofoca la voz de la conciencia y el grito de la razon. Grandes y pequeños, pobres y ricos, padres de familia y solteros, se agolpaban de tropel en casa de Pinet para depositar en sus cofres todo quanto podian. Este frenesí acordaba aquella época de la regencia, en que se mataban en la calle de Quincampoix para cambiar su oro por hojas de papel (1).

(1) Se hace referencia á Felipe de Orléans (regente de Francia por muerte de Luis XIV), autor del papel moneda; para

Era muy extraordinario el modo con que Pinet se comportaba en medio de este movimiento. Cumplia con lo que prometía, bien fuese en pagar los intereses, ó bien en entregar los capitales. Si por casualidad alguno deseaba saber en qué empleaba los fondos, no le respondia nada; pero en el mismo instante devolvia al curioso el dinero que le habia entregado. Conocian un ministerio; pero no cuidaban de profundizarlo, y cada uno, á exemplo de la fidelidad que daba Pinet, no hacia mas

cuya adquisicion se agolpaban los franceses, no sin desgracias, en la citada calle. Su funesta circulacion ha ocasionado muchos desórdenes, destruyendo las propiedades individuales y trastornando de un modo sensible la fortuna pública: efecto deplorable, pero necesario por la substitucion del papel al metal, que por convenio de todos los pueblos hace su riqueza desde tiempo inmemorial, y á cuyo signo la fuerza sola puede dar un crédito momentáneo, sin conseguir por esto que las sociedades civilizadas cambien por él libre y espontáneamente sus géneros y producciones aun las mas despreciables.

tucia, secreto y actividad, que en el momento mismo en que la Brienne dexó el ministerio, el reyno se halló en un estado absoluto de escasez y falta de granos. A pesar de algunos esfuerzos que hizo el gobierno para ocultar al pueblo esta triste verdad no lo pudo conseguir: fué preciso aumentar el precio del pan: los mercados se vieron rodeados de tropas, los comisarios de policía de París tuvieron órden de velar por todas partes, y los soldados la de no dexar sus quarteles y auxiliar á los comisarios quando los requiriesen.

Estas preventivas precauciones no se tomaron mas que para evitar un pillage de granos, al qual los emisarios de Orléans conducian sordamente á la multitud. Estos mismos por la perfidia mas atroz esparcian que la corte por miras que se conocerian bien pronto, habia remitido á Inglaterra todo el trigo de Francia, y que ella sola era causa de la penuria, de la que empezaban á esperimentar los primeros efec-

tos. No hubo uno que no se alucinase é imputase á la corte el crímen de Orléans. Jamas se ideó maniobra mas abominable, ni se efectuó con mas destreza.

El gobierno que habia visto sin mucha inquietud las agitaciones del parlamento, de la nobleza, y la union del clero á estos cuerpos, se sorprendió extraordinariamente al ver el hambre que de repente amenazaba á la Francia. El rey se alarmó tanto mas, quanto que no comprendia cómo se habia producido tan pronto esta calamidad, ni conocia las causas que la motivaban, ni menos veía la mano que se habia apoderado de la llave de todos los graneros en el momento de la recoleccion misma. ¿Qué hacer para ocurrir á las necesidades del pueblo en un año entero? Los emisarios que la corte enviaba á las casas de los arrendadores, y á los mercados para comprar granos, encontraban hombres que los pagaban á un precio superior al que ofrecian los particulares y el

gobierno. Estos eran los agentes de Orléans: no regateaban, daban quanto les pedian. Los arrendadores y monopolistas eran los que ganaban en este manejo: el artesano, el menestral, y el pobre no podian llegar al precio que ofrecian los estancadores, y solo sobrepujándolos, fué como el gobierno pudo arrancar de entre las manos de estos vampiros una parte de su presa. La insuficiencia de lo que se les estraía, y la imposibilidad en que se encontraba por la mala versacion de sus rentas el tesoro público de poder ocurrir á estos gastos extraordinarios, constituyeron al rey y á su consejo en una situacion tanto mas desoladora, quanto que no veía ni la causa, ni el remedio del mal.

Lo mas que pudieron persuadirse fué, que la incapacidad de la Brienne habia dexado engendrar este desastre y agravar el peligro: los hermanos del rey se convencieron de tal modo de esta verdad, que lo creyeron todo perdido, sino se despedia al instante á es-

te inepto ministro y el conde d'Artois sobre todo representó al monarca con tal vivacidad que la salud pública dependia de la pronta despedida de la Brienne, que Luis XVI no dudó en alexarlo del consejo y de su corte. Por este tiempo se discurria mucho sobre la verdadera causa de este suceso, pero se demostró despues que la penuria en que se encontró la Francia desde el mes de agosto de 1788 fué la causa del destierro de la Brienne.

No bastaba quitar á este ministro para restablecer los negocios públicos, se trataba de reemplazarlo, y la desgracia de la Francia quiso que este sucesor estuviese en aquel tiempo enteramente adicto á Orléans. Molestada la corte por las cuestiones que habian solicitado los dos órdenes primeros, proyectó como he dicho, hacer de su partido al estado llano; y con efecto si hubiera podido conquistar su amor y asegurársele, hubiera dado la ley al resto de la nacion. Para conciliarlo llamó á Necker que sabia ser el ídolo del

pueblo. La reyna á quien todos los libelos que salian del palacio real representaban como enemiga del estado llano, creyó captarse su benevolencia apareciendo la autora principal de la gracia de Necker: á este efecto le escribió un villete de su puño para anunciarle que el rey le volvia toda su confianza: conversó con él una hora larga: le dixo quanto creyó mas propio para ligarlo á los intereses de su augusto esposo, y exâltar mas y mas su vanidad. El rey se introduxo al fin de esta conversacion, y dirigió á Necker estas palabras: "Hace siete años que »os estimaba, hoy os estimo y os »amo."

Los príncipes no dieron una acogida menos lisonjera á Necker. *Monsieur* hermano del rey le dixo en presencia de todos los grandes. "El voto »de la nacion os llama aquí, y yo »os veo con el mayor placer. En »1781 tenia alguna preocupacion con»tra vos, sin haberos dexado jamas »de estimar.... A los treinta años cum-

»plidos se piensa y se juzga de di-»ferente modo que á los veinte y »cinco.»

Todas las personas de la familia real, todos los cortesanos, imitando á sus amos, colmaron de cumplimientos y de protestaciones á Necker. Este aparentó no admirarse, ni de este entusiasmo, ni de la dificultad de las circunstancias. El peligro en que estaban los negocios públicos, y el partido que cada faccion se prometia sacar de su vuelta al ministerio, hacian su situacion muy singular. Por otra parte, la idea muy ventajosa que se tenia de sus luces, la creencia casi general de que era el hombre mas recto de su siglo, y el imperio despótico que exercia sobre la opinion pública, le daban mucha facilidad para curar las heridas del estado. Tambien la encontró en el carácter del rey, y en la confianza ciega que le concedió: y por último el título y rango de consegero de estado y de director general de las rentas, le concedie-

ron la autoridad de un primer ministro.

Apénas se supo en París su nueva elevacion, y la partida de la Brienne, quando Orléans se aprovechó de esta ocasion para excitar serias turbulencias. La necesidad para el pueblo de manifestar su alegría por este acontecimiento, suministraba un pretesto para estos primeros alborotos de que fué teatro la plaza Delfina. Empezaron de un modo que merece describirse. La noche del 25 de agosto un pillo se adelantó en medio de la plaza con una caldera de cobre en una mano y un martillo en la otra: daba golpes repetidos sobre la caldera mientras gritaba desaforadamente: *Amigos, juntaos conmigo, á la cencerrada, á la cencerrada.* En un abrir y cerrar de ojos salieron nubes de muchachos de los diferentes obradores, que circuyen la plaza, y que por la mayor parte son de plateros. Todas las calles que vienen á ella estaban llenas de otros muchachos,

que concurrian á incorporarse con los primeros hasta los de los arrabales y los del palacio real. Reunida esta bulliciosa juventud en aquel pequeño recinto, se entregaba á todo lo que inspira la inconsideracion de su edad; obligaba á poner lamparillas en las ventanas y balcones, tiraba piedras contra las que no estaban iluminadas, disparaban algunos tiros, hacian hogueras de alegría, y no faltaron algunas desgracias.

Así es que se puede mirar á los menestrales y oficiales de la plaza Delfina como los primeros autores que han figurado en las escenas sangrientas de que se compone la revolucion; con la particularidad notable de que desde tiempo inmemorial esta plaza era vecindario de los calvinistas. No hablaré mas que de uno de aquellos llamado Cárlos, joyero de profesion, y de un caudal bastante regular. Se colocó con furor entre los que se apresuraban á acelerar el movimiento revolucionario; y apénas se manifestó

éste, quando para ganarse partidarios en el nuevo órden de cosas que se trataban establecer, desplegó una magnificencia y un lujo, que el mas rico particular no hubiera podido seguir, dispendiando sumas que excedian en mucho las riquezas que se le conocian. Es de creer que este hombre ayudado del dinero de Orléans sublevó la juventud de la plaza Delfina. Lo que con ocasion de referir los manejos de Orléans en uno de los arrabales de la capital, como diré despues, dará mucha verosimilitud á esta conjetura.

Sin embargo de que las escenas de la plaza Delfina no fueron mas que bulliciosas, se hicieron despues injuriosas para la familia real, y tomaron un aspecto que hicieron temer por la tranquilidad de París. Una noche quemaron con gran pompa un *maniquí* condecorado con todas las insignias episcopales, que representaba al prelado ex-ministro la Brienne. Al otro dia quisieron repetir la misma locura; pero la guardia de París, que llamaban de

vigilancia, se apoderó de las bocas-calles de la plaza Delfina para que nadie entrase. Sobre el puente nuevo se trabó entre la guardia y una multitud de amotinados un combate sangriento. Estos últimos se batieron con encarnizamiento; pero fueron vencidos con la pérdida de doscientos muertos, y en el número de los heridos se encontró al marques de Nesle. Por las informaciones que hicieron el teniente te de policía y el mariscal duque de Biron, á la sazon coronel de las guardias francesas, fué convencido de haber insurreccionado las gentes avecindadas ácia el puente nuevo. Se defendió mal de esta acusacion, y sin embargo la corte, que no tenia otra voluntad que la de Necker, no procedió mas contra él. Como estaba arruinado por deudas y ligado con Orléans, es probable que éste lo habia compelido, bien fuese por promesas ó por liberalidades, á acalorar los amotinados.

El dia siguiente á aquella san-

grienta escena se formaron aun reuniones, que por esta vez vencieron á la guardia de París. Varios pelotones de infantería y de caballería fueron envueltos y desarmados: incendiaron algunas garitas, y entre otras las del puente nuevo. Por todas partes los incendiarios hacian oir estos gritos: *Viva Enrique IV*; *vivan las guardias francesas*, *vivan las guardias suizas*; pero estas mismas guardias francesas y suizas vinieron al socorro de la guardia de París y las cosas mudaron de aspecto: hicieron fuego sobre los sediciosos, les mataron mucha gente, y dispersaron el resto.

Al dia inmediato volvieron al mismo combate, tentaron incendiar la casa del caballero Dubois comandante de la vigilancia, y allanar la carcel en donde habian encerrado algunos de los que cogieron en el anterior.

Los hombres de bien se afligian al ver correr así la sangre, y se admiraban de que en vez de persuadir

á aquella multitud, no sabian oponerla mas que bayonetas. Necker era el hombre mas apropósito para evitar estos desórdenes. Si luego que se reunian para entregarse á tales escesos se hubiera presentado en medio con sus arengas, hubiera conseguido por el crédito que tenia en el pueblo, lo que ni las armas ni la fuerza podian obtener. Nadie duda de esta verdad; y así se puede afirmar que Necker permaneciendo tranquilo en Versalles durante estas tempestades tenia interes en dexar crecer la efervescencia que encendia el oro y las intrigas de Orléans. No es este el último hecho que prueba que Necker estaba adherido á Orléans, pues se puede juzgar así por la parte que tuvo, y la naturaleza de los acontecimientos que produxeron una insurreccion general. En el todo de la conducta que guardó hasta el fin de su carrera política, se halla la posibilidad de conocer las verdaderas miras que le guiaron.

*

La Brienne alexado del ministerio, asustado y aturdido por la resistencia del parlamento, habia acusado á este cuerpo de todos los desastres que se preparaban, y aconsejado al rey que no consultase nunca á este tribunal. Habia mas pasion que equidad en esta acusacion, y en este consejo; porque no era el parlamento el que queria ni la guerra de América, ni los empréstitos que la habian sostenido, ni podia imputárseles tampoco el *deficit*, ni mucho menos su rebelacion. Estas son las primeras causas de la situacion en que se encontraban. Las operaciones que aquellas habian determinado, no eran obra del parlamento; pues no habia sido mas que un simple instrumento entre las manos de los ministros. Es verdad que léjos de haberles sido útil les habia perjudicado; pero por entónces aun era un problema el saber si provenia del instrumento ó de la mala direccion de las manos que se habian servido de él.

Séase de esto lo que se quiera, lo cierto es que la Brienne lo inutilizó. Necker, sea que creyese manejar á todos, ó sea que pensase hacerse mas grato al pueblo convocando los parlamentos, restableció estos cuerpos en toda la integridad de sus funciones. Su regreso probó que aun no estaban satisfechos de los desabrimientos que les habian inspirado contra la corte; y no fué á la corte, sino al pueblo á quien ellos ofrecieron rendir su homenage. Desde la primera sesion el parmento mandó comparecer al teniente de la policía y al comandante de la vigilancia. El uno y el otro se habian hecho odiosos á los que figuraron en los últimos sucesos. Con esta conducta el parlamento afectaba proteger á los amotinados, y se exponia á ser acusado de motor de las turbulencias, en vez de emplear los medios conducentes para sosegarlas. El mariscal duque de Biron, coronel de las guardias francesas, disgustaba mucho á los

facciosos; el parlamento no se atrevió á hacerle comparecer formalmente, pero tomó un pretesto bien estraño para ello. Convidó á los príncipes y á los pares á tomar sus asientos en la asamblea de las Cámaras, y despues de estas palabras *los pares*, añadió el parlamento, *y particularmente el mariscal de Biron.*

Por un segundo acuerdo el parlamento pidió al rey que todos los que pudiesen haber sido presos ó desterrados con ocasion de las últimas turbulencias fuesen puestos en libertad; que se restableciesen en sus dignidades á todos los que habian sido privados de ellas *por efecto de las intrigas ministeriales*; y que se volviesen á las banderas todos los militares que se les habia destituido de sus empleos.

Los acuerdos del parlamento no produxeron nada en su favor; pues las circunstancias no eran las mismas. El mariscal de Biron no compareció, y la consideracion general

que gozaba hizo que no se le obligase á obedecer. En general fué mal recibido el acuerdo de los magistrados por haber querido turbar los últimos dias de un guerrero, mas que octogenario, estimado del público é idolatrado de sus soldados.

El rey por su parte quitó al parlamento todo motivo de mezclarse demasiado en los asuntos públicos; y con una declaracion real puso las cosas en el mismo estado que tenian antes del ministerio de la Brienne. Dió ademas á los magistrados esta contestacion verbal: "Mi clemencia ha prevenido los deseos de mi parlamento llamando á las personas que habia creido necesario alejar. La distribucion de las gracias y la disciplina militar, son materias inconexâs á mi parlamento."

Con efecto d'Eprémesnil, Goislard de Monsabert, y los demas prisioneros y desterrados habian sido llamados antes del acuerdo del parlamento. No teniendo este tribunal mo-

tivo para zaherir á la corte, y conociendo demasiado tarde con los efectos funestos que podian producir las maniobras de los facciosos, expidió un decreto contra las reuniones. Entónces gritaron los facciosos al pueblo que el parlamento le abandonaba, y miraron este decreto como una prueba insigne de ingratitud; porque el pueblo, decian, no se ha sublevado sino para sostener la causa del parlamento.

Desde este momento las disposiciones de la multitud no fueron las mismas para este tribunal (mal visto de la corte y abandonado por el pueblo) acusado por una parte del público de haber llevado las cosas hasta mas allá de lo justo, y así fué enteramente desamparado de todos. El duque de Orléans comprendió que ya no podia prometerse de él ningun servicio, y que por el sistema que adoctaba la corte, todo el poder iba á pasar á el lado del pueblo, y dexando los intereses de los dos órdenes pri-

meros, tomó abiertamente el partido del estado llano.

En despique del último decreto del parlamento no dexó de continuar fomentando el gusto que el pueblo baxo comenzaba á tener por los movimientos sediciosos. Bien lexos de cesar los corrillos, se aumentaron tanto, que tomaron un aspecto temible. Habiendo dexado Lamoignon, á exemplo de la Brienne el ministerio, las gentes pagadas por Orléans para significar su alegría por este suceso, se juntaron en la plaza Delfina, y renovaron la misma escena que hicieron despues del retiro del ministro principal. El gentío, que era innumerable, se dividió en tres cuerpos, uno se dirigió ácia la casa del comandante de vigilancia: el otro se encaminó ácia la de la Brienne, y el tercero á la de Lamoignon. Se disponian para quemar estos tres edificios; y la guardia, los regimientos suizos y guardias francesas hicieron fuego á los incendiarios, matándoles en esta ocasion

sion mas de doscientos hombres.

Estos excesos debieron probar al parlamento que su poder habia fenecido, y que sus decretos, que habian abatido á los ministros, no tenian ningun poder contra la licencia de los sediciosos. La multitud sublevada es la figura de un torrente que franqueando sus límites, muda de camino y no es posible hacerle tomar su primer curso, hasta que con el tiempo se levanten otros diques que le contengan y hagan abandonar la nueva direccion que habia tomado.

Necker permaneció inmóvil en medio de este nuevo frenesí; la corte no supo oponer mas que una autorizacion al coronel de las guardias francesas para repeler la fuerza con la fuerza; pero como el pan empezaba á escasear y encarecerse, y las insinuaciones de los emisarios de Orléans hacian temer que este alimento viniese á faltar del todo, se oían en estas quadrillas hombres que decian: "que si el pueblo se removia, era por-

que le reusaban la subsistencia, y que si el rey queria alimentarlos con las bayonetas, valia mas morir por el yerro de las guardias francesas que por el rigor del hambre. "Comparaban esta conducta con la de Enrique IV que alimentó á los habitantes de esta misma ciudad de París en el tiempo mismo que estaban sublebados contra él, y se acordaban con enternecimiento de la *gallina en la olla* que prometió á todos los paysanos de su reyno. Estas reflexiones llevaron al mas alto grado su veneracion por la memoria de este príncipe. Todas las tardes á la caida del sol varios hombres mal vestidos se colocaban delante de su estátua eqüestre situada sobre el puente nuevo frente á la plaza Delfina; detenian á todos los pasageros, y los precisaban á saludar la estatua del monarca. Esta ceremonia era una especie de censura del rey que en la actualidad reynaba. Pasando Orléans una tarde por delante de estos hipócritas admiradores

hizo parar su coche, se apeó, y rindió con docilidad á la estátua el homenage que exîgian. Este fué el primer acto de popularidad que hizo solemnemente, y nadie cree que la casualidad lo habia conducido en esta circunstancia delante de la estátua del gefe de su casa. No era creible en efecto que un príncipe que algun tiempo antes habia declarado que no se le daba nada de la opinion pública, hubiera tenido de repente esta complacencia por un puñado de miserables. En el dia está probado que fué actor voluntario de esta escena, que él mismo habia concertado y pagado.

En aquella época fué tambien quando empezó el sistema de terrorismo que tanto sirvió á la revolucion en sus principios y en sus progresos. Orléans aumentó al temor del hambre el de una guerra civil. Esparcieron en el pueblo sus emisarios que una parte de él, queria vengarse de la sangre que se habia derrama-

do, y que las guardias francesas serian los primeros muertos. Introduxeron por debaxo de las puertas billetes que advertian á los parisienses que no se hallasen en las calles desde las once de la noche en adelante, porque se habia convenido en dar un combate sangriento á esta hora á las guardias francesas.

Al mismo tiempo que Orléans trabajaba con sus maniobras para abrirse camino por donde subir al trono, los escritores que pagaba para que se lo franqueasen le servian tambien en su venganza, que inundaron el público de libelos contra la reyna: por otra parte los oradores en el recinto del palacio real enardecian al pueblo con las imposturas que le decian contra esta princesa, y con las violentas declamaciones contra las personas que componian la corte. Estos oradores se encontraban alli desde la salida del sol hasta bien entrada la noche. Se veian en la mayor parte de los mismos cafés del pala-

cio asociaciones en la apariencia burlescas, pero que todas tenian por objeto escitar el odio contra las autoridades entónces exîstentes. Estas asociaciones se componian de vagos que no tenian otro domicilio que el café, donde se reunian; no se les conocia ni estado ni profesion, y era menester que las liberalidades secretas los pusiesen al abrigo de la pobreza, que hubiera debido ser el fruto de su vida ociosa. Sin embargo se veían entre ellos algunos hombres que se hacian tanto mas notables, quanto que sus bienes y la clase que tenian en la sociedad, los elevaba sobre esta turba de fanáticos. Oyéndoles con atencion, era fácil convencerse que sus discursos tenian por objeto procurar enemigos á la corte, y prosélitos al primer príncipe de la sangre.

Siendo el palacio real un sitio público, Orléans podia decir que cada uno tenia un derecho de introducirse, y que él no era responsable de las tonterías que se hacian, ni de

las estravagancias á que se entregaban; pero tambien podia preguntársele ¿por qué los facciosos preferian aquel sitio público á los demas? ¿y por qué no se servia de la autoridad que le daba su calidad de propietario para mantener el órden, la decencia, y auyentar á los revoltosos que predicaban la insurreccion? Aquí es menester admirar la estrema confianza de la corte, que no se inquietaba por las intrigas con que Orléans se habia procurado una popularidad inmensa. ¿No deberian haber temido que durante el tiempo de las turbulencias usase del crédito que le daba su nacimiento, y de sus riquezas para conducirla á la rebelion? ¿Convenia que el palacio del primer príncipe de la sangre no fuese mas que una reunion de tabernas, un sitio de desórdenes, una academia de fuego, y la morada de todos los gandúles, bribones y tunantes, y de las prostitutas de la capital? ¿Convenia, dexándole colocarse así en el centro

de tal corrupcion, darle la facilidad de producir un gran movimiento sin salir de su palacio?

La magnificencia de un edificio de esta clase, conduce necesariamente á la decencia y á la tranquilidad de aquellos que son admitidos; y en cada uno de nosotros está el respetar lo que parece respetable; pero los ciudadanos honrados se retiran de todo parage que no es mas que el asilo del ruido y del libertinage; la canalla sola se complace con estos desórdenes, y con esta, y no con los hombres de bien, es con quien se producen.

Orléans sacó tal partido de la clase de gente que poblaba su palacio, que desde el momento que entrevió que le era inútil continuar su coalicion con los tribunales soberanos, los encadenó por el terror. Se tuvo inmediatamente despues de los sucesos sangrientos que acabo de describir, una prueba del miedo que inspiraba al parlamento, el pueblo adhe-

rido á Orléans. Aquellos de entre los facciosos que habian sido cogidos con las armas en las manos fueron constituidos prisioneros y encerrados en el Châtelet para ser juzgados sin apelacion. El parlamento no tenia mas que dexar correr este procedimiento; si los facciosos eran castigados exemplarmente, el odio de este castigo no podia recaer sino sobre él, y si los exôneraba no sería acusado de debilidad. Por una conducta que prueba, que este tribunal procuraba captarse la benevolencia de aquellos que Orléans tenia en movimiento, mandó sobre el espediente fiscal de Joly de Fleury procurador general, que los prisioneros fuesen trasladados de las prisiones del Châtelet á las de la Consergería, para que sus procesos fuesen hechos y consumados como se decia entónces. El motivo aparente de este acuerdo fué, que este negocio era peculiar del parlamento á quien las leyes atribuían la policía superior de la capital. Esta razon no era buena,

porque invocando á cada reencuentro la atribucion de la policía superior, el gran preboste hubiera sido despojado de toda su jurisdiccion. Todos los acusados se pusieron en libertad, multando y mandando á uno de ellos, peluquero de profesion, que fuese mas circunspecto en adelante. Poner en libertad á los incendiarios, cierto que era una cosa nueva y un exemplo terrible. Esta cruel indulgencia del parlamento no sirvió mas que para probar su debilidad á todos los partidos, y para enardecer á los amotinados.

De este modo es como las intrigas de Orléans inspiraron en pocos meses en toda la monarquía el espíritu de insurreccion; y para colmo de tantos males Necker, en quien todos tenian puestas sus esperanzas, dió á la faccion de este príncipe una fuerza que lo trastornó todo.

LIBRO TERCERO.

Conducta de Orléans durante la asamblea de los notables. Abandona al parlamento y á las dos primeras clases. Medios que emplea para captarse la benevolencia del pueblo. Mantiene á sueldo en la capital y en las provincias legiones de vandidos, asesinos, ladrones y oradores. Establèce en su palacio una junta revolucionaria. Extraordinaria señal de alarma que imagina. Nuevos monopolios que practica sobre los granos.

Es una cosa bien particular en la conjuracion de Orléans que este príncipe fuese buscado y elogiado de todos los partidos durante su vida, y que á su muerte todos le hayan vituperado y deprimido. Exceptúo á los realistas que en todos tiempos lo han detestado, y que conservan en

su memoria el mismo horror que le tuvieron en vida. Que este príncipe haya sido de todos los partidos, es un hecho notorio que resulta tan evidentemente de la ilacion de la historia que escribo, que es inútil detenerme en probarlo.

Á los doce dias que Necker fué colocado por segunda vez al frente de las rentas del reyno, hizo expedir por el consejo del rey un manifiesto, en el qual se decia: *Que los almacenes bastaban, y aun sobraban, para las necesidades del reyno.* Era menester que antes de presentarse Necker en el ministerio hubiera tenido con los monopolistas, de quienes Orléans era gefe, una correspondencia que le hubiera dado conocimiento de la especie y número de granos que quedaban en Francia, porque no podía haber adquirido este conocimiento en doce dias; pero esta asercion era una impostura evidente, y la prueba se halla en el mismo manifiesto del consejo, el qual no tenia otro

objeto que el de proteger la exportacion de los granos. Porque en efecto, si estos *aún sobraban*, ¿qué motivo podia haber para no permitir extraer el sobrante? Este permiso tendria lugar si no se hubiera conocido y aun temido los abusos de la exportacion libre.

Aun hay mas: por dos acuerdos subsiguientes se señalaba una recompensa pecuniaria á los que introduxesen mayor porcion de granos. A tener la Francia con efecto el sobrante que se decia, las recompensas pecunarias de importacion no hubieran tenido otro objeto que el de introducir el hambre en los paises vecinos; cosa tan absurda, que aun siquiera suponerse puede.

En fin, lo que es mil veces mas extraordinario es, que los hombres á quienes la voz pública acusaba de estancadores inculcaban á Necker de monopolista. Esta ha sido siempre la practica de los facciosos, echar la culpa á los adversarios de sus propios

crímenes (1). Bien léjos de oponerse Necker á estos acusadores, les concedia cartas y acuerdos apologéticos que hacian fixar en las esquinas de todas las calles. Con tales manejos fomentaba el detestable comercio de los monopolistas, y era recompensarles el crímen que habian cometido exportando la subsistencia del pueblo.

La interpretacion mas favorable que se puede dar á semejante conducta, es, que Necker no se atrevia

(1) Esta es la conducta que los franceses han observado hasta ahora en todas las incursiones que han hecho en los diferentes reynos de la Europa, y particularmente en la injusta invasion de nuestra patria: presentarnos á la faz de la Europa como los autores de todos los crímenes que han cometido, hé aquí sus máximas; apoderarse con la mas inaudita felonía de nuestras plazas fuertes, armar al hermano contra el hermano, al padre contra el hijo, y á la esposa contra el marido, hé aquí su política; derrocar la religion cristiana, propagar el cisma, autorizar el robo, talar los campos, demoler los edificios, aniquilar las poblaciones, violar las vírgenes, y oprimir á todos, hé aquí su decantada *regeneracion.*

á contrariar el partido de los monopolistas, temiendo que si usaba de severidad, privarian á toda la Francia en un instante del pan, y esperaba que los halagos que les hacia y el apoyo que les presentaba, los determinase á volver al pueblo una parte de su alimento. Otra consideracion podria tambien guiarle, y es, no dudar que en este agiotage todo se hacia por Orléans y para Orléans, y por consiguiente que se veía precisado á formarle causa. Le pareció peligroso en tiempos tan poco tranquilos usar del rigor de las leyes con un príncipe tan querido de la multitud, y en cuyo favor los primeros tribunales del reyno acababan de dar un testimonio de su grande interes; así que no se atrevió á combatirle, y prefirió mostrarse amigo suyo.

La posteridad no quedará contenta de la timidez de Necker; le reprobará el no haber preferido la salud pública al interes particular, tanto mas, quanto que él mismo go-

zaba de la opinion del público, y que no le hubiera sido difícil despojar al primer príncipe de la sangre de la que disfrutaba. Arrestando á Orléans, manifestando á la nacion los manejos de este conspirador, todos los misterios de los monopolistas, y derribando la cabeza de su gefe sin producir ninguna agitacion, los graneros se recobraban, la Francia se salvaba, las facciones se encontraban abandonadas á sí mismas, y perdiendo con el duque de Orléans todos los grandes medios que las han hecho tan podorosas y nocivas, se hubieran dispersado por sí mismas.

La nacion no sacó ninguna ventaja de Necker relativa al estanco. Sin embargo para hacer creer al público que los premios concedidos de importacion traían trigo de los paises extrangeros, hacía salir con la obscuridad de la noche convoyes de granos de uno de los puertos de Francia, los quales despues de haber estado en el mar dos ó tres dias, en-

traban en otro, y allí se manifestaban con estrépito diciendo, que se habian comprado ó yá en Inglaterra, ó yá en Holanda. Este manejo tuvo un millon de testigos, que en aquel tiempo no comprendieron nada, pero que llegaron á conocerlo por los sucesos que se siguieron. Así es que ó ya sea por debilidad ó ya por condescender con Orléans, Necker dexó el imperio á que habia sido llamado para salvarlo, entregado á todas las insurrecciones que debian producir el hambre.

La segunda calamidad, cuyos efectos pudo prevenir, era el malhadado *deficit* que paralizaba todos los ramos de la administracion. Aquí tambien tuvo Necker una conducta, que fué muy favorable á las miras de Orléans. Este ministro quiso que el tercer órden en los estados generales tuviese en una gran dependencia de sus voluntades á los grandes propietarios: como estos en toda sociedad componen la porcion menos numero-

sa, era poner el número inferior á la discrecion del mayor, lo qual es contrario á todo gobierno y á toda asociacion, en la que el mayor número debe estar subordinado al menor.

En un acuerdo emanado del consejo, el rey anunció á los franceses que no modelaría la organizacion de los estados generales sobre los que se habian tenido en 1614, porque le parecia que en aquella época el estado llano no habia tenido bastantes representantes. Esto era declararse francamente por este órden, y trastornar los otros dos; pero la mayor locura estuvo en que Necker quiso hacer sancionar este voto por aquellos mismos que tenian el mayor interes en impedir su execucion. Convocó á los mismos notables que Calonne habia llamado otra vez, á fin de que decidiesen si el estado llano debia tener en los estados generales una representacion igual á la de los dos órdenes juntos, ó á la de cada uno de ellos en particular. Si los estados ge-

nerales debian opinar por clases, poco importaba al tercer órden tener una representacion igual, ó doble á la de los dos primeros. Si al contrario el estado llano opinaba por individuos, entónces la ventaja de las decisiones quedaba á su favor, puesto que componiendo ya un número igual al de los representantes de los dos primeros órdenes, se acrecentaria mas con los amigos ó partidarios del clero y de la nobleza que le estaban adictos.

Parecia pues que la decision de la primera cuestion debia haber estado subordinada á la de la segunda. Guardando Necker por su anterior modo de pensar esta segunda solucion, no habló á los notables mas que de la primera. Con ella dividió á los franceses en dos grandes partidos, y puso en guerra á los dos primeros órdenes contra el tercero; pero no fué sino una guerra literaria. El clero, la nobleza, y los parlamentos representaron al rey. El estado llano encontró

para defender su causa un millar de escritores, algunos de los quales pertenecian á los dos órdenes primeros, y en el número de estos últimos sobresalió el conde d'Antraigues, hidalgo del Langüedoc: *Nosotros tambien*, decia en un escrito que causó la mayor fermentacion, *somos veinte y cinco millones contra uno á quién hemos delegado nuestros poderes* (1). Despues abjuró este hidalgo los principios que profesaba entónces. Esto es lo que sucederá á todo hombre de buena fé que anteponga su juicio á la experiencia.

Es muy digno de notarse, que la mayor parte de los escritores del estado llano estaban animados y pagados por hombres poderosos; y lo que aun se debe estrañar mas es, que por una deplorable estravagancia casi todos se estrellaban contra la misma corte que se declaraba por el tercer órden, y

(1) Habian puesto por lema estas palabras: *Tales son nuestras voluntades; con estas condiciones seréis nuestro rey, sino, no.*

contra el clero y la nobleza. La persona del rey y la de sus hermanos eran vilipendiadas: la reputacion de la reyna estaba ultrajada con ignominia: se la imputaba el desórden de las rentas, y en mil folletos la daban el nombre de *Madama Deficit*. Necker que veía todo este torrente, le dexaba correr sin oponerle ningun dique. El rey, á quien esta ingratitud le presagiaba lo que se podia prometer del estado llano, no le fué por eso memos adicto, ni varió en nada las resoluciones que habia tomado á favor de éste. Todo esto será un objeto vasto de tristes reflexîones para la posteridad: los que han sido testigos ¿podrán pagar con su amor, estimacion, y aprecio al ministro que dexó ultrajar así á sus augustos bienhechores?

Al mismo tiempo que Necker y Orléans obligaban á los escritores á pedir la doble representacion, el primero escribia á las provincias para que hiciesen la misma peticion. La

mayor parte de las cartas que escribió á los particulares del estado llano sobre este objeto fueron recogidas por el parlamento de Tolosa, y depositadas en lugar seguro quando se disolvió el tribunal.

Estas tramas tuvieron un éxito feliz; casi todas las ciudades de Normandía anunciaron de un modo enérgico, que aprobaban la doble representacion. En el Langüedoc, enardecido el estado llano por la especie de manifiesto del conde d'Antraigues, manifestó un odio violento contra el clero y la nobleza. En el Delfinado la doble representacion fué conquistada y efectuada en sus estados. Esta conquista fué el fruto de una insurreccion, en la qual el arzobispo de Viena llamado Lefranc de Pompignan, perdió la vida. En todas las diócesis de Bretaña, el estado llano rompió abiertamente con los dos órdenes primeros. La ciudad de Nantes envió ademas á la corte doce diputados encargados de entregar una memoria en la que, so-

color de pedir la doble representacion, llenaba á los eclesiásticos y á los nobles de vituperios.

Necker llamó á todo este ruido, que él mismo habia escitado, *el ruido sordo de la Europa*; y habiendo hecho despues la triste esperiencia de que las cosas no salian como se prometió, dixo: *Si no hubiera concedido yo al estado llano la doble representacion, no hubiera venido á los estados generales*; pero lo que no tiene duda es que si Necker no hubiera hablado de doble representacion, ni invitado tácitamente á las provincias á que se sublevasen para obtenerla, es muy dudoso si el tercer órden la la hubiera pedido. Asíque Necker determinó la opinion en favor de la doble representacion quando propuso friamente á los notables que discutieran sus ventajas é inconvenientes.

Dividieron esta segunda asamblea como la que la habia precedido en secciones, de las que cada una estaba presidida por un príncipe de la

sangre. La que tenia por presidente á *Monsieur* hermano del rey, votó conforme á los deseos de Necker; las demas acordaron que el número de los diputados fuese igual.

Orléans se manifestó muy poco en Versalles durante las deliberaciones. De este modo persuadió al rey, que no tomaba parte alguna en ellas: ni tampoco el estado llano pudo imputarle el acuerdo de la sesion, de que habia sido nombrado presidente. Otro motivo le guió en esta conducta. Si hubiera tenido asiento en las sesiones, tenia precision á exemplo de los demas príncipes, de dar mesa, y admitir todos los dias á aquellos miembros de su sesion que se hubieran presentado, y necesitaba economizar para sus proyectos de conspiracion las sumas que le pudieran ocasionar aquellos gastos.

Viendo la rapidez con que el estado llano se elevaba, y juzgando que quedaria dueño del campo de batalla, no tardó despues de la di-

solucion de la segunda asamblea de los notables en manifestarse á favor de este órden mas abiertamente que hasta entónces. Rompió con el parlamento y con los príncipes. Estos últimos presentaron al monarca un escrito, en el que le predixeron con una fidelidad admirable todos los males que despues ha sufrido la Francia. Orléans rehusó firmarla. En quanto al parlamento, dirigió contra él sordamente alguno de los libelistas que pagaba.

Acusados los magistrados por el mismo pueblo, á quien creían haber servido tan bien, y sin el apoyo ya del primer príncipe de la sangre, tuvieron una conducta al parecer contradictoria: por un lado rehusaron adherirse al manifiesto de los príncipes; pero por el otro la aprobaron. Un médico llamado Guillotin (1) es-

(1) Célebre médico de París, y mas célebre aun por la invencion de la máquina fatal, que tomó nombre del suyo, y que se substituyó á los suplicios de horca y rueda.

tractó en un escrito muy sucintamente y en muy buen estilo todas las peticiones que el estado llano debia hacer á los estados generales. Intituló esta redaccion *Peticion de los seis cuerpos*, y lo depositó en casa de un notario, á fin de que cada individuo del tercer órden de París fuese á firmarlo. Este proceder pareció al parlamento una especie de llamada ácia la sedicion. Mandó comparecer al médico y al notario, pero no se atrevió á proceder contra ellos. Con este motivo lanzaron contra el parlamento el siguiente epígrama, que fué una verdadera profecía.

¿Llegó este cuerpo á su fin?
Dicen que su señoría
Llama al notario y Guillotin.
¿No es estar en la agonía?

El uso inmoderado que se hizo de ella le ocasionó una melancolía tan profunda, que le privó de la vida en su lecho, y no en su máquina, como se ha creido. El primero en quien se estrenó su cuchilla se llamaba Luis David Collenot: fué decapitado en la plaza de Carroussel el 26 de agosto de 1792.

En fin algunos consejeros, á cuya frente estaba d'Eprémesnil, tuvieron consejo entre sí, y creyeron haber encontrado un medio infalible de poner al parlamento en estado de reconquistar todos los corazones. Pidieron una reunion de cámaras, y esparcieron que esta asamblea restablecería el negocio público, lo qual puso á todos en espectativa. Creyendo los príncipes que la cuestion recaería sobre el motivo que dividia en la actualidad los pareceres, rehusaron asistir: tambien el duque de Orléans se exîmió, y los únicos pares que se hallaron, fueron los duques de Luynes, de Gêvres, de Luxembourg, d'Aumond, y el obispo conde de Châlons, llamado de Clermont-Tonnerre.

La sesion fué larga y acalorada, de ella salió una declaracion que titularon *Acuerdo sobre la situacion actual de la nacion.* El parlamento decia en ella, que no se podia considerar á los estados generales como

una asamblea nacional, sino en el caso en que el rey convocándolos declarase: = su reunion periódica: = su derecho de hipotecar á los acreedores del estado los impuestos determinados: = su obligacion para con los pueblos de no decretar ningun otro subsidio que no fuese difinido en la suma y en el término: = su derecho arbitrario de fijar sobre el patrimonio real los fondos de cada departamento: = la resolucion del rey de reunir á uno solo todos los impuestos distintivos de los órdenes, y repartir con igualdad los subsidios á los tres: = la responsabilidad de los ministros: = el derecho á los estados generales de delatar y de presentar delante de los tribunales á los individuos que creyesen culpados en todos los casos interesantes á la nacion, y conciliar las relaciones de los estados generales con los tribunales soberanos, de tal forma que estos no debiesen ni pudiesen sufrir el aumento de ningun subsidio que

no estuviese acordado, ni concurrir á la execucion de ninguna ley que no fuese pedida ó consentida por los mismos: = la libertad individual de los ciudadanos con la obligacion de remitir inmediatamente todo hombre arrestado en la cárcel real á su juzgado natural: = y por fin, la libertad legítima de la imprenta.

D'Eprémesnil, de quien eran la mayor parte de los artículos de este acuerdo, lo acompañó con un escrito lleno de reflexîones bastante juiciosas; pero aquel y éstas fueron desechadas con general desprecio. La corte que no habia querido consultar al parlamento, juzgó fuera de propósito que éste se mezclase en lo que solo debian entender los notables. El estado llano interpretaba mal todo lo que era eludir la doble representacion. Las gentes sensatas desaprobaron la libertad legítima de la imprenta; y como no se les explicaba qué era y en qué consistia esta *legítima libertad*, resultó que este artículo les

pareció á unos mucho y á otros nada.

Continuaron las invectivas y chocarrerías contra el parlamento en mil libelos sin que Necker molestase á los autores por no atentar *á la libertad legítima de la imprenta.*

El clero y la nobleza reflexionaron entónces, que el aborrecimiento que les tenia el estado llano, no provenia quizá sino de los privilegios que les concedian las exênciones pecuniarias. Estas dos clases manifestaron desde luego en el reyno la voluntad de reunirse á todo privilegio de esta naturaleza; el colegio de los Pares escribió con este motivo al rey y público la carta siguiente.

"Señor, los pares del reyno se »apresuran á dar á V. M. y á la na»cion pruebas de su zelo por la pros»peridad del estado, y el deseo de »cimentar la union entre todas las »clases, le hace suplicar á V. M. reci»ba el voto solemne que ofrecen á »los pies del trono de conllevar to»dos los impuestos y cargas públicas

»en la justa proporcion de sus habe-
»res sin excepcion alguna pecuniaria;
»no dudan que estos sentimientos se-
»rian unánimemente expresados por
»todos los nobles del reyno, si se ha-
»llasen reunidos, para deponer su ho-
»menage á los pies de V. M.»

Esta carta fué firmada por todos los pares sin excepcion, y no produxo otra cosa que la mofa del tercer órden que conocia ya su superioridad. Los escritores orleanistas esparcieron en el público que estos sacrificios no eran sino promesas que no deseaban realizar; y èn el caso en que se verificase deberian mirarse como señales de temor.

Quanta mas fuerza adquiria el estado llano, mas hacia Orléans por conquistar su favor. Este príncipe, que se habia visto hasta entónces únicamente ocupado en los negocios mercantiles, sin avergonzarse de recurrir á los medios mas viles y mas inicuos para acrecer su patrimonio, se hizo de repente tan liberal, ó á lo

menos lo fingió tan bien, que el pueblo baxo se engañó.

Se esperimentaba entónces en la Francia un invierno tan excesivamente riguroso por lo frio y por lo falto de subsistencia, que parece no habia tenido semejante. Para preservar de estas calamidades á los jornaleros y pobres, trabajaron tan á porfia los ricos y hacendados, que en los palacios y las casas de los grandes habia mesas puestas y bien servidas, en donde se admitian indistintamente á qualquiera que se presentaba. Estufas grandes caldeaban las salas en que estaban aderezadas las mesas, y ademas se veian en todas las plazas públicas grandes hogueras continuamente encendidas. Los sacrificios en fin que se hicieron en esta ocasion, son incalculables. Sola la virtuosa y bienhechora duquesa del Infantado dispendió por sí sola en alivio de los infelices mas de trescientas mil libras; y el arzobispo de París M. de Juigney empleó todas sus

rentas, y ademas contrajo una deuda de quatrocientas mil libras tornesas.

El duque de Orléans se distinguió particularmente entre los bienhechores de la multitud afligida, y colocó su caridad sobre ellos sino por las liberalidades efectivas, al menos por la ostentacion. Atravesando cierto dia solo en su birlocho uno de los quarteles mas distantes del arrabal de S. German, se pára como penetrado de la miseria que se le presenta delante, declama con una hipócrita conmiseracion á presencia de algunas personas del pueblo de la suerte deplorable á que se ven reducidos tantos desgraciados por lo riguroso de la estacion, se baja del birlocho, y pregunta de quién son dos cocheras que el rótulo indicaba estaban para alquilarse. De su órden comparece el propietario, y se las alquila por tres meses; y al cabo de algunas horas ven llegar á varios criados (que por la librea que vestian indi-

caban ser del príncipe) que establecen cocinas en aquellas cocheras, encienden lumbre, asan grandes trozos de carne, y los distribuyen á los indigentes con el pan necesario. Esta generosidad llamó mucho la atencion de todos los franceses.

Orléans, no contento con esto, quiso que todos los papeles públicos insertasen una carta que hizo escribir al cura de la parroquia de S. Eustaquio por su mayordomo de rentas Geoffroi de Limon, en la qual le prometia socorros tan considerables en metálico para ocurrir á las necesidades de todos sus desgraciados feligreses, que un potentado no hubiera sido capaz de llevar tan allá esta munificencia; pero hubiera sido mejor no ofrecer y dar. El cura engañado por las ofertas solemnes que le habia hecho el príncipe, adelantó una parte de las sumas prometidas, que nunca se le reintegraron, y las fastuosas limosnas de Orléans se reduxeron á tres mil libras. No por esto

dejó de recibir en público todos los honores debidos á un bienhechor. Sabia que su nombre, su rango y su genio vengativo contendria en silencio al eclesiástico, como efectivamente sucedió, y no se ha sabido este hecho hasta que se pudieron hacer públicos todos los crímenes de Orléans.

Las demas personas de su familia se honraron por sus beneficios efectivos: la duquesa su esposa, que reunia en el grado mas heróyco todas las virtudes amables y sólidas, hizo todo lo que pódia hacer. La duquesa de Borbon su hermana, princesa poco conocida y juzgada muy mal del público, tambien se esforzó lo que pudo. El honor que resultó á esta casa por estas limosnas recayó todo sobre Orléans. El pueblo bajo empezó á creer que este príncipe era naturalmente generoso, y que inspiraba su generosidad á quantos le pertenecian. Así es como, sin que le costase mucho, fué mirado como el

bienhechor de los desgraciados, quando no era mas que el protector de los sediciosos y malvados.

Quanto mas á este hombre el mayor de los conspiradores acrecia su popularidad, tanto mas trabajaba Necker en el objeto de la conspiracion. En fin, la gran cuestion que habia acalorado al estado llano fué decidida á favor de esta clase, y el rey y Necker quisieron que en los estados generales tuviese una representacion doble á la de cada una de las otras dos clases. Lo mas que los miembros del consejo pudieron obtener despues de largos y acalorados debates fué, que esta numerosa asamblea tendria sus sesiones en Versalles, y no en París. Necker votó con tal teson por la capital, que desde luego debió parecer sospechoso. Y con efecto nada habria sido mas favorable á las miras de Orléans, quien por este medio hubiera tenido baxo su mano á los diputados de los estados generales sin tantos gastos, y

sin tantos cuidados para atraerlos á su partido.

Los realistas han mirado siempre esta doble representacion como el golpe que ha causado la herida mortal á la monarquía francesa y á las dos primeras clases. Se asegura que Luis XVI de vuelta del consejo celebrado el 27 de diciembre, y en el qual se resolvió este importante problema, encontró en su gabinete en vez del retrato de su abuelo, que le adornaba hacia mucho tiempo, el de Cárlos I. El desgraciado Luis puso los ojos en él, los fixó por dos ó tres minutos, y comprendiendo perfectamente lo que querian decirle los que se le habian puesto á la vista, exclamó: "Yá los entiendo; pero por »mas que hagan el estado llano ten»drá la doble representacion: está »decidido: es irrevocable."

En aquella época Luis XVI estaba en efecto adherido sinceramente, y con calor, al estado llano, y prevenido contra el clero y la alta

nobleza. Aquí es menester compadecer la estrella de este príncipe tan desgraciado, que queriendo abatir á los unos para ensalzar á los otros, no hizo mas que adquirirse enemigos é ingratos.

No soy de la opinion de los que piensan, que la doble representacion ha acarreado la ruina del trono y la muerte de las dos clases primeras, aunque no dudo que ha contribuido mucho. El monopolio de los granos hubiera (prescindiendo de la doble representacion) engendrado todos los horrores que obscurecieron y mancharon los primeros dias de la revolucion; y si el primer príncipe de la sangre no hubiera sido el gefe de este monopolio, la Francia podia haber sufrido violentas agitaciones, pero sus males no hubieran sido irremediables: por tanto Orléans debe presentarse á la posteridad como el primero y principal artífice de los desastres que han abierto el abismo en que la Francia ha venido por fin á

sumirse, sin que pueda conjeturarse cómo saldrá de él (1).

Luego que se supo la decision del consejo, Orléans comprendio que el estado llano lo iba á ser todo, y el resto de la nacion nada; por lo que se adhirió á esta clase, y dexando toda circunspeccion, se declaró abiertamente el adversario de las dos primeras, con las que habia hecho causa comun todo el tiempo que creyó estar la fuerza de su parte. Dirigió contra ellos su legion de libelistas, que se dedicaron principalmente á calumniar á aquellos que, como d'Eprémesnil, no siendo útiles á sus miras, podian por el contrario oponer obstáculos. Se empleó ademas en organizar un exército de asesinos y ladrones que executasen á su vo-

(1) Sí, ya lo hemos visto: los franceses para borrar el atentado de la sentencia y muerte premeditada de su rey, esposa y familia, han sentado en el trono de Carlo-Magno á un estrangero intruso, que con el título de emperador exerce sobre ellos el de esterminador.

luntad toda clase de atentados, y que pudiesen coadyuvar á su conjuracion. La fidelidad con que le sirvieron es un verdadero fenómeno.

Los dos principales gefes de estos malvados se llamaban el uno Coffiné, y el otro Poupart de Beaubourg, los quales fueron á la capital, y agregando á sí otros miserables, robaron á una multitud considerable de gentes. Los efectos robados se llevaban de noche al palacio real, en donde despues de reservar Orléans para sí la parte principal, distribuía lo restante á sus satélites. El robo de que Orléans sacó mayor utilidad fué del que se hizo en la calle de la Luisiana á la condesa de Barri, por los muchos diamantes que la cogieron, y envió á Londres para su venta.

Empleaba este conspirador una parte de las sumas robadas en comprar facciosos y hombres desalmados. Pero lo que prueba hasta qué grado habia llegado la timidez en las autoridades desde los primeros dias de la

revolucion es, que si apresaban alguno de estos ladrones ó de los malhechores que empleaba, se apresuraban á condonarlo luego que se conocia la mano que se servia de él, como sucedió con Coffiné, que habiendo estado preso en el Châtelet por un homicidio de que fué acusado, recobró su libertad al cabo de algunos dias, porque en su prision no solo no negó el atentado, sino que se glorió de haber recibido del primer príncipe de la sangre la órden de cometerlo. Este mismo Coffiné vuelto á la sociedad tuvo la audacia inconcebible de introducirse entre los cortesanos, y robar á la reyna misma el relox que llevaba. Fué cogido en el hecho; pero lo que aún es mas incomprensible es, que luego que se supo era el ladron uno de los agentes de Orléans, quedó impune el atentado.

Hasta este punto llegaba el temor que inspiraba este príncipe. Aquellos que no tenian duda alguna de la perversidad de su alma, no se atrevian

á manifestar á sus mejores amigos el horror que les infundia, pues sabian que los asesinos tenian continuamente el brazo levantado para matar á sus enemigos. Cada suceso de la revolucion no hacia mas que acrecentar este terror.

Orléans pensó que no era bastante estar rodeado de una banda de facinerosos siempre prontos á bañarse en la sangre que le acomodase verter. Creyó que le importaba tener un exército de amotinados que produxese en París tal confusion y espanto, que los parisienses se viesen precisados á insurreccionarse por su propia seguridad. Buscó en los arrabales los gefes para este cuerpo. Exâminó sucesivamente la fidelidad de algunos particulares; y entre otros, se dirigió al director de una fabrica de papel pintado, en la que ocupaba un número considerable de operarios: este hombre llamado Réveillon desechó sin titubear las proposiciones que le hicieron de parte del príncipe. Entónces

se habló á otro fabricante de salitres llamado Henrriot, vecino y amigo de Réveillon, empeñándole á que compeliese á su amigo á favorecer las miras de Orléans, y que reuniesen uno y otro sus operarios para excitar un gran movimiento, que le pintaron como necesario para el triunfo del estado llano. Pero Henrriot fué incorruptible como Réveillon.

En su defecto llamaron á Santerre, fabricante de cerbeza, que como los dos anteriores, estaba domiciliado en el arrabal de S. Antonio. Este hombre, cuyos negocios de su fábrica estaban en el mayor desórden, era insolente, emprendedor de todo, de las mismas costumbres y modales que los del populacho de su arrabal, borracho, comilon, dotado de una robustez y de una talla que le hacian propio para cierta representacion, y que poseía ademas aquella elocuencia verbosa, y aquel lenguage chavacano y grosero que es característico de un orador de taberna: este era el sugeto que

*

convenia á Orléans, y el que aceptó con alegría el mando de los arrabales. Por un íntimo amigo suyo, y de la misma profesion, se supo que recibió por primer pago de sus servicios una suma de cincuenta mil escudos.

Esta liberalidad, y las que la siguieron, pusieron á Santerre en estado de pagar sus deudas y aumentar su fortuna, menos que mediana antes de la revolucion, á un grado de opulencia que igualó con los mas antiguos propietarios. Todo el tiempo que Orléans conservó la esperanza de reynar se les vió á ámbos vivir en la mayor intimidad: se los encontraba muchas veces en la taberna y otros parages públicos. Santerre tenia en todo tiempo cubierto puesto en el palacio real, y Orléans pasaba á comer familiarmente á la casa de aquel: muchas personas los vieron correr las calles de la capital solos en un birlocho.

Teniendo gefes el duque de Orléans en la última clase de la sociedad, lo mismo que entre la de los ladrones,

quiso tenerlos tambien en el estado llano, á fin de que moviesen y dirigiesen este órden á su antojo; dexó allí á los jóvenes senadores que habian sido del número de los primeros conjurados, y de los que se habia servido para los debates entre la magistratura y la corte. Estas, la nobleza, y el clero, perdian diariamente su credito, al paso que el estado llano adquiria nuevo grado de poder. Orléans habiendo practicado los mismos manejos con el estado llano que con los órdenes anteriores, hizo eleccion en él de los hombres mas visibles, que por su popularidad y reputacion pudiesen extraviar á los representantes de este órden, y le ayudasen á subir al trono.

Conozco que sería muy interesante al lector que trazase aquí los retratos de todos los gefes que trabajaron segun las miras y los intereses de Orléans; pero como ésta es una tarea que por sí sola exîge muchos tomos, me limitaré á describir en

cada una de las clases que el príncipe procuraba adherir á su partido, uno ó dos de sus principales cómplices, por los quales se podrán conocer los demas. De los diferentes personages que rodearon á Orléans desde que rompió abiertamente con el parlamento, solo haré mencion de Laclos, del conde de Mirabeau, del abad Syeyes, y del marques de Sillery, ántes conde de Genlis.

No haré larga mencion de Laclos: este monstruo de inmoralidad se ha pintado él mismo rasgo por rasgo en su novela lasciva titulada: *Las amistades peligrosas*. Qualquiera que haya leido este detestable romance conocerá las costumbres, los principios y el genio de Laclos. Hacía lo malo por gusto y por sistema. El cieno en que estaba impregnado su corazon expedia por sus ojos un olor infecto y corrompido que empañaba todos los objetos que veía. La probidad en los hombres y el pudor en las mugeres eran para él entes de razon. Persuadido de

que la perversidad es el elemento de la naturaleza humana, quando era combatido de dos acciones, la una buena y la otra mala, abrazaba ésta, y repelia aquella nada mas que por distinguirse de los demas. Los buenos segun él, si existiesen, no serían mas que corderos en medio de un rebaño de tigres; y sentia en fin que era mejor devorar que ser devorado.

Mirabeau tenia el espíritu y el cuerpo del Thersites de los griegos. Sobre un cuello, que se hundia en sus anchos hombros, sostenia una cabeza monstruosa por su magnitud; el resto de su estatura era una mole gruesa é informe; su frente siempre ceñuda y arrugada, y sus cejas sombrías le hacian de un mirar horrible. Jamas miraba de frente; sus ojos iracundos se fixaban en las manos del que le hablaba, como si temiese que aquellas manos le castigasen sus crímenes. Atormentado de la sed del oro continuamente, todos los medios de que podia servirse para adquirirlo, le pa-

recian buenos; jamas se vió saciada su avaricia. Estafador, mal intencionado, y estragado hasta el exceso por su libertinage, deshonró su juventud por los vicios mas vergonzosos; en la edad madura el escalamiento de las prisiones lo habia sustrahido de la espada de la justicia; mientras vivió, fué la deshonra de su familia, el perseguidor de sus acreedores, el enemigo de los hombres de bien, y el protector de todos los foragidos. Poltron hasta el esceso, y feroz con aquellos cuya resistencia no temia; castigaba en sus criados el menor descuido, teniendo siempre el puño ó el baston levantado contra ellos. Al libertinage de costumbres reunia el del espíritu; llevaba el ateismo hasta la puerilidad, afectando no pronunciar jamas el nombre de Dios ni aun en los dolores mas agudos en que es tan natural al impío mas frenético pronunciarlo aun involuntariamente: tan codicioso de fama como del dinero, atacaba siempre á los sugetos de un mérito conocido,

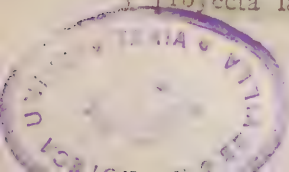
prefiriendo mas inspirar el terror que la estimacion. Su gran reputacion provenia de que escribia siempre acerca de los asuntos que en la actualidad llamaban mas la atencion pública.

Los aplausos de los facciosos pagados, que ocupaban las galerías de la asamblea, hacian todo el éxito de sus paradoxas; y la originalidad con que trastornaba las ideas mas comunes, le hicieron pasar por uno de los talentos mas sobresalientes de su siglo, siendo mas bien un farsante ridículo que un orador: pero como *los talentos mezclados con algo de locura, se hacen siempre una especie de séquito*, segun un autor (1), así es que Mirabeau desde que se presentó en el teatro de los estados generales se hizo admirar de la multitud. La principal locura de este hombre estravagante era, la de creerse nacido para gobernar; no se proponia en todas sus acciones y escritos nada menos que

(1) Ducerceau, Conjuracion de Rienzi.

obtener una embajada, ó un empleo en el ministerio.

Syeyes, natural de Fréjus en Provenza, canónigo de la ciudad de Chartres antes de la revolucion, nacido con una alma sombría, atrabiliaria y melancolica, tan rencoroso como Mirabeau, fruto de su sistema de misantropía, circunspecto no por timidez sino por hipocresía: este hombre fiero, insolente, y duro con los vencidos, se producia con el partido dominante de un modo que sus manejos no le comprometieron nunca con los otros. Su carácter rígido se descubria en sus gestos, en sus modales, en el porte y aptitud de todo su cuerpo. Su cara descarnada, su frente arrugada, sus ojos hundidos y sanguinarios, anunciaban en él un hombre criminal meditando el trastorno de un imperio. Sin calor, sin energía, sin pasiones fuertes, y sin entusiasmo; pero sí con calma, y á sangre fria, es como quiere y proyecta la ruina de muchos.



Así como Mirabeau se creía hombre de estado, Syeyes se tenia por célebre metafisico. A sus antítesis y frases obscuras añadia una jerga geométrica con algunos recuerdos que le habian quedado de la lectura de Locke y Condillac, y á esto llamaba él su metafisica. Decia con pedantería: "El conocimiento del hombre es para el hombre, lo que la intriga social para el arte social", creyendo haber producido una idea sublime. Contestando á uno que le preguntó, que quándo se acabaria la revolucion, le dixo: "Luego que estas palabras de la escritura se hayan cumplido: *Exurientes implevit bonis, divites dimisit inanes.*" Esta respuesta le pinta y dá una idea de la subversion que idealban los novatores; y de este oráculo de la escritura no se ha verificado mas que *divites dimisit.*

Aunque idólatra de sus propios conceptos los posponia á la seguridad de su vida y de sus bienes, no importándole nada quando la fuerza

ó las circunstancias lo exigian manifestar otra opinion, que aquella que seguia antes. Hebert (1) y Anachársis Clootz (2), le obligaron á apostatar, y Robespierre le hubiera hecho firmar el Alcorán.

(1) Santiago Renato Hebert, natural de Alenzon se hizo célebre entre el populacho por su lascivo y despreciable periódico que tituló *el Padre Duchesne*. Fué substituto del procurador del comun, contribuyó á las matanzas del 10 de agosto, formó partido con Momoró y Clootz, sus amigos intimos, cuyos partidarios fueron conocidos con el nombre de hebertistas, y por ultimo fué guillotinado el 24 de marzo de 1794.

(2) El baron prusiano Juan Bautista Clootz, nació en Cleves en 24 de junio de 1755: despues de haber andado errante por la Inglaterra, se fixó en Francia, en donde bajo el nombre de Anachársis, fué conocido por el apóstol mas estravagante de la revolucion: despues mudó su calidad de baron por el titulo burlesco de *Orador del género humano*. Fué miembro de la Convencion, en la que declamó contra la doctrina de Jesucristo, publicó un papel titulado *la Republica universal*, en donde demuestra los desvarios á que conduce la filosofía moderna. Fué guillotinado de órden de Robespierre el 24 de marzo de 1794.

Sillery habia nacido mejor para ser un lacayo; pues su tono, porte, y modales eran baxos, soeces y rateros. Hacía mucho tiempo que estaba adherido al duque de Orléans, y se distinguia de todos los cortesanos de este príncipe por su estúpida complacencia, y por la servilidad con que alhagaba todos sus vicios, aprobaba sus errores y ensalzaba sus lascivias. Afortunado en el juego por las trampas de que usaba, era el único exercicio en que se ocupaba en el palacio real todo el dia, cuyas ganancias repartia con su patron. Tan indiferente como Orléans de la estimacion pública, recibia sonrriéndose los vituperios y crítica que hacian de su inmoralidad los demas gentileshombres de la casa del príncipe. Un hecho pintará mejor que quanto se puede decir la baxeza de su alma. Una muger llamada la baronesa d'Andelot tenia una hija cuyo nacimiento era equívoco, la qual se sabe que siendo de poca edad vivia y conversaba con los oficiales

del regimiento de Orléans, y en que la licencia del campo su conducta no habia sido la de una vestal: era notorio tambien que el príncipe la habia hecho del número de sus queridas. Luego que estuvo satisfecho de sus favores, mandó á Sillery que se casase con ella, y Sillery obedeció. Esta misma es la marquesa de Sillery á quien Orléans confió despues la educacion de sus hijos, y la que llevada de la loca vanidad de caminar sobre los mismos pasos de las Sévignés y Deshouliéres puso su nombre á algunos escritos que la componian las gentes que ella admitia á su mesa y tertulia (1). Pero luego se vió forzada á llevar á un país extrangero su vergüenza y sus remordimientos. A su exemplo creyendo Sillery poder disipar por la reputacion de un genio sublime los vergonzosos desórdenes de su vida pasada, hizo que Laclos, durante la permanencia de los esta-

(1) De este número son las Veladas de la Quinta y las Jornadas divertidas.

dos generales, le compusiese discursos que él ni aun leer sabia.

Hé aquí los hombres que formaron el consejo revolucionario de Orléans. Este consejo tuvo al principio sus sesiones en el palacio real durante la noche, y poco despues fué transferido á Passy, en donde estaba menos espuesto á las observaciones del público. Reemplazó á los conciliábulos á que asistian los consejeros jóvenes del parlamento, y tuvo todo el tiempo que duró, sobre los movimientos populares, la influencia que tuvieron despues de la formacion de los estados generales el Club Breton, y mas adelante el antro de los jacobinos.

No le bastó á Orléans tener cohortes de vandidos, de asesinos y de ladrones, y en lo interior de su palacio una junta de insurreccion, sino que pagó oradores para que enardeciesen á la multitud en las encrucijadas de las calles y plazas mas públicas, así como al rededor de su pala-

cio. En el número de los que se empleaban en las bocas-calles, habia un cómico pensionado por el rey llamado Gramonnt, hombre de una ferocidad tan singularmente atroz, que no sabia persuadir mas que á la carnicería, y parecia no poder vivir sino con la sangre humana. Entre los otros, los mas notables eran Camilo Desmoulins (1), un marques de Saint-

(1) Benito Camilo Desmoulins nació en Guisa el año de 1762. Su padre era teniente corregidor en aquella ciudad, que él abandonó con la casa paterna para hacerse recibir de abogado en Paris. Su imaginacion ardiente y exâltada le hizo adoptar con un furor entusiasta los principios de la revolucion. Fué constantemente amigo íntimo de Danton, y uno de los fundadores del Club Breton. Fué arrestado á las dos de la madrugada del 31 de marzo de 1794 por haber pretendido se erigiese una junta con el titulo de *Clemencia*. Se defendió con serenidad al principio; mas al oir al acusador publico que estaba concluida su causa, se puso furioso, y reconvino á los jueces por todos sus asesinatos en términos que fué necesario sacarlo por fuerza de la sala: la misma se necesitó para llevarlo al cadalso. Quando estuvo en

Huruge, y un americano llamado Fournier.

El marques de Saint-Huruge, despues de haber consumido su patrimonio en una vida desordenada, y andado errante de cárcel en cárcel, se habia refugiado á Inglaterra para librarse de sus acreedores y de los tribunales. Se apresuró á regresar á París luego que se notaron los primeros movimientos que anunciaban una próxima revolucion, y se incorporó con aquellos insensatos que en un café del palacio real disponian á su antojo del destino de la Francia.

Fournier era un hombre pequeño, atezado, flaco, inquieto, revoltoso y soplon, amigo de aventuras, de ruidos, de desórdenes, hablador sin acalorarse jamas, afeminado, in-

él exclamó en alta voz: "Hé aquí la recompensa reservada al primer apóstol de la libertad, cuya estátua vá á salpicarse con la sangre de uno de sus hijos. Los monstruos que me asesinan no me sobrevivirán mucho tiempo."

trigante y sin ningun talento. Habia gemido mucho tiempo en las prisiones de la colonia de Santo Domingo, y hacia poco que habia regresado á Francia despues de haber purgado los delitos que habia cometido. No teniendo ningun principio ni de política ni de moral, se hubiera vendido al ministerio como se vendió á Orléans, si un ministro se hubiera dignado comprarlo.

Orléans combinó para las provincias un plan de insurreccion semejante al que habia organizado para la capital; por todas partes tuvo agentes para escitar alborotos. En Chêrburgo tenia á Dumouriez, y en Mans á Valence. El primero en las Memorias de su nombre quiso darse por hábil general, por hombre de bien, y por enemigo de la casa de Orléans. Sobre el primer artículo diré, como muchos, que Dumouriez solo forzó las puertas abiertas; este estilo epigramático no es digno de la historia, debe ésta esperarse para fi-

jar el mérito de Dumouriez entre los guerreros á que los sucesos militares, en que tuvo parte, sean mejor conocidos.

Sobre el segundo artículo, él mismo se condena, porque conviene en haber afectado una conducta contraria á sus sentimientos, y en las disensiones civiles los hombres de dos caras son los peores. Un hecho solo bastará para dar á conocer lo que debe pensarse de la veracidad de Dumouriez. No pudiendo negar que se puso el gorro encarnado en la tribuna de los jacobinos de París quando fué llamado al ministerio de la guerra, pretende que circunstancias que no habia podido preveer, le habian obligado á tomar aquella horrorosa insignia, como si alguna circunstancia pudiese determinar al ministro de una monarquía, á revestirse de la librea de los devoradores de carne humana.

Ademas, los contemporáneos de Dumouriez no olvidaron que mucho tiempo antes de esta escena habia su-

bido á la tribuna de los jacobinos de Leon, en donde habia pronunciado un discurso que no se reduxo á otra cosa que á comentar esta frase: *Véo que no es necesario un rey en Francia*; y es una verdad incontestable, que Dumouriez fué el primer frances que falló sin rebozo contra la dignidad real.

Valence era bastardo del padre del duque de Orléans, y de madama de Monteson. Se habia casado con la hija de la Syllery, á quien como el duque de Orléans habia ofrecido darse todo á su servicio. Mandaba en Mans el regimiento de Chartres quando Orléans proyectó sublevar la Francia entera. Tan ambicioso como cobarde habia formado sobre las insinuaciones de su suegro, y las promesas de su bienhechor, un sistema gigantesco de elevacion. Persuadido á que Orléans subiria á lugar teniente general del reyno, regente, ó quizá mas alto, se lisonjeaba que entónces su nacimiento sería legitimado, y que goza-

ria el título y rango de príncipe de la sangre.

Habiendo combinado así el duque de Orléans su plan de sedicion general, tomó aun sus medidas para que la excucion se hiciese con órden. Para que los movimientos de la capital se repitiesen en el mismo dia en toda la Francia, se proveyó de correos fieles que debian ir á prevenir en las provincias á los conjurados del género de movimiento que habia en París, y á la hora que empezaría. En quanto á esta capital se sirvió de una estratagema singular é ingeniosa para dar la señal del motin. Habia hecho construir unos pequeños conductos ó salteros de agua al rededor de un edificio informe, que habia en medio del jardin de su palacio. Los gefes principales que empleaba para sublevar al pueblo, y que recibian directamente de él las órdenes, debian estar atentos al juego de estas aguas. Si salia un saltero solo, designaba por su elevacion entre los otros el quar-

tel de París, que se debia sublevar. Si todos los de un lado, entónces era el quartel del norte, ó el quartel del sur de París, el que debia obrar: si brotaban todos á un mismo tiempo, entónces era la señal de una insurreccion general. Por este medio comunicaba sus órdenes en un abrir y cerrar de ojos; la execucion sucedia á la misma hora que habia señalado, y se dispensaba de comunicarse con los subalternos, y del peligro de una correspondencia por escrito.

Uno de sus primeros cuidados fué el de debilitar la popularidad de Necker á fin de tenerla él toda. Mirabeau, que asentía á todo lo que era extraordinario, se encargó de este trabajo; no era muy facil evacuarlo porque Necker, por el beneficio de la doble representacion, llenaba las esperanzas del estado llano. No importa: Mirabeau se ensaya en combatir este gigante del dia. Empieza por esparcir algunos folletos en los quales habla de esta representacion, añadiendo pérfidamen-

te : *Timeo Danaos et dona ferentes.*

Esta pequeña guerra no era mas que uno de los pasatiempos de Orléans : su grande y diaria ocupacion era la de continuar atemorizando á los parisienses con el horror del hambre, llevarlos á la desesperacion , y de esta á la rebelion. La corte empezó á inquietarse con los murmullos y quexas que excitaba la penuria y la mala calidad del pan. Orléans para aumentar las inquietudes , hizo cubrir las esquinas de los arrabales de S. Antonio y de S. Marcelo de pasquines que amenazaban con una sedicion , sino se disminuía el precio del pan: para encubrir los verdaderos autores y alucinar al pueblo, apostó dos hombres en el puente nuevo, que distribuían unos escritos con el titulo de *delacion al pueblo*. Esta era una lista de muchos personages empleados que tenian interes de asesinar, y que acusaban de monopolistas. No dexó Orléans de hacer inscribir en esta lista algunos magistrados de los que gozaban mejor reputacion.

Estos manejos y calumnias que los escritores orleanistas difundieron contra la magistratura, tuvieron tan buen éxito, que quando el parlamento se reunia, en vez de los aplausos que antes escitaba su presencia, no recibia mas que testimonios de desprecio y aborrecimiento. En mas de una provincia, los magistrados, no solamente fueron despreciados, sino maltratados cruelmente.

En el recinto del palacio real se formó una sociedad que tomó el nombre de *Club de los furiosos*, y se puso en posesion de quemar con ceremonias burlescas y de desprecio los decretos que espidiesen los diferentes tribunales soberanos, ya acerca de los escesos de que se quejaban, ó ya sobre los negocios públicos. *Esta sociedad conocida bajo el nombre de Club de los furiosos*, dice Syeyes (1), *era numerosa, estendida y activa; ha hecho servicios efectivos esparciendo con*

(1) Notice sur la vie de Syeyes, pag. 20.

profusion en todas las provincias folletos útiles entónces ; y para que no se dude de la intimidad que habia entre Orléans y estos *furiosos* , que inundaban las provincias de *folletos* , añade dos páginas despues : *Para balancear el peligroso crédito de los príncipes hicieron uso del nombre del ex-duque de Orléans.*

Entretanto el hambre hacia progresos : las murmuraciones del pueblo tomaban un aspecto temible : la faccion de Orléans hacia lo posible por volver contra el mismo Necker las acusaciones del monopolio. Mirabeau y Syeyes hablaban abiertamente contra este ministro. El primero continuaba lanzándole sarcasmos en sus diatrivas ; el segundo manifestó en un escrito que intituló : *¿Qué es el estado llano?* y que tuvo gran despacho , que no pensaba ventajosamente del director de las rentas.

Los tahoneros , á quienes el pueblo baxo amenazaba con un saqueo, empezaron á enfadarse , se alborota-

ron y dixeron que conocian la causa del hambre; y anunciaron altamente que iban á revelarla. Para cumplir su palabra buscaron un abogado que les redactase una denunciacion, que se proponian presentar al parlamento. Es muy verosímil que indicaban al primer príncipe de la sangre como el gefe del estanco de los granos; pero es cierto tambien que nadie se atrevió á oir sus quejas. En fin el caballero Rutleidge se encargó de formarles una demanda: no le faltaba talento; pero por desgracia era un miserable aventurero, que no se habia conocido hasta entónces mas que por sus impertinencias y locuras, de suerte que su firma desacreditaba mas que corroboraba la queja de los tahoneros. Sin embargo él se manejó desde luego con alguna prudencia, componiéndoles un memorial, en el qual solo levantó una parte del velo.

Los tahoneros lo presentaron al parlamento, y léjos de ser acogidos, recibieron una reprimenda en la sala

del *Parquet* por el procurador general del parlamento, y en este otra por d'Eprémesnil. Entónces gritaron con mas fuerza, prorrumpiendo en imprecaciones contra los magistrados, y presentaron su memorial á Necker. Éste los acogió con bondad, hizo la desecha, los contentó con escusas, y no les dió satisfaccion ninguna. Volvieron otra vez, y le presentaron segundo memorial. Necker despues de haberlos exhortado á la paz, los remitió á Valdec de Lessart, presidente del consejo de peticiones ó memoriales, y miembro de la comision de negocios de administracion. Lessart contemporizó, tergiversó, y los despidió con política. Entónces imprimieron las dos Memorias, y presentaron á Necker un tercer *manuscrito*, el qual no se imprimió ni se volvió á ver mas; porque Orléans, segun todos pensaban, estaba designado en él como el gefe de los monopolistas que mataban de hambre al reyno.

Algunos dias despues de la pre-

sentacion de este tercer manuscrito, el síndico de los tahoneros, de quien era la obra y que él solo la habia firmado, fué atacado una tarde al entrar en su casa por unos hombres perversos armados de gruesos garrotes, que lo arrojaron al suelo y lo apalearon hasta que lo creyeron muerto; pero por fortuna fué socorrido á tiempo y ninguna de las heridas era mortal. Esta aventura alborotó á muchos y atemorizó singularmente á aquellos que deseaban penetrar el secreto y el orígen de la escasez. Orléans, autor de este atentado, no dexó de mandar á los calumniadores que pagaba publicasen que los emisarios del parlamento, de la policía y de la corte eran los que habian aporreado al desgraciado síndico: y el pueblo que no sabe ni quiere profundizar nada, creyó tambien este cuento.

El abad de Lecoigneux que se tuvo siempre por el confidente de Orléans, aunque era el que menos sabía de los secretos de este príncipe, cre-

yó servirle denunciando á su tribunal al director de las rentas. Consiguiente á esto representó al parlamento, que siendo notoria la escasez de numerario en que se encontraba el tesoro real, y que la corte no cercenaba nada de sus gastos acostumbrados, era menester concluir que Necker ocurria á todo con lo que ganaba en el monopolio de los granos, y en consecuencia de esto pidió que se exâminase la conducta del ministro. El parlamento para no aumentar sin duda la fermentacion, no hizo caso de la denuncia.

Creyendo Lecoigneux que la popularidad de Necker era el único motivo que hacia temer al parlamento atacar á este ministro, presentó al tribunal otro hombre á quien pudiesen acometer impunemente. Denunció á Laborde de Méréville, tesorero á la sazon, fundándose en la asercion de que el tesoro real no se sostenia mas que con las ganancias que la corte tenia en el comercio de los

granos. El interes que tomó en este negocio lo hubiera llevado muy adelante; pero no sabía que Laborde era tambien uno de los amigos íntimos de Orléans. Se apresuraron á noticiarle que el príncipe tenia poderosas razones para que no se turbase al tesorero en su posesion. Entónces Lecoigneux retiró su denuncia y calló.

Otros consejeros jóvenes del partido de Lecoigneux llevados del deseo de comprometer á la corte, salieron á la palestra é importunaron al parlamento, hasta que obtuvieron que tomaria conocimiento del manejo que se hacía sobre los granos. Cediendo el parlamento á sus ruegos importunos, hizo comparecer con estrépito á los molineros de Corbeil. Esta cita puso á todos en expectativa, creyendo que iban á saber el gran secreto de los monopolistas, pero no fué así. Preguntados los molineros como si fueran unos criminales, concluyeron el interrogatorio con un acuerdo que transferia la delibera-

cion para de allí á ocho dias. Pero ni el acuerdo se executó, ni hubo lugar á la deliberacion. Así es como en este desgraciado negocio de los granos, cada vez que se acercaban á encontrar el hilo de la trama, se desanimaban temiendo saber demasiado.

Esta conducta del parlamento lo expuso mas que nunca á las calumnias de Orléans. Los libelistas del príncipe publicaron, que si este tribunal no daba curso alguno á la denuncia hecha por los tahoneros, á la de Lecoigneux, ni á las relaciones de los molineros de Corbeil, sería porque la mayor parte de sus miembros eran los autores del proyecto de hambre que se executaba.

Entre todas las acusaciones que se hicieron al parlamento, la que quizá estaba fundada en justicia era la de no haber conducido mejor la causa del estanco de los granos: debió haberse tomado con calor, y llevado la antorcha de la justicia á las tinieblas en que se envolvian los monopolistas y con-

ducido estas informaciones criminales hasta el mismo Orléans, entónces su publicidad hubiera disipado la ceguedad del pueblo, y un decreto de prision contra este príncipe hubiera salvado á toda la Francia.

Aun hay mas, y es, que varios magistrados del parlamento habian adquirido un conocimiento perfecto del origen de esta intriga; pero el temor de la venganza que podia tomar Orléans, el deseo de no aumentar las turbulencias, el sentimiento secreto y tiránico que nos impele á anteponer sobre todo nuestro reposo, nuestra vida y propiedades, este sentimiento que jamas se confiesa, pero que nunca se desprende del corazon humano, esto es lo que obligó á los magistrados á esperar del tiempo solo lo que jamas ha producido, y que no debian esperar sino del cumplimiento de sus deberes y de la espada de la justicia. Quando se suscitan trastornos y revoluciones, la pusilanimidad en los que obtienen los empleos mas eleva-

dos, redobla la fuerza y la energía de los facciosos.

Queda visto por los detalles que han servido de materia para este libro que la horrible trama que habia urdido Orléans y la disposicion en que se encontraban que pudieron quitarle la máscara, le dexaron dueño de continuar impunemente el curso de sus venganzas y asesinatos: así es que el número de delitos que cometió es incalculable, y nada mas espantoso que la facilidad con que los executó. El cielo solo ha podido contenerlo en su carrera. Entre estos atentados los hay ocultos, que no se sabrán nunca. Entre los otros me limito (para no aumentar la historia) á aquellos que tienen algun enlace con el objeto de su conjuracion. Es menester no olvidar que se proponia el asesinato del rey y de la familia real, y su elevacion al trono. Este deseo segundo estaba subordinado al primero, porque la venganza aun mas que la ambicion habia tomado posesion en el corazon de este exécrable conspirador.

LIBRO QUARTO.

Luis XVI dá un paso ácia la reconciliacion con el duque de Orléans. Nuevos esfuerzos de éste para aumentar su popularidad; sus manejos; suceso que tuvieron entre los electores, y despues con los diputados de la nobleza. La corte rompe de nuevo con él. Ultimo clamor de los príncipes de la sangre. Matanza horrible mandada por Orléans, y sospechas que se levantan contra él. Intrigas para afligir con el hambre á la ciudad de París. Nueva conspiracion de Orléans.

No podia evitar Orléans que sus manejos dexasen de ser conocidos en la corte; pero era tal el desprecio que de él se hacia, que nunca se pensó que pudiese atentar contra la familia real. Entretanto Necker, sabiendo muy bien que dependia del

príncipe privar á la nacion del alimento de primera necesidad, creyó debia reducirlo á que no lo hiciese. Empeñó al rey para que se aproximase á Orléans, haciéndole tales proposiciones, que la esperanza de su cumplimiento le pusiese en la necesidad de prometer todo lo que se exigiera de él. Luis XVI se adhirió á este consejo, y ofreció á Orléans estrechar mas los nudos de la sangre. En vista de esta oferta la princesa hija del duque de Orleans, que acababa entónces de cumplir doce años, se desposaria con el duque de Angulema, hijo mayor del conde d'Artois, y á la sazon de solos catorce años. El duque de Orléans aparentó aceptar esta proposicion con alegría. Era entónces el mes de marzo de 1788, y se decidió que el casamiento se concluiria el mes de setiembre siguiente; que despues de la celebracion, la princesa se retiraria al convento de Belle-Chase, y que hasta cumplir los quince ó diez y seis años

*

no se unirian los dos esposos. El duque de Orléans prometió dar á su hija el dia del desposorio cuatrocientas mil libras de renta, y el de la union otras seiscientas mil independiente de la parte que la cupiese en su herencia.

Luis XVI prometió ademas negociar con el rey de Nápoles una boda entre el duque de Chartres, hijo mayor de Orléans que tenia quince años, con una de sus hijas. Le hizo comprender ademas, que, segun las relaciones amistosas que tenia con el rey de las dos Sicilias, podia asegurar que este enlace tendria efecto.

Nada en la apariencia parecia mas ventajoso para el duque de Orléans; y es de creer que si esta doble alianza se hubiera con efecto realizado, la rama de Orléans reuniéndose á dos familias soberanas, hubiera confundido sus intereses con los de estas dos casas, y que los diversos partidos que se suscitaron con los estados generales, hubieran perdido la esperanza de encontrar un gefe

entre los Borbones. No pudieron reducir á Orléans estos testimonios de confianza y de bondad con que le colmó Luis en esta ocasion. La reflexîon lo hizo indiferente á las ventajas que le habian propuesto; y creyendo haber llevado las cosas al punto que la corona no podia escapársele, se dixo á sí mismo que el ser rey era serlo todo, y que quando estuviese sentado en el trono haria eleccion de alianzas mas brillantes. Así que volvió á sus detestables proyectos y continuó engolfándose en el crímen, haciendo ningun caso de la palabra que habia dado al rey.

Toda la Francia estaba en movimiento por la eleccion de sus diputados para los estados generales. Orléans aprovechó el instante en que iba á reunirse en asambleas primarias para fijar sobre él, aún mas que lo habia hecho hasta entónces, los ojos del estado llano. Envió á todos sus bayliages órdenes cometidas á sus oficiales para que se tratase en las

asambleas con la mayor consideracion al estado llano y al bajo pueblo. Hizo ademas una cosa que le grangeó el amor de los aldeanos: anunció que renunciaba en toda la extension de sus dominios la regalía de los sotos, y que cada uno podia cazar sobre su territorio. El abandono de un privilegio, del qual eran muy celosos los príncipes y grandes propietarios, y la certeza de no ver en adelante sus campos desolados por la caza, causaron en todas las tierras de la dependencia del príncipe una alegría que llegó hasta el estremo.

No se contentó con esto: fundó en todos sus estados academias y hospicios, y repartió algunas liberalidades que los diaristas tuvieron buen cuidado de abultarlas. Pero lo que acabó de ganarle los corazones, fué un escrito que baxo su nombre manifestaba el mayor aprecio al estado llano. Este escrito era un plan de instrucciones que se habia de repartir en sus bayliages á los diputados

que fuesen á los estados generales; les prescribia en él la peticion de todo lo que en aquel entonces era el objeto de los deseos del estado llano; la reparticion igual de los impuestos; la supresion de las alcaydías y de todo privilegio pecuniario; la reunion periódica de las asambleas nacionales; y otros artículos semejantes. Entre éstos habia uno á la verdad muy estraordinario porque los ánimos no se habian preparado para recibir esta novedad, en el qual se trataba de compeler á los estados generales á que introduvesen el divorcio en Francia. La religion católica era en aquella época la dominante, y todos saben que la indisolubilidad del nudo sagrado del matrimonio es uno de los puntos de la creencia de los católicos; así es que en ninguno de los estados en que esta religion domina es permitido el divorcio; luego anunciar el deseo de introducirlo en Francia, era lo mismo que pretender innovar la religion.

Las personas sensatas miraron este artículo como una extravagancia digna de compasion, y ningun católico se detuvo á rebatirlo; pero era una consecuencia de los principios sobre la que discurria el príncipe, y que daba á entender el partido que seguiria si se elevaba á la autoridad suprema. No se engañaron los calvinistas sobre sus verdaderas miras; así es que no disimularon la alegría que les causaba semejante artículo. Se tiraron millares de exemplares de estas instrucciones de que inundaron la capital y las provincias, ademas de los elogios enfáticos que se hicieron de ellas en todos los diarios, y que produxeron en el público un verdadero frenesí; pues no podia presentarse á él el príncipe sin que le llenasen de aplausos. Ni la presencia de Tito, ni la de Enrique IV excitaron jamas tales transportes de alegría.

Habiéndose dexado ver algunos dias despues de la publicacion de este escrito en el teatro de la comedia

italiana, no pudieron continuar el expectáculo porque los aplausos no cesaron de ser continuos.... Actores y expectadores.... todos estaban absortos, y para esplicarme así, borrachos de idolatría. La misma escena y los mismos transportes de delirio se repitieron en un paseo que los parisienses hacian en Long-Champs durante la semana santa. Habiéndose presentado Orléans con toda su familia á la adoracion de la multitud, la vió prosternarse á sus pies y colmarlo de bendiciones.

Sin embargo con un poco de reflexion, y prescindiendo del menosprecio que merecia la introduccion del divorcio entre los católicos, debió parecer á todos sumamente indecente que un príncipe á quien las virtudes y gracias de una esposa, que no le daba el menor disgusto en la union que habian contraido, se hubiese atrevido á publicar semejante deseo. Todos atribuyeron este escrito á Syeyes, porque se veia en él su es-

tilo y principios, á pesar de ser un sacerdote de la iglesia romana. Es verdad que Syeyes despues de la muerte de Orléans negó era suya la redaccion de aquel papel; pero se le hubiera dado mas crédito si lo hubiera hecho en vida de este príncipe, y en el momento en que el público le atribuía esta produccion. Enviándole Orléans á sus bayliages, le acom- acompaño de la otra obra que tenia por título: *¿Qué es el estado llano?* Notaré al paso que el príncipe, negado despues por Syeyes, manifestaba por éste una profunda estimacion; y en un escrito que estractaré mas adelante se verá la alabanza hiperbolica que le daba *de ser el mas fuerte de los publicistas franceses* (1).

Era imposible que haciendo Orléans con tanto aparato todo lo que creía propio para convencer á la nacion de que no deseaba mas que el bien público, no fuese notado en las

(1) Exposée de la conduite de M. le due d'Orléans.

asambleas de los bayliages. Dos de éstas le nombraron por su diputado, y él aceptó la diputacion de Villers-Cotteret. Todo parecia haberse acabado allí segun sus ideas: electo diputado, y habiendo subscrito á su nombramiento, no tenia ninguna parte que tomar en los movimientos que se excitaban en las elecciones. No se introduxo menos en la asamblea de la nobleza de París, á la que habian designado la iglesia del Oratorio por lugar de sus sesiones: sus cumplidos, su afabilidad y sus promesas le hicieron partidarios, y supo inspirar á la asamblea tal confianza, que le nombró elector.

En la asamblea electoral las intrigas de Orléans tuvieron aun un éxito mas feliz: manejó de tal modo sus votos, que recayeron sobre los nobles que le estaban adictos entónces, ó á lo menos que eran enemigos de la corte. Los diputados de la nobleza fueron, el conde de Clermont-Tonnerre, el conde de Lally-Tollen-

dal, el duque de la Rochefoucault (1), el marques de Montesquiou, el conde de Rochechouart, el conde de Lusignan, Duport consejero del parlamento, Dionis du Séjour consejero del parlamento, Lepelletier de Saint-Fargeau (2) presidente del de Mortier, y el marques de Mirepoix.

De estos diez nobles el último solo quedó unido á la causa de los realistas, y los ocho primeros precedieron en los estados generales á los desertores de su clase, reuniéndose á los *comunes* antes que Orléans.

(1) Luis Alexandro, duque de la Rochefoucault y par de Francia, miembro de la asamblea de los notables, se adhirió en ella á la mayor parte de las ideas políticas que presentó la asamblea constituyente, de la que tambien fué individuo. Envuelto constantemente en las agitaciones políticas, fué al fin perseguido por el odio de sus enemigos, y muerto á manos de los asesinos que salieron de París en su busca el 14 de septiembre de 1792 entre los brazos de su esposa, y de su madre nonagenaria.

(2) Luis Miguel Lepelletier Saint-Fargeau nació en París en 29 de mayo de 1760 de una familia distinguida en la magistratura.

Tan diligentes fueron en cumplir los empeños que habian contraido con él: Clermont-Tonnerre y Lally-Tollendal no tardaron en arrepentirse de este paso y en abandonar la faccion del príncipe; pero le permanecieron adictos durante la asamblea electoral y hasta el 22 de julio de 1789. La Rochefoucault, Rochechouart, Lusignan, Dionisio du Séjour votaron constantemente durante la permanencia de la primera asamblea nacional como votaba el partido de Orléans. Montesquiou se entregó abiertamente al partido del príncipe, y Saint-Fargeau, le permaneció fiel hasta el último momento de su vida.

Pero la mayor prueba que la mayoría de los electores estaba servilmente adherida á Orléans es, que le nombraron su representante en los estados generales, aunque ya lo habia sido por dos bayliages: ¡adulacion impúdica y chocarrera! Orléans les dió gracias, y no pudiendo retener dos diputaciones rehusó la de la nobleza de París.

La corte á vista del crédito que cada dia adquiria Orleans, pareció despertar de su letargo, y empezó á temer de la influencia que tendria en los estados generales. Era natural que para balancear esta influencia hubiera debido introducir á los demas príncipes de la sangre en la primera asamblea nacional; pero no sucedió así. Por una conducta incomprensible el rey les manifestó que seria de su desagrado verlos en el numero de los diputados de la asamblea general, y ellos obedecieron. De este modo quedó libre el campo al duque de Orleans, y se halló en los estados generales sin compañero que pudiese hacerle contrapeso en los recursos que encontraba en sí mismo; y aquellos que tenian un interes el mas poderoso para alejarle del trono y retenerlo en el puesto que le señalaba su nacimiento, parecian al contrario trabajar por sí mismos en allanarle el camino para llegar á él.

El efecto solo que produxeron las

sospechas que la corte empezaba á tener de sus miras ulteriores, fué el de hacerle perder irrevocablemente la benevolencia del rey. Le notificaron que no pensase en el doble enlace de su hija con el duque de Angulema, y de su hijo mayor con una princesa de Napoles. Ademas el conde d'Artois rompió enteramente con él. Desde este momento el odio de Orléans se mudó en furor; juró de nuevo no perdonar ningun crímen para satisfacer su venganza. Este deseo y el delirio de la ambicion acabó de despojar su alma de todo sentimiento humano, y se revistió del instinto de un tígre.

Desde esta época los calumniadores asalariados por él redoblaron su desvergüenza y descaro para ultrajar á la reyna no ya por escrito como hasta entónces, sino de viva voz en el parque de Saint-Cloud, y algunos dias despues en el teatro de la comedia italiana. Los folletos se multiplicaron con la mayor insolencia y desenfreno

No puedo menos de citar aquí uno de estos escritos para dar una idea del zelo con que desde entónces predicaban el asesinato, y la solicitud con que trabajaban en desacreditar para con el pueblo á los hombres de que creían no tener ya necesidad alguna, y en vituperar á aquellos que podian oponerse á las miras de Orléans.

El escrito de que habló contenia en todas sus páginas y con letras mayusculas este infernal y sacrílego deseo: *per evangelica dicta deleantur carnifices, magistratus, et nobilitas. Amen* (1). "La Bretaña, el Franco-Condado, y las demas provincias que tienen parlamentos deben estar sobre sí, y espiar sin cesar los pasos de los *golillas* y de los *plebeyos*. Debe prestarse al rey, y á su ministro por sus laudables proyectos, una sumision y un reconocimiento sin límites: se debe aborrecer y despreciar muy profunda-

(1) Se titulaba: *La pasion, la muerte y la resurreccion del pueblo*, impreso en Jerusalem.

mente á todos los Conti, los Noir (1), los Cogneux (2), los Freteau (3), y los barrabases d'Eprémesnil. Los ciudadanos de Nantes, de Rennes, de Besançon, merecen ser tratados como traidores á la patria sino *exterminan* á los asesinos y á los esclavos de estos débiles *quemando en una plaza pública sin dilacion toda la golillería y sacrílega nobleza insolente*. En nombre del rey, del conde de Provenza, y de Necker: Así sea."

El parlamento prohibió y mandó quemar este infame libelo de que

(1) Teniente antiguo de policía.

(2) Este es el mismo Lecogneux, consejero del parlamento que tambien habia servido al príncipe; y que tanto por no serle necesario, quanto por lo mucho que sabia de sus proyectos, excitaban contra él los asesinos. Por lo demas Lecogneux murió algun tiempo despues de la instalacion de los estados generales.

(3) Consejero del parlamento. Gozaba una gran reputacion de piedad, y ésta era la causa de temerle; pero probó á los cómplices de Orléans por su conducta ulterior, que se habian engañado mucho con respecto á él.

acabo de hablar. Este género de castigo inútil hacia medio siglo, no grangeó al parlamento mas que sarcasmos, y un acrecentamiento del odio que ya le tenian. Era entónces el tiempo de la quaresma, y luego que se executó esta sentencia las calles se llenaron de gentes que gritaban como energúmenos : *Providencia del parlamento que condena á las llamas la pasion, la muerte y la resurreccion.* Este modo de anunciar el auto pareció chistoso á todos, y hasta los realistas se rieron y mofaron de él.

Sin embargo la cosa no podia ser mas séria para ellos. Los príncipes de la sangre, ora sea porque no creyesen los proyectos de Orléans, ora porque pensasen deber disimular, ó en fin, que le hiciesen incapaz de concebir y mucho ménos executar tales proyectos, no vieron en el trastorno que se adelantaba mas que el peligro de la monarquía ; dieron el último clamor, y depositaron en el seno del rey sus temores. Firmaron y le diri-

gieron un escrito el último en su clase. Lo inserto aquí para que se juzgue si el recelo de los príncipes estaba bien fundado, y si sus predicciones se han cumplido.

"Señor, se prepara una revolucion en los principios del gobierno emanada de la fermentacion de los espíritus. Las instituciones sagradas, por las quales esta monarquía ha prosperado durante tantos siglos, se han convertido en cuestiones problemáticas y aun declamadas como injustas.

»Los escritos que se han publicado durante la asamblea de los notables; las memorias que han sido remitidas á los príncipes infrascriptos; las peticiones formadas por las provincias, ciudades ó cuerpos; el objeto y el estilo de estas peticiones y memorias; todo anuncia, todo prueba un sistema de insubordinacion meditado, y el desprecio de las leyes del estado. Todo autor se erige en legislador: la elocuencia, ó el arte de escribir aun sin estudio, sin experiencia y sin co-

nocimientos, parecen títulos suficientes para arreglar la constitucion de los imperios: qualquiera que produce una proposicion atrevida, ó el que propone innovar las leyes, está cierto de tener lectores y partidarios.

„Tal es el desgraciado progreso de esta efervescencia, que las opiniones que habrian parecido hace poco tiempo las mas reprensibles, se tienen hoy por razonables y justas; y esto, de que se indignan en el dia las gentes sensatas, pasará quizá de aquí á poco tiempo como regular y legítimo. ¿Quién puede decir en qué parará esta temeridad de opiniones? Los derechos del trono se han puesto en cuestion; los de las dos primeras clases del estado dividen las opiniones; en breve *los derechos de propiedad serán atacados, y la desigualdad de fortuna será presentada como un objeto de reforma.* Ya han denunciado la supresion de los derechos feudales como la abolicion de un sistema de opresion y resto de la barbárie.

„De estos sistemas nuevos, de este proyecto de querer mudar las leyes y los derechos, es de donde ha emanado la pretension que han anunciado algunos cuerpos del estado llano de obtener para esta clase dos votos en los estados generales, mientras que las dos primeras clases continuarán con uno solo como hasta aquí.

„Los príncipes infrascriptos no repetirán lo que muchos tribunales han expuesto, esto es, la injusticia y el peligro de una innovacion en la creacion de los estados generales ó en la forma de convocarlos, la multitud de pretensiones que resultarán, la facilidad si los votos se contasen por individuos y sin distincion de clases, la de comprometer por la seduccion de alguno de los miembros del estado llano los intereses de este órden mejor defendido en la constitucion actual, la destruccion del equilibrio tan sabiamente establecido entre las tres clases y de sus independencias respectivas.

„Ya se ha manifestado á V. M. quán importante es conservar la forma sola de los estados generales que sea mas constitucional, la consagrada por las leyes y por los usos, la distincion de las clases, el derecho de deliberar separadamente, y la igualdad de los votos; bases inalterables de la monarquía francesa.....

„Estos principios han sido suficientemente exâminados, y su demostracion parece llevarlos al último grado de evidencia. No les queda á dos príncipes infrascriptos mas que juntar la expresion de los sentimientos que les dicta su adhesion al estado y á V. M.

„No pueden disimular el temor que les inspira para la monarquía el éxito de la pretension del estado llano, y las funestas consecuencias de la revolucion propuesta en la constitucion de los estados; presienten un triste porvenir; ven á cada uno convertido en rey, mudando segun sus miras ó afecciones el derecho de

la nacion ; un rey supersticioso dando al clero muchos votos, prodigándolos á la nobleza que le hubiera seguido en los combates: el estado llano que en este momento hubiere obtenido una superioridad de votos, castigado de sus sucesos por estas variaciones ; cada órden , segun los tiempos, opresor ú oprimido; la constitucion corrompida y vacilante , la nacion siempre dividida , y por consiguiente siempre débil y desgraciada.

„Pero aun hay desdichas mas temibles. En un reyno en el que por mucho tiempo há no han exîstido disensiones civiles , se pronuncia con sentimiento general la palabra division : por lo mismo sería conveniente esperar este resultado, y ver si los derechos de las dos primeras clases sufrian alguna alteracion. Entónces el uno de estos dos órdenes, ó quizá los dos, podrian desconocer los estados generales , y rehusarse á confirmar su degradacion presentándose en la asamblea.

»¿Quién puede dudar que se veria un gran número de hidalgos atacar la legalidad de los estados generales, hacer protestaciones, obligar á registrarlas en el parlamento, y aun significarlas á la asamblea de los estados? Desde entónces para una parte de la nacion, lo que se acordaria en esta asamblea, no tendria la fuerza de un voto nacional. Y ¿qué confianza no tendrian en el espíritu de los pueblos unas protestas que se dirigian á dispensarlos del pago de los impuestos consentidos en los estados? Así es que esta asamblea tan deseada y necesaria no seria mas que un manantial de agitaciones y de desórdenes.

»Mas aun quando V.M. no experimentase ningun obstáculo en la execucion de sus voluntades, ¿su alma noble, justa y sensible podria determinarse á humillar y sacrificar á esta valiente antigua y respetable nobleza que ha derramado tanta sangre por la pátria y por los reyes, que

colocó á Hugo Capet sobre el trono, que arrancó el cetro de las manos de los ingleses para volverselo á Cárlos VII, y que supo consolidar la corona sobre la cabeza del autor de la rama reynante? Hablando por la nobleza los príncipes de vuestra sangre hablan por sí mismos; ni pueden olvidar que componen una parte de este cuerpo del que no deben ser distinguidos, y que su primer título es el de hidalgos: Enrique IV lo dixo, y se complacen en repetir las expresiones de estos nobles sentimientos.

„Cese pues el estado llano de atacar los derechos de los dos primeros órdenes; derechos, que no son menos antiguos que la monarquía, y deben ser tan inalterables como su constitucion: que se limite á pedir la moderacion de los impuestos con que puedan estar recargados: entónces las dos primeras clases reconociendo la tercera conciudadanos apreciables, podrán por la generosidad de sus sentimientos renunciar á las prerrogati-

vas que tienen por objeto un interes pecuniario, y consentir en soportar con la mas perfecta igualdad las contribuciones y cargas públicas. Los príncipes infrascriptos ofrecen dar el exemplo de todos los sacrificios que puedan contribuir al bien del estado, y acimentar la union de las clases que le componen.

»Si se realizan los pensamientos del estado llano, el resultado será la infraccion de los derechos del clero y de la nobleza, y el fruto de la confusion de los órdenes. Por una continuacion de leyes generales que rigen todas las constituciones políticas, sería menester que la monarquía francesa degenerase en déspota ó se hiciese una democracia; dos generos de revolucion opuestos, pero ámbos funestos. Contra el despotismo la nacion tiene dos barreras, los intereses de V. M y sus principios; y V. M. puede estar seguro de que los verdaderos franceses se opondrán siempre á un gobierno inconciliable con la

extension del estado, el número de sus habitantes, el carácter nacional, y los sentimientos innatos que en todos tiempos los han ligado á ellos y á sus padres á la idea de un soberano como á la de un bienhechor.

„Los príncipes infrascriptos no pretenden llevar mas léjos estas reflexiones; no han hablado sino con el mas profundo sentimiento de las desgracias de que el estado está amenazado, y se ocuparán con mas satisfaccion en su remedio.

„Elevándose V. M. por sus virtudes sobre las miras ordinarias de los soberanos celosos y ambiciosos de poder, ha hecho á sus vasallos concesiones que no pedian, y los ha llamado al exercicio de derechos cuyo uso y memoria habian perdido. Este gran acto de justicia impone nuevas obligaciones á la nacion, y no debe rehusar entregarse á un rey que se ha ligado enteramente á ella. Las contribuciones del estado sancionadas por la voluntad pública deben llevarse con

menos disgusto ; el poder real mas moderado , y de consiguiente mas oportuno y paternal , debe hallar celosos defensores en los magistrados, quienes en los tiempos mas arduos han sido siempre el apoyo del trono, y que saben que los derechos de los reyes y de la patria son unos mismos á los ojos del buen ciudadano.

»Aun se mostrará con energía aquel sentimiento generoso que ha distinguido siempre á los franceses , este amor por la persona del rey , este sentimiento que en todas las monarquías es uno de los resortes del gobierno y se confunde con el patriotismo ; esta pasion , este entusiasmo que entre nosotros ha producido tantas acciones heróycas y sublimes, tantos esfuerzos y sacrificios que no hubieran podido exîgir las leyes.

»Los príncipes infrascriptos se complacen en hablar á V. M. con el lenguage del sentimiento y de la verdad , el único con que siempre deben hablar á su soberano. Sí Señor , todos vuestros

vasallos ven en V. M. un padre ; pero toca mas particularmente á los príncipes de vuestra sangre daros este título: V. M. ha manifestado á cada uno de ellos sus sentimientos, y el reconocimiento mismo les inspira las instancias que hacen cerca de V. M. Dignaos, Señor, escuchad el voto de vuestros hijos dictado por el interes mas tierno y respetuoso, por el deseo de la tranquilidad pública y de la conservacion de un rey el mas digno de ser amado y obedecido, puesto que no quiere mas que la felicidad de su vasallos. = Firmado. = Cárlos Felipe Luis Jose de Borbon. = Luis Enrique Jose de Borbon. = Luis Antonio Enrique de Borbon. = Luis Francisco Jose de Borbon. =

Monsieur, hermano del rey, no se sabe por qué rehusó firmar esta memoria. En quanto á Orléans, ni aun se la presentaron. Los príncipes estaban muy bien instruidos de la parte que tenian en la fermentacion actual, para mezclar con sus nombres

el del enemigo de su casa. No se le dió mucho cuidado de esta nueva señal de desprecio, porque redundó en favor suyo respecto á que el pueblo creyó habia dicho á los príncipes era mas fácil darle la muerte, que hacerle firmar un escrito contrario á las pretensiones del estado llano. Esta exposicion aumentó su crédito en la tercera clase, y acabó de perder á los príncipes que la firmaron en la opinion de este órden. Se excitó desde este instante tal aborrecimiento contra ellos, que sus criados no se atrevieron á presentarse en público con la librea de sus amos. Lo que sobre todo debió afligirlos mas fué que el rey no recibió con gusto como se prometian esta reclamacion; por el contrario la admitió de un modo que les dió á entender debia ser la última.

Año de 1789. Viéndose Orléans dueño de los corazones de la multitud, creyó que habia llegado el instante de dar un gran golpe. Se resolvió en su consejo revolucionario po-

ner á la capital en tal confusion, y hacer correr por las calles tanta sangre, que la corte abandonase el reyno y los parisienses viniesen por sí mismos á echarse en los brazos del príncipe. Eligieron el lúnes 27 de abril para el dia de la execucion. Diré al paso que las grandes insurrecciones de los primeros años de estos movimientos se promovieron generalmente en lúnes. Orléans habia elegido este dia porque se aprovechaba de la víspera que estaba dedicada al reposo para esparcir sus emisarios en las tabernas. Allí se adoctrinaba á los menestrales y al pueblo baxo, y se les repartia el jornal del dia siguiente. Diré aun que este mismo lúnes era un dia notable por haberlo fixado el rey para la instalacion de los estados generales. Sin embargo, como en este dia no habia aun bastantes diputados en Versalles, la primera sesion se señaló para el 4 de mayo siguiente.

El consejo revolucionario de Orléans aceleró el golpe que se habia

propuesto dar el principe el 27. Los alborotos, motines y desórdenes parciales, hicieron poner sobre las armas dia y noche á la guardia de París y á los dos regimientos de suizos y guardias francesas. Tanto para hacer descansar á estos tres cuerpos como para intimidar á los amotinados, la corte hizo venir dos regimientos, uno de dragones y otro de caballería ligera. El mismo consejo ademas habia tomado la precaucion de hacer llegar algunos dias antes por todas las trincheras de París nubes de bandidos, á quienes los conjurados habian dado por armas gruesos y nudosos garrotes, y por uniforme un vestido andrajoso. Se les habia mandado ademas desfigurarse la cara de un modo horroroso á fin de que fuesen objetos de espanto para los parisienses.

Tomadas estas medidas, todos los oradores se pusieron en movimiento gritando en los jardines públicos, en las plazas y en las encrucijadas de las calles: "que la corte sentia profun-

damente haber convocado los estados generales; pero que para inutilizar su instalacion hacia venir de las provincias, y pagaba en la capital miserables que impelia á cometer desórdenes con el objeto de tener pretesto para traer un exército numeroso á París." "Ella se servirá, concluían, de »este exército para hacer regresar á »sus provincias á los diputados que »han llegado; y si los parisienses pri»vados de sus estados generales se »atreven á murmurar, el cañon y las »bayonetas exterminará aquellos que »el hambre haya respetado."

Los conjurados comprendieron que sus gentes necesitaban otras armas que los garrotes, y para ocurrir á ello, hicieron una compra de puñales en Italia que metidos en toneles llegaron felizmente á Marsella, y desde ésta á los baluartes del norte de París; pero aquí los toneles fueron detenidos y registrados por la policía. Para que nadie pudiese dudar de este extraño descubrimiento, quedaron

expuestos por algunos dias á la vista del público. Esto hacia sospechar que los facinerosos meditaban alguna carnicería: los oradores orleanistas volvieron estas conjeturas contra la corte misma, diciendo, que esta era una de sus astucias para hacer creer que la tranquilidad pública estaba amenazada, y con este pretesto rodearse de una gran fuerza.

En la nueva escena que iba abrirse, Orléans se propuso vengarse principalmente de Réveillon, y de Henrriot, que no habian querido prestarse á sus miras sediciosas, y obligar á los parisienses á que se armasen. Este último punto le importaba singularmente por que no tenia la certeza de poder corromper las tropas que la corte hacia venir. Estando seguro de los corazones de los habitantes de París, pensaba que quando estuviesen armados, los podria oponer con éxito á las tropas de línea. En fin no dudaba de que los mercaderes y los vecinos propietarios tomasen con efecto

las armas quando viesen entregadas al pillage las casas de estos dos ricos particulares, sin que ni las autoridades ni la fuerza armada pudiesen impedir aquellos robos.

Quando todo estaba así concertado, hicieron jugar en la mañana del 27 el número de salteros de agua necesarios para indicar que el quartel del sur de París debia insurreccionarse: el príncipe dispuso para el dia siguiente 28 una corrida de caballos en Vincenne; y sus agentes en las plazas públicas, en los mercados, y en los cafés, decian misteriosamente al oido de los que querian escucharlos, que los príncipes que habian firmado la memoria sobre el clero, la nobleza y los parlamentos, querian destruir los estados generales en su nacimiento; que la ciudad iba á ser despoblada por el hambre, y que la corte hacia venir un exército formidable que la haria dueña de los diputados y de los parisienses.

Estas insinuaciones terribles pusie-

ron á todos en la expectativa de un suceso desastroso. Sin embargo la mañana se pasó sin movimiento alguno; pero de repente á las tres de la tarde unos bandidos mal vestidos de una figura espantosa, y armados de garrotes, se esparcen por las calles llevando en medio de ellos un *maniquí*, que como lo decia el letrero que le habian colgado al pecho, representaba á Réveillon. Los alaridos, las blasfemias de estos miserables, que eran en bastante número, y las amenazas que hicieron de saquear al otro dia las harinas y granos, difundieron tal temor y sobresalto que inmediatamente todos los mercaderes atrancaron sus puertas.

Sin embargo como era necesario un pretexto para esta sedicion, gritaba esta gentuza á las personas que encontraban: ¿*Viviréis bien con quince sueldos por dia*? ¿*Nos creeréis bastante felices con pagar el pan á tres sueldos y medio la libra*? (1) Querian

(1) Quejábanse de este precio, y en 1800

dar á entender con esto que Réveillon habia dicho que los operarios podian vivir muy bien con quince sueldos diarios, y que eran dichosos con que no les costase el pan mas que á tres sueldos y medio la libra.

Habiendo vagueado algun tiempo por las calles, se detuvieron en la plaza real, en donde leyeron un decreto supuesto del estado llano que condenaba á Réveillon á ser ahorcado en estátua. De allí se trasladaron á la plaza de Grêve en donde ahorcaron con efecto el *maniquí*. Se dispersaron en seguida despues de haberse convenido en una seña de reunion, y fueron á pasar lo restante de la noche en los bodegones para embriagarse.

Toda la ciudad despues de haber cesado este tumulto se puso en movimiento: los vecinos de Paris temiendo que les faltase el pan al dia si-

pagaban el de diez, diez y ocho, veinte, y veinte y cinco francos la libra ¡y qué pan! En Clermont ciudad del Beauvoisis, llegó á valer el saco de harina diez mil francos.

guiente, se apresuraron á recoger en las tahonas todo el que encontraron; de suerte que al otro dia con efecto muchas familias no lo tuvieron por haber tomado los primeros que llegaron mucho mas de lo que necesitaban.

Réveillon por quien se hacia todo este ruido era elector del estado llano de París, y se hallaba en la asamblea quando estalló esta sedicion. La pintura que le hicieron no le dexó la menor duda de que sus propiedades y su vida estaban amenazadas. Corrió en casa del teniente de Policía, desde allí á la del coronel de las guardias francesas para pedirles un socorro que protegiese su domicilio. Le concedieron un destacamento de algunos hombres para guardar el interior y las entradas de su casa. Se construyeron ademas á cada estremo de la calle un fuerte terraplen defendido por dentro y por fuera de soldados, para evitar que forzasen la casa. Tranquilizado Réveillon con estas precauciones, permaneció sosega-

damente en ella con su familia, y no pensó siquiera en extraer sus efectos y halajas mas preciosas. En quanto á Henrriot cuya casa estaba en el mismo arrabal que la de Réveillon, no habiendo pronunciado los facinerosos ni aun su nombre, estaba bien léjos de concebir ningun temor.

Al otro dia por la mañana todos los malhechores salieron de sus cabernas, se esparcieron en las manufacturas y en los talleres, y obligaron á los trabajadores á que les siguiesen. Este modo de aumentar una tropa de sediciosos imaginada por Orléans se ha seguido en todo el curso de la revolucion, de suerte que una cincuentena de amotinados hombres ó mugeres rodeaban á la primera persona que encontraban al paso; dos de los revoltosos la estrechaban fuertemente entre sus brazos, y la llevaban á su pesar sin que ninguno pudiese evadirse: con el auxîlio de este ardid, luego que el tropel llegaba al campo de batalla imponian por su número á

aquellos contra quienes se dirigia.

En esta ocasion aumentado el número de los bandidos con todos los menestrales que habian arrastrado tras sí, se transportaron en el arrabal de S.Antonio amenazando á Réveillon. Llegados cerca de su casa fueron contenidos por la barrera y los soldados que la defendian, de suerte que no pudieron penetrar dentro de aquel parapeto. Parecia que en la imposibilidad de no poder adelantar nada, deberian retirarse, pero no lo hicieron así. Los ayudas de campo de Orléans que los conducian quisieron recibir sin duda sus órdenes antes de tocar la retirada. Habia entre estas gentes muchas mugeres, y como si el número de estas no fuera bastante, algunos hombres se habian disfrazado con este trage, pero se conocian muy bien por su fisonomía y movimientos. Se dixo tambien que habian reconocido á Mirabeau vestido de mendigo, y teniendo como los demas un nudoso garrote en la mano. Aunque este hecho era muy

digno de él, no se puede tener por seguro y cierto.

Mientras que este gentío estaba allí fatigándose en denostar con injurias á los soldados que no les dexaban penetrar en casa de Réveillon, detuvieron en la calle de S. Antonio dos carros cargados de guijarros y de garrotes destinados para armar aquellos sediciosos que no lo estaban. Tambien detuvieron en el puente de S. Pablo una barquilla cargada de semejantes armas y con el mismo destino.

En fin Orléans pareció en el campo de batalla. No podian estrañar que yendo á Vincennes á una corrida de caballos tomase el camino por el arrabal de San Antonio, y que el movimiento que se hacia en la calle de Montreuil, en la que estaba la casa de Réveillon, le hubiese precisado á pararse á su entrada. Se detiene con efecto, desciende del coche, acaricia á aquella turba, la golpea sobre la espalda, les

habla, toma un conocimiento exácto de la situacion en que se hallan las cosas, vuelve á entrar en el coche, y desaparece. Apénas salió, envió á decir á la duquesa su esposa que desearia fuese á reunirse con él en Vincennes. Aunque la princesa no era nunca de las partidas de diversion de su esposo, ni concurria á ninguna de las corridas de caballos, no podia sin embargo mirarse como estraño que hubiese querido asistir á ésta.

La duquesa fué á Vincennes, y habiéndose concluido bien tarde la corrida sin que hubiese tenido cosa mas interesante que la que tienen todas las de esta especie, el duque suplicó á la princesa que entrase en el arrabal de S. Antonio por la calle de Montreuill, y condescendió. Apénas se presentó delante del terraplen que defendia la casa amenazada, quando los soldados por el respeto debido á su clase y que inspiraban sus virtudes, abrieron por sí mismos las puertas de las barreras, á fin de que su

viage no se detuviese. Pero cediendo á este sentimiento de veneracion, dieron paso al gentío. Algun tiempo antes de esta irrupcion, los bandidos fueron precipitadamente á la casa de Henrriot, hicieron volar los muebles por las ventanas, y la pegaron fuego. Henrriot y su familia en medio de su infortunio tuvieron la felicidad de evadirse á tiempo.

Los rateros obraron con mas rabia y furor en casa de Réveillon, se abalanzaron á los muebles mas preciosos, los destruyeron, y en astillas los arrojaron al patio que formaba lo interior de ella, en donde eran devorados por las llamas.

Luego que se supo en la capital esta invasion, hicieron marchar contra los sediciosos á la guardia de á pie y de á caballo, el regimiento real de Croacia, las guardias francesas y suizas; cuerpos respetables y temibles como nunca á los ojos de los parisienses. Esta tropa llevaba consigo algunas piezas de artillería, marcha-

ba en buen órden y sobre sí, como pudiera haber ido al combate mas sangriento.

Quando estas tropas estuvieron en presencia de los sediciosos, los oficiales les intimaron la órden que tenian de repeler la fuerza con la fuerza, y los mandaron retirarse. Esta intimacion les fué reiterada hasta tres veces; y aunque no eran los mas fuertes, puesto que no tenian mas armas que los garrotes, no por eso obedecieron: entónces fué preciso trabar el combate. Los sediciosos fueron los agresores, hicieron llover sobre los soldados una nube de piedras, tejas, pizarras y pedazos de muebles rotos. Las mugeres se arrojaron en medio de las filas, animaban con sus voces y gestos á los amotinados, y se mostraron cien veces mas encarnizadas en el combate que los mismos hombres. Las que podian apoderarse de un chacot ó gorra de granadero, se lo ponian en la cabeza; y las que habian podido con-

quistar un sable, lo vibraban con una alegría feroz.

El real Croacia fué maltratado por la impetuosidad de este primer encuentro: tuvo soldados muertos y oficiales heridos; pero no por esto se dexó llevar del deseo tan natural de usar de repesalias, sino que permaneció impasible. Esta inmobilidad no hizo mas que enardecer á los agresores: los guardias francesas recibieron en voz alta la órden de penetrar en la casa por todas partes, y de no dar quartel á aquellos que no quisiesen retirarse. Este regimiento formó en el patio el quadro, y creyendo que esto bastaba para intimidar á aquellos reboltosos, dispararon algunos tiros al ayre. Estas maniobras que siempre se emplean inútilmente contra una multitud fanática por el vino y la sedicion, no sirvió mas que de exâltar su furor. No teniendo ya mas muebles preciosos que hacer pedazos, intentaron destruir el techo, los suelos, las paredes, y hasta los cimientos mis-

mos.... las puertas, yesones enormes.... todo se arrojaba sobre los soldados: éstos, comprendiendo entónces que la compasion era inútil con semejantes bestias feroces, y que ya se veían obligados á defender su propia vida, hicieron por las quatro frentes del quadro un fuego vivo y sostenido. Este momento fué terrible: los desgraciados caían de los techos, las paredes destilaban sangre, el pavimento estaba cubierto de miembros mutilados y de pedazos de carne, y los gritos lastimeros del dolor se mezclaban con los alaridos lúgubres del furor.

Los sediciosos despues de esta descarga no se mostraron mas ni en los techos ni sobre las ventanas, ni se oyeron los gritos horribles que hasta entónces habian llenado el ayre. Los soldados sospechando que esta retirada silenciosa encerraba algun ardid, penetraron en la casa con bayoneta calada. Allí fué necesario disputar el terreno á palmos, pues hallaron por todas partes una resistencia tan por-

fiada, que no hubo uno solo que no se defendiese como un desesperado hasta el último momento, ni tampoco á quien no fuese necesario cubrir de heridas y reducirle á la imposibilidad de defenderse, para separarlo del lugar que ocupaba y arrojarlo fuera.

Los soldados que penetraron los sótanos, quedaron admirados de un espectáculo que los hizo retroceder de horror: vieron el suelo cubierto de estos infelices. Los unos que se habian embotado de vino ó dormian, ó privados de sentido estaban envueltos en la suciedad: los otros que guiados por su gula se habian hartado de ácidos nitrosos y sulfúricos creyéndolos licores, y de otras drogas envenenadas destinadas para la pintura, espiraban en medio de convulsiones horrorosas que los desfiguraban.

La noche vino â poner fin á este deplorable combate, que de quantos se vieron despues en la série de la revo-

lucion, no dexó de ser uno de los mas encarnizados. La obscuridad y la dificultad que hubo para penetrar en el campo de batalla despues de la accion, no permitió averiguar los hombres que costó á una y otra parte. Sin embargo el cálculo mas justo que por entónces se hizo, fué el de doscientos muertos y trescientos heridos de los rebeldes; y el de las tropas á ochenta heridos, dos de ellos oficiales, y diez soldados muertos.

Entre los amotinados se vieron muchos que desde que uno de los suyos recibia un golpe mortal le ponian en unas parigüelas, le paseaban así por las calles con un ayre triste, y gritaban con una voz lúgubre á los pasageros: *Mirad un defensor de la patria*, CIUDADANOS, *¿con qué lo hemos de enterrar?* Esta es la primera ocasion en que los soldados de Orléans se dieron el nombre de CIUDADANOS.

Todos los rebeldes que fueron heridos, á excepcion de dos ó tres, murieron aquella misma noche. Quando

se les preguntaba : *Desventurados, ¿qué ibais hacer allí?* No habia uno que no contestase: *¿Qué iba hacer allí? Como otros muchos, por ver:* No era posible hacerles decir otra cosa. Jamas ha habido exemplo de tal laconismo ni igual discrecion. Sin embargo como cada uno tenia en la mano una arma de qualquiera especie, se les replicaba: *¿Si tú ibas allí por ver, para qué llevabas esa arma?* Todos tambien daban esta misma respuesta: *Me la encontré en el suelo y la cogí.* A pesar de la generalidad de estas respuestas, atormentado uno con los dolores mas agudos exclamó algunos minutos antes de espirar: *¡Dios mio, Dios mio! merecia ser tratado así por doce francos miserables!* Con efecto, tenia en su faltriquera solos dos escudos de á seis francos : otros que se vieron despues tenian desde doce hasta treinta y seis francos, ni una moneda mas ni una menos. Este dinero se les encontraba en los dos bolsillos ó en el uno solo del chaleco, y muchos lo

tenian envuelto en un papel.

Generalmente hablando todos eran la hez del pueblo; el único que se encontró de alguna distincion fué un tabernero de la calle de S. Anton que tenia bastante crédito y no pasaba por pobre. El infeliz sufria cruelmente con una bala que le habia atravesado un muslo. *No habia ido*, decia, *á la calle de Réveillon si no por ver*; sin embargo quando lo cogieron tenia en la mano un garrote y en su extremidad una hoja de cuchillo ensangrentada, pero como todos los otros habia cogido esta arma en la calle. Se le encontraron en un bolsillo del chaleco seis escudos de á seis libras, y dixo que este dinero era suyo. Pero lo que parece mas singular es, que teniendo en cada faltriquera dos bolsas de dinero que en apariencia habria robado en casa de Henrriot ó de Réveillon, sostuviese que algunos mal intencionados se las habrian introducido en sus bolsillos.

Se notó que todos morian con

algunas apariencias de resignacion, y muchos con una especie de alegría. Las prisiones del Châtelet se llenaron de los que no murieron de resultas de sus heridas. La corte que se acordaba de que el parlamento no habia desplegado el rigor de las leyes contra los incendiarios cogidos en las últimas turbulencias, le quitó el conocimiento de esta causa. Todos los culpados fueron remitidos ante el gran Preboste. Que la corte obrase bien, ó mal, siempre era vituperada por aquellos que tenian interes en desacreditarla. Así es como en esta ocasion los orleanistas declamaron que quitaba la instruccion del proceso al parlamento, porque ella misma era quien habia excitado esta insurreccion; y á dexar el conocimiento al parlamento, tambien hubieran dicho que lo quitaba al gran Preboste, á quien las leyes del reyno atribuían el juicio de esta especie de delitos, porque en aquella época el parlamento estaba adicto á la corte.

*

Los orleanistas no pudieron acreditar esta calumnia, al contrario un ruido sordo pero general acusó al mismo Orléans. Un hidalgo de los electores de la nobleza pidió á la cámara que se informase de lo que acababa de pasar en el arrabal de S. Antonio. "Yo no creo, dixo el marques de la »Queuille, elector por el barrio de los »agustinos, que la cámara deba ocupar»se en estos sucesos; pero sí debe llo»rarlos. No faltan personas cuyas fun»ciones son las de informarse de lo »ocurrido, estas son el parlamento de »París que vela sobre la alta policía, »el ministro, y el teniente de policía; »pero yo creo que los estados genera»les en los que tengo el honor de ser »diputado, se ocuparán en buscar los »autores para hacerlos *castigar*...." A esta palabra *castigar* el duque de Orléans se turbó é interrumpió con viveza al marques de la Queuille, y le gritó: "¡Castigar! cómo? = Por nues»tro honor Monseñor, replicó la Que»uille deben entregarse los culpados á

„la justicia del rey, para que sean „*castigados corporalmente.*" Estas últimas palabras hicieron perder á Orléans toda compostura, se puso descolorido, y salió con precipitacion de la sala.

Esta singular retirada no hizo mas que confirmar las sospechas que se levantaron contra él. Lleno de un verdadero temor publicó en los diarios una apología, en la que confesaba que las sospechas con que le zaherían eran de una especie que le contristaban y conmovian; "pero la verdad no tar„dará en descubrirse, decia, yo sé „quiénes son los verdaderos autores del „motin, en el qual quieren hacerme „cómplice, los conozco y reclamaré „contra ellos la justicia del rey: Los „denunciaré, los presentaré á los es„tados generales para que sean juzga„dos, solicitaré contra ellos la mas ri„gurosa justicia, en fin contraygo un „empeño solemne de imprimir y de „hacer pública mi denuncia."

En esta apología convenia Orléans

haber hablado á los sediciosos el dia que estuvieron reunidos á los alrededores de la casa de Réveillon; pero añadia, que conducido allí por la casualidad no les habia dicho mas que: *Vamos, hijos mios, haya paz; ya tocamos la felicidad.*

El empeño solemne con que acababa esta apología no se verificó nunca; y es muy probable que Orléans no hubiera hecho semejante promesa, que sabia bien no poder cumplir si no hubiera estado convencido de que iba á ser en breve proclamado gefe supremo del estado; no ignoraba que entónces todos sus atentados quedarian impunes y aun legitimados; así que nadie tendria el atrevimiento de pedirle cuenta de ellos.

No obstante del descaro con que hizo este juramento en aquel tiempo, alucinó á algunas personas. Despues, por la rapidez con que los acontecimientos se succedieron, hizo olvidar sus promesas; y quanto mas se abanzaba en la carrera del crímen, tanto

mas la fuerza y terror que inspiraba se aumentaban; de suerte que algunos dias despues nadie quizá le hubiera recordado impunemente la obligacion solemne que habia contraido de denunciar los autores del motin.

Las diligencias del gran Preboste contra los sediciosos puestos en sus manos no le dieron ninguna luz. Henrriot (1) y Réveillon eran los únicos que podian haber ilustrado al público si hubieran tenido valor de decir lo que sabian; pero este ánimo les pareció una imprudencia. No quisieron esponerse segunda vez á la venganza del monstruo que habia desencadenado contra ellos tantas furias infernales.

En la multitud de prisioneros hechos el dia del combate, no hallaron los jueces del Châtelet mas que tres culpados, ó al menos creyeron deber-

(1) Es menester no confundir á este Henrriot con el otro antropófago del mismo nombre que en san Fermin bebió la sangre de los sacerdotes; que despues fué comandante de la guardia cívica de Paris, y por último pereció en el cadalso con Robespierre.

se limitar en el castigo á estos tres individuos solos. Entre ellos se encontró una muger que habiendo dicho estaba en cinta se libró de la muerte; pero el suplicio de los otros dos sentenciados á ella fué una verdadera fiesta para los parisienses. La guardia de París de infantería y de caballería, las guardias francesas, las suizas, un regimiento de dragones y otro de caballería ligera, escoltaron á los dos pacientes desde el Châtelet hasta el arrabal de S. Antonio en donde habian puesto el cadalso. La entrada triunfante de un conquistador en una ciudad tomada por asalto, no es mas pomposa que lo fué la marcha de estos miserables al lugar del suplicio. Sufrieron la muerte sin descubrir ningun cómplice, y sin dar ninguna luz sobre los gefes de la sedicion.

Por este tiempo en las cercanías de París y en las provincias, se representaban con poca diferencia las mismas escenas. Por todas partes producia la escasez de granos estos mo-

vimientos tumultuarios y en todos corria la sangre. Baxo estos funestos auspicios estaban convocados los estados generales. Es indudable se deseaba que sus primeras tareas fuesen señaladas por espantosos desastres. Lo que lo confirma es, que en aquella época se practicaba otro manejo en el qual no se puede asegurar quién tenia mas parte, si Necker ú Orléans. Desde principios de abril los proveedores, molineros, tahoneros y obligados de las carnes recibian continuamente órdenes que les mandaban cesar en sus acopios para la capital desde el 20 de abril hasta el 15 de mayo siguiente firmadas por *Necker*. Aquellos no hacian misterio de ello, y no sabiendo qué pensar, se dirigian al ministro quien negaba haberlas escrito; pero al mismo tiempo no daba ningun paso para aclarar una maniobra de la qual se podia seguir el mayor desórden.

En primero de mayo un hombre que despues dixo llamarse Lequene vestido con la librea de las caballe-

rizas del rey, se presentó en la caja de descuentos con un *pagaré* para percibir cincuenta mil escudos. Este *pagaré* firmado de Necker y de su secretario, fué satisfecho sin la menor dificultad. Quando á su tiempo fué presentado al ministro dixo, que la firma estaba muy bien imitada, pero que no era suya, y que la de su secretario era tambien contrahecha. Se difundió mucho esta aventura, con cuyo motivo se habló tambien de las cartas circulares que corrian en las provincias, y no se dudó de que todo era obra del hombre que habia presentado el *pagaré* de los cincuenta mil escudos en la caja de descuentos. Para convencerse de que esta consecuencia era buena, era menester haber arrestado á este hombre escitando el zelo de los tribunales, tomado informaciones de aquellos que recibian las cartas y del modo con que las adquirian; pero nada de esto se hizo, y Necker que tenia tan grande interes en descubrir los autores de esta trama, que-

dó en una inaccion tan extraordinaria que ni aun mandó buscar á este Lequene, del qual no se ha vuelto á hacer mencion despues. Por lo que, es imposible decir si este hombre trabajaba para sí ó para otro.

Al fin se instalaron los estados generales tan ardientemente pedidos, esperados con tanta impaciencia, y que por un encadenamiento de maquinaciones, de desvaríos y de prevaricaciones no fueron menos funestos á la Francia que al monarca que los habia convocado. Su composicion merece notarse. El órden del clero, que con la nobleza acababan de renunciar á todo privilegio y derecho pecuniario, contaba en ellos quarenta y ocho arzobispos ú obispos, treinta y cinco abades, canónigos y otros eclesiásticos, y doscientos y ocho curas. Lo mismo el de la nobleza, diez y ocho grandes bayliós ó senescales, doscientos veinte y quatro hidalgos y veinte y ocho magistrados de los cuerpos superiores. La nobleza de Bretaña no envió sus diputa-

dos, que debieron ser del número de los veinte y cinco; de suerte que esta clase no tuvo en los estados generales ni aún la mitad de los que habian señalado al estado llano; y como Orléans, miembro de la diputacion de la nobleza, se habia puesto en el pie de acceder á todas las peticiones del estado llano, así como los demas hidalgos que habia adherido á su partida, era claro que este órden debia obtener una victoria completa sobre el segundo. En fin la tercera clase tuvo para representarla en los estados generales dos eclesiásticos, doce hidalgos, diez y seis médicos, diez y ocho corregidores ó cónsules, ciento y sesenta y dos oficiales de bayliages, ú otros empleos inferiores de judicatura, ciento sesenta y seis particulares, negociantes, propietarios y labradores, y doscientos doce abogados.

En la procesion que se hizo la víspera del dia que en los estados generales tuvieron su primera sesion, el duque de Orléans no se colocó al frente de los príncipes de la sangre, sino

que se confundió entre los hidalgos, y se presentó con los diputados nobles de Villers-Cotteret. Su presencia excitó en toda la carrera los transportes mas inconsiderados de alegría : tiraban los sombreros al ayre, daban palmadas, y no cesaban de gritar : *Viva el duque de Orléans.* Embriagado con estos aplausos, se creyó para siempre el ídolo del estado llano. El insensato no conocia la veleidad del pueblo que le prodigaba estos testimonios de amor, y estaba muy léjos de creer que este mismo pueblo haria resonar el ayre de iguales transportes de alegría quando le viese algun dia conducir al cadalso.

Por lo demas, no hubo una ceremonia mas tierna y magestuosa, ni que impusiese tanto respeto como esta procesion, en que lucia lo mas augusto y santo de la religion, la pompa de la corte y la porcion mas selecta de la nacion. Sin embargo las personas que llevaron á esta ceremonia intenciones puras no recibieron

la impresion que se habian prometido. Aquellos clamores ruidosos con que resonaba el ayre al paso del estado llano, admiraban mas que alegraban. El silencio sombrío que guardaban al paso de la nobleza y del clero, los llenaba de una especie de consternacion. El delirio exâgerado que excitaba la presencia de Orléans tenia alguna cosa de siniestro que auguraba un presagio funesto. Quando despues miraban al monarca y su corte, se les oprimia el corazon de dolor y de tristeza, y los ojos se llenaban de lágrimas.

El dia siguiente no fué menos satisfactorio para el duque de Orléans que lo habia sido el anterior. Los diputados fueron llamados á la sesion por bayliages, y habiendo llegado el turno, Villers-Cotteret, el príncipe y un cura, se presentan á un tiempo á la puerta, éste se retira cediendo el paso á Orléans, quien á su vez le hace observar que su calidad de hidalgo no le permite entrar antes que un miembro del clero. Cede el cura,

y entra en la sala antes que el duque de Orléans. Luego que todos los miembros del estado llano que se hallaban ya en la asamblea avistaron al príncipe, se levantaron meneando sus sombreros, y por espacio de un quarto de hora no cesaron de gritar: *Viva el duque de Orléans.*

Colocadas las tres clases segun el uso antiguo de la monarquía francesa, apareció el rey, y á su lado la reyna acompañados de toda su corte. Sentado Luis XVI en el trono y á su izquierda en un sitial mas baxo su esposa, los príncipes, los pares y demas grandeza, se colocaron á derecha é izquierda del rey baxo la primera grada del solio. El monarca mirando á su alrededor y no hallando entre los príncipes al duque de Orléans sino sentado entre los diputados de su bayliage, le rogó se acercase á él, diciéndole: "Me admiro mucho de no „ver cerca de mi persona al primer „príncipe de mi sangre en una cir„cunstancia en la que vuestro deber

„es el de no abandonar al monarca se„parándoos de los príncipes." — "Señor, le respondió Orléans, mi nacimiento me dá siempre el derecho de situarme al lado de V. M.; pero creo que en este momento debo ocupar el sitio que le toca al bayliage que me ha diputado." El rey no insistió; el príncipe volvió entre sus condiputados, y el estado llano tuvo una completa satisfaccion por el abandono que acababa de hacer del título de primer príncipe de la sangre.

No describiré esta primera sesion, ni en general ninguno de los trabajos de las asambleas nacionales, que no tengan conexîon con la historia de la conjuracion de Orléans ó con la de la revolucion que presento.

No tardaron mucho en convencerse de que el estado llano no queria hacer estéril la conquista que habia hecho de la doble representacion. No podian sacar partido ínterin los dos órdenes primeros no viniesen á confundirse en su seno, porque entónces

los votos se recogerian por individuos, y estaba seguro de obtener la victoria por su mayoría con algunos miembros que se le agregasen de las dos clases primeras. El tercer órden contaba con tal seguridad con esta superioridad, que desde la segunda sesion manifestó estrañarse de que se la quisiesen disputar. Al entrar en la sala que le habian destinado se indignó de no encontrar en ella al clero y á la nobleza. Cada una de estas dos clases se habian reunido con efecto en sus salas particulares. Lo que dió motivo á que ya se llamase esto *cisma ó division*: y no podia llamarse otra cosa por que al fin no exîstía aun ninguna ley que les obligase á obedecer al estado llano antes que al rey; pues la víspera habian sido invitados formalmente en nombre de S. M. por Necker á separarse. "La mayoría de las "actas de las clases privilegiadas, les "dixo este ministro, conteniendo el "poder de renunciar á los privilegios "pecuniarios, no se trata mas que de

»reasumir el método de transaccion que »se ha de observar en esta sobredi»cha renuncia. En su consecuencia »S. M. *invita á los privilegiados á »retirarse á sus cámaras* para proce»der *sin dilacion*." Esta era para el clero y la nobleza una necesidad, pues no pudiendo ni por sus deberes ni por sus intereses desobedecer al rey, no podian menos tampoco de *retirarse sin dilacion á sus cámaras respectivas.*

La cosa no se tomó así; una guerra terrible se encendió contra las dos primeras clases del estado; y lo que debia producir necesariamente la desunion, era que esta guerra fué para ellos á un tiempo general é intestina, es decir, que cada uno de estos dos órdenes tuvo que defenderse contra el estado llano, y contra una parte de aquel á que pertenecia. Los curas dividieron en dos partidos la cámara de los eclesiásticos, de los quales el menor numeroso, como debia suceder, era el del alto clero. En la cámara de la nobleza puso Orléans en obra todos

los resortes que le daban sus grandes medios para ganar muchos partidarios para el tercer órden. No disimulaba el deseo que tenia de hacer causa comun en esta clase, á qualquier precio que fuese; contaba con que allí solamente podria encontrar la fuerza que necesitaba para obrar una mudanza en la dinastía.

La franqueza con que confesaba una adhesion que su conducta ademas justificaba bien, puso el colmo á la confianza y al amor que le profesaba el estado llano. El pueblo bajo testificó su alegría por su nombramiento á los estados generales. Las mugeres, los hombres de los mercados, y las gentes bajas de los arrabales se agolparon á su palacio real á mezclar sus gritos de alegría con el ruido del tambor y el son de los pífanos y oboes. En estas ocasiones no se presentaba Orléans á la multitud con estudio, sino que siempre era la casualidad la que le conducia delante de ella: pero una mirada, una sonrisa, algunas pa-

labras dichas al descuido bastaban para mantener y aumentar el entusiasmo de la turba sin comprometerle.

Luego que los estados generales empezaron sus tareas, Orléans repartió su tiempo entre las sesiones de esta asamblea y las de su consejo revolucionario. Se habia desdeñado de presentarse entre los últimos notables; pero fué muy perenne en la cámara de la nobleza, y sirvió la causa del estado llano con el mayor éxito. Este celo provenia de que creyó que iba á recibir al instante la recompensa. Los conjurados de Passy habian formado en Versalles una asociacion que llamaron el *Club Breton*. Los gefes de esta asociacion convinieron en un plan de revolucion, cuyo primer artículo era obligar á los dos órdenes á toda fuerza á reunirse con el tercero. El segundo contenia la inhabilitacion del rey, la muerte de la reyna, fuese por medios en la apariencia legales, ú otro de qualquier modo, que dexase á cubierto

á los conjurados; y en fin la elevacion del duque de Orléans á lugar teniente general del reyno ó á regente.... Como la execucion de semejante conspiracion redundaba toda en su favor, se puede creer tambien que era suyo el honor de la invencion; y entónces es menester concluir que al menos en esta época agitaba á los conjurados mas que nunca.

Era evidente que para disfrutar del beneficio del artículo segundo necesitaba haber obtenido antes el cumplimiento del primero; porque si los tres órdenes permanecian constantemente separados, era imposible por mas arbitrios que discurriesen, que hicieran pronunciar la inhabilitacion del rey. Las disposiciones en que se encontraban la mayor parte de los curas, daba la certeza de que no costaria mucho atraer el clero (1) al estado llano, el qual desde en-

(1) Los primeros que se agregaron fueron le Cesve, cura de Potiers; Ballard, cura de Poyré; y Jallet, cura de Cheriñé.

tónces habia mudado este nombre en el *de los Comunes*. La cámara de la nobleza presentaba mas dificultades. Excepto los diputados de París los demas hidalgos no estaban dispuestos á prestarse á las miras de los conjurados. Las intrigas, las promesas, los halagos y las amenazas los hallaron á todos incorruptibles. Quanto mas se esforzaban por seducirlos, tanto mas se exâltaba su adhesion á la monarquía y á sus principios constitucionales; por manera que degeneraban en una ciega pasion. Ademas es indudable que entre estos nobles hubo hombres perspicaces que adivinaron todas las combinaciones de los facinerosos, de que se servia el genio infernal de Orléans, y no hacian mas que combatir con teson toda maniobra que llevase por objeto confundirlos con los comunes.

Parecia pues indudable que no obtendrian nada de la nobleza, y que este órden sucumbiria á todo antes que unirse al estado llano. En este órden

de cosas Orléans usó de todos los resortes que le suministraba su imaginacion para alterar y dividir esta masa. Hizo saber á todos que convenia el que su clase, sus riquezas, y su desprecio por la corte, hiciesen suponer en él deseos ambiciosos; pero que sus miras eran puras, y que no pedia otra cosa mas que ser puesto á la prueba por aquellos que como él, solo deseaban el bien del estado. Prometió en seguida á los que sabia adolecian de anglomanía que se prestaria al establecimiento de dos cámaras organizadas, como lo están las del parlamento de Inglaterra: esta fué la red en que cayeron Lally-Tolendal y Clermont-Tonnerre, ámbos jóvenes é impacientes por mostrarse á la Europa como dos gefes de partido. A otros aseguró que su deseo mas ardiente era el de ver á un hombre de talento que diese á la Francia una constitucion, la qual pudiese servir de modelo á las demas potencias de la Europa; añadiendo que él pondria sus bienes y

crédito á disposicion de este hombre grande ; y con esto seduxo al duque de la Rochefoucault. A los avaros de riquezas y de dignidades les hizo entrever la necesidad de unirse á él para obrar una revolucion que obligase á substituir nuevas casas, á las que se veían desde tiempo inmemorial disfrutar exclusivamente los favores de la corte : y con este cebo atraxo al conde de Crillon.

En fin á aquellos que ó por conservar un inmenso patrimonio, ó por adquirir dignidades y fortuna estaban próximos á ponerse al lado del partido mas fuerte, Orléans les hizo entender que el trastorno que se preparaba iba á dislocarlo todo, y que él solo quedaria poderoso : esta consideracion convenció á Lepelletier de Saint-Fargeau, y se hizo uno de los cortesanos del príncipe.

Por estos artificios separó Orléans una parte de su cámara de la causa del rey, y no fué la única ventaja que le procuraron. Esta última

conquista y el amor que le tenia casi la mayor parte del estado llano, hicieron creer que su partido era mas poderoso que lo que se pensaba, y la opinion de que Luis XVI sería reemplazado en vida por Orléans empezó á introducirse y á tomar crédito. Se sospechaba por autora de esta mudanza en la dinastía á la Inglaterra. La impunidad con que ultrajaban diariamente al monarca y á su esposa, los encomios que los escritores prodigaban á Orléans, la precipitacion con que venian los cortesanos colmados de favores por la familia real á unirse al partido del príncipe, la buena inteligencia que parecia reynar entre él y Necker, todo contribuía á conjeturar que la corona iba á pasar á la rama de Orléans, de suerte que en esta ocasion sucedió lo mismo que en la última enfermedad de Luis XIV; que los cortesanos abandonaron la cama del monarca agonizante para correr á postrarse delante de Felipe de Francia, guiados por la considera-

cion de que el genio ambicioso del príncipe sabria conquistar la regencia si el testamento del rey se la negaba; y lo mismo sucedió con respecto á Luis Felipe José, no menos ambicioso que su abuelo. Varios franceses se sacrificaron y entregaron á su voluntad á fin de ser los primeros recompensados luego que reynase: otros sin mostrar la misma diligencia y solicitud en servirle, resolvieron comportarse en medio de la agitacion universal con tal circunspeccion que pudiesen probar si ascendia al trono, que no habian contrariado ni vituperado sus miras.

El 17 de junio Orléans debia producir en la cámara de la nobleza movimientos cuyo triple efecto debia ser la reunion de los tres órdenes, la inhabilitacion del rey, y la muerte de la reyna. Aquel dia hubo una fermentacion extraordinaria en la cámara del estado llano porque se habia constituido en asamblea nacional. La importancia de la deliberacion habia

conducido á Versalles un concurso numeroso de personas. Los conjurados que se hallaban en esta multitud y quantos habia en el tercer órden, esperaban segun estaba convenido, que el príncipe viese la señal desde la cámara de la nobleza. Por su parte debia empezar su papel quando le diesen la noticia que el estado llano habia tomado la denominacion de *Asamblea nacional*. Con efecto se la dieron... *Ah! exclamó, ¿por qué no lo han hecho un poco mas tarde, y nosotros nos hubiéramos hallado?* Se levanta en seguida y saca de su bolsillo un discurso que los gefes de los conjurados le habian compuesto. De el desórden que naturalmente se seguiria á su lectura en la cámara de la nobleza esperaban la execucion de su plan. El príncipe empezó á leerlo con bastante resolucion: aquel dia hacia un calor excesivo y las ventanas de la sala estaban cerradas. Apénas habia llegado Orléans á su tercera ó quarta frase, quando el marques de Montrevel no

pudiendo sufrir el excesivo calor gritó: *Que abran las ventanas.* Esta espresion interrumpió el encanto con que los conjurados habian entrelazado el discurso de Orléans. Creyendo el príncipe que adivinaban lo que iba á leer y hacer, y que Montrevel queria arrojarlo por las ventanas á los sediciosos que le esperaban afuera, se le cae el papel de las manos, y pálido y convulso se sienta en su sillon y se desmaya: le llevan á la antesala: se apresuran á volverle la respiracion con el uso de los alkalis, y para procurarle mas pronto alivio le desabrochan el chaleco. ¡Quál no fué entónces la admiracion de las personas que le rodeaban al ver su cuerpo ceñido y apretado con quatro corazas! Pues estaba envuelto y ajustado con quatro chalecos uno de los quales era de piel de reno. La precaucion de armarse de un modo tan extraño y nuevo no dexó ninguna duda de que Orléans intentaba alguna empresa en este dia, en la qual podria

haber corrido algun riesgo su vida. Esta empresa no podia ser otra que la conspiracion proyectada con los miembros principales del Club Breton, y que no tuvo efecto por el accidente que el temor produxo en el príncipe; pero por esto las cosas no fueron menos mal para el estado llano. En este mismo dia Orléans le conquistó noventa y seis miembros de su cámara. Este número de miembros formaba con respecto al todo de ella una parte bien pequeña, y en toda asamblea deliberante la mayoría es la que hace la ley. Parece pues que estos hidalgos hubieran debido sujetarse á la resolucion de los otros diputados; pero Orléans los determinó á no hacer ningun caso de los acuerdos de la cámara y á tomar asiento en el estado llano. Clermont-Tonnerre, Lusignan, Lally-Tollendal, la Rochefoucault, Rochechouat, Montesquiou, Duport, y Dionís du Séjour se apresuraron en seguir este consejo, creyendo que su conducta seria agradable al tercer ór-

den y que aumentarian su popularidad. Estos fueron los primeros desertores del órden de la nobleza.

Se convino tambien que entre los noventa hidalgos disidentes 45 quedarian en la cámara para fomentar el espíritu de division. Aquellos que tenian una especie de pudor de manifestarse demasiado pronta y abiertamente en guerra con su clase, prefirieron quedarse; los que deseaban dar sobre todo un testimonio de su celo á Orléans, quisieron seguirle. Este se puso en su frente y entró con el ayre de un conquistador en la sala del estado llano seguido de esta nueva tropa. Los nombres de estos hidalgos que formaron el cortejo del duque de Orléans en una ocasion tan solemne, merecen transmitirse á la posteridad. Estos fueron los duques d'Aiguillon, y de Luynes; los condes de Crillon, de la Touche, de Montmorency, de la Castellanne, de la Blanche, Antonio d'Agoult, de Virieux, de Morge, y de Marsanne; los vizcondes de Beau-

harnaois, (1) de Toulongeon, y des Androuins; los marqueses de la Tour-Maubourg, de Lezay-marnézia, de la Coste, de Blacons, de Langon, de Biancourt, y de Lancosne; los barones de Menou, de Challon, y d'Harembure; el caballero de Maulette, d'André consejero en el parlamento de Aix; y los hidalgos Alexandro Lameht, Sillery, de Burle, d'Eymar, de Nomperre, de Champigny, Desprez

(1) Alexandro de Beauharnois, nació en la Martinica, y habiendo venido á Paris, su presencia y habilidad en la danza le sirvió para introducirse en las sociedades mas brillantes: se casó con Josefina la Pagerie, de quien tuvo un hijo que en el dia es el nominado virey de Italia; creyó como otros de buena fe que el rey debia ser constitucional, y sostuvo con teson su establecimiento. Fué general en gefe del exército de la Mosela; rehusó el ministerio de la guerra, y fué decapitado cinco dias antes que Robespierre. Su muger se casó con Barrás; y habiendo disuelto su matrimonio segun las leyes de la republica, casó con Bonaparte, quien la repudió despues para contraerle con la hija del emperador de Alemania.

de Crassier, d'Aguesseau, Fréteau (1) y Phelines.

Esta conquista no llenaba todavía los deseos del estado llano. Para que la pretension de ser una asamblea nacional no le fuese disputada, le importaba tener en su seno si no al clero y la nobleza entera, al menos la mayoría de estos órdenes. No podia decir por mas que hubiese Orléans hecho en favor suyo, que la cámara de los diputados del segundo órden se habia re-

(1) Luis Leon de Saint-Just nació en Blerancourt cerca de Noyon en 1768: vivió en amistad muy estrecha con Robespierre: fué uno de sus soplones, y se decia el nuevo seïde de este nuevo Mahoma. Ascendió al triunvirato, y fué asociado á Robespierre y Couthon para vigilar sobre la policia general. Era osado y hablador, en lo qual tenia mucha facilidad; propuso la venta de los bienes de los emigrados, la proscripcion de los diputados de la Gironda, y el secuestro de las posesiones en los extrangeros cuya patria estuviese en guerra con la Francia. Danton, Camilo des Mouling y Phelipeaux fueron á la guillotina por su influxo. Fué comprendido en la causa de Robespierre, y guillotinado el 28 de julio de 1794.

unido á él, porque ésta se hallaba en dónde estaba la mayoría de sus miembros. No hubo medio que no intentasen los 45 diputados que dexó Orléans en medio de aquella mayoría para que viniesen á confundirse con los comunes. Como su perseverancia no provenia sino de su adhesion al rey, recurrieron á un expediente muy estraño, para que este mismo motivo fuese la causa de su reunion al estado llano. Tomaron tales medidas que convencieron á la familia real de que el rey seria asesinado, si la mayoría de la nobleza persistia en formar una cámara separada. Habiendo descubierto parte de esto el conde d'Artois á la cámara, no se rindió aún. *¿Qué importa*, dixo el hidalgo Caçallés, *que el rey perezca, con tal que salvemos el reyno?*

Queriendo poner fin el monarca á una separacion que veía ser el pretesto de las turbulencias, mandó al duque de Luxêmbourg, que presidía la nobleza, dixese de su parte á la cáma-

ra que se reuniese sin tardanza al estado llano.

»Señor, le respondió el duque de Luxêmbourg, no es su causa, es la de la corona la que la nobleza defiende hoy; sí, la causa de la corona. La nobleza no tiene nada que perder verificando la reunion que V. M. desea: una consideracion establecida por siglos de gloria, y transmitida de generacion en generacion, inmensas riquezas, los talentos y las virtudes de muchos de sus miembros, aseguran en la asamblea nacional toda la influencia que puede desear; y estoy cierto que será recibida con enagenamiento. ¿Pero ha observado V. M. las resultas que esta reunion puede traerle? V. M. no ignora qué grado de poder, de opinion pública y de derechos decreta la nacion á sus representantes: es tal este poder, que la misma autoridad soberana queda como nula en su presencia. Un poder sin límites exîste en todo su vigor en los estados generales de qualquier

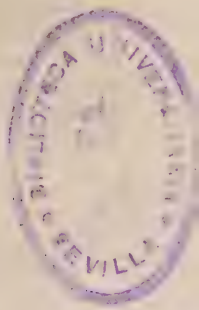
modo que están compuestos ; pero su division en tres cámaras encadena su accion y conserva la vuestra : reunidos no conocon rey , divididos son vuestros vasallos. El *deficit* de vuestras rentas y el espíritu de insubordinacion que ha relajado al exército, reprimen, es verdad, las deliberaciones de vuestro consejo ; pero os queda , Señor , vuestra fiel nobleza. Ella tiene en este momento la eleccion de ir , como V. M. la invita , á dividir con sus condiputados el exercicio del poder legislativo, ó de morir en defensa de las prerogativas del trono. Su eleccion no es dudosa, morirá sin exígir ningun reconocimiento , porque éste es su deber ; pero muriendo salvará la indepedencia de la corona , anulará las operaciones de la asamblea nacional , que ciertamente no podrá reputarse completa quando la tercera parte de sus miembros haya sido entregada al furor del populacho y al hierro de los asesinos. Suplico á V. M. se digne reflexionar

sobre las consideraciones que tengo el honor de exponerle."

"M. de Luxêmbourg, repuso el rey, »tengo hechas esas reflexiones y es»toy determinado á todos los sacri»ficios: *Yo no quiero que perezca por »mi causa un solo hombre.* Decid pues »al órden de la nobleza, que la su»plico se reuna á los otros dos; si »esto no es bastante, *yo se lo mando »como su rey, yo lo quiero.* Que si hay »algunos de sus miembros que se crean »ligados por su mandato, su juramento »y su honor á permanecer en la cá»mara, que venga á decírmelo, y »yo iré á sentarme á su lado y mo»riré con ellos si es necesario."

Estas palabras *yo se lo mando como su rey, yo lo quiero*, determinaron á la nobleza á no hacer mas resistencia, y se puso á la discrecion de su enemigo. La cámara del clero siguió su exemplo, y así es como la victoria fué completa para el estado llano: ya no hubo en Francia mas que el tercer órden, los otros dos se miraron

como víctimas destinadas á ser inmoladas. Este poder formidable que tomaba de repente el estado llano, puso á Orléans en la plena confianza de que nada en adelante podria servirle de obstáculo al cumplimiento de sus proyectos personales; pero prescindiendo del afecto que le pudiera tener el tercer órden no se olvidó, como hábil conspirador, de emplear todos los demas medios propios para acelerar el movimiento revolucionario que debian ponerle en posesion del trono.



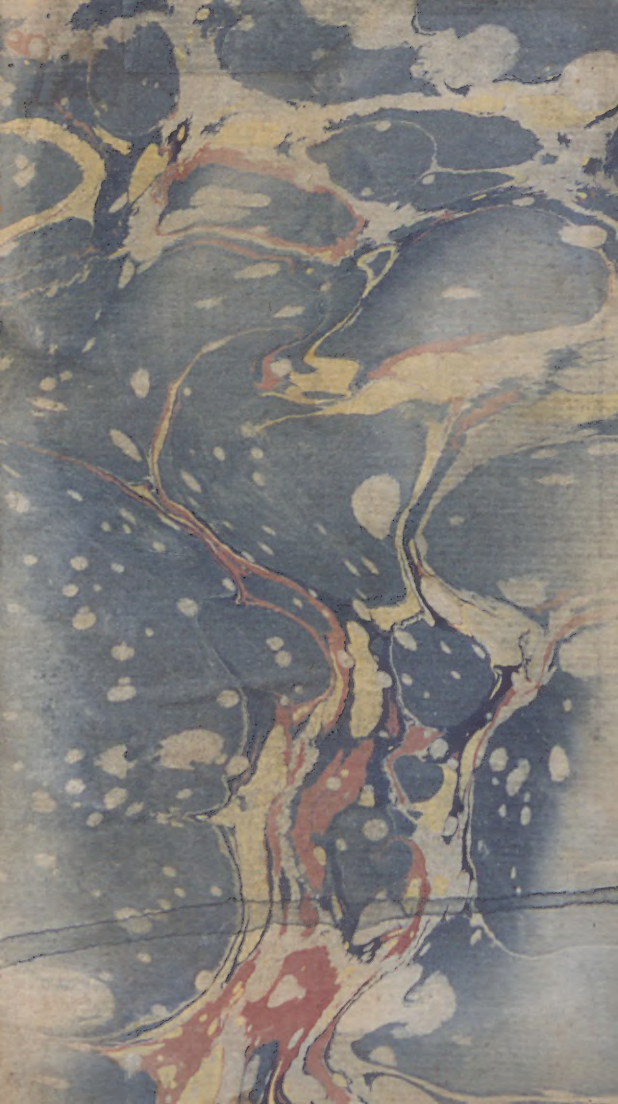
CORRECCIONES.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
52	3	nobles.....	notables.
71	5	habiendo.....	haciendo.
75	1	ha visto.....	avistó.
81	22	sido triunfo...	sido un triunfo.
86	3	se ha.....	sea.
87	8	queria mira-miento.....	queria guardar miramiento.
103	23	insinuaciones.	intenciones.
105	8	representarse.	representaros.
207	22	fuego.....	juego.
213	18	que aún.....	que ni aún.

ADVERTENCIA.

Esta obra es propiedad de su traductor D. F. G. de V., quien ha puesto las contrasefias necesarias para repetir contra los que la reimpriman, segun los soberanos decretos que las Cortes generales y extraordinarias han expedido sobre el particular.

Se hallará de venta en Madrid en el almacen de papel de D. Santiago Grimaud, calle de las Carretas, frente á la imprenta nacional.



35
REVOLUCIO
DE
FRANCIA
1
38

colorchecker CLASSIC
calibrite
mm